

Libros del Asteroide



Maggie O'Farrell

Sigo aquí

Traducción de Concha Cardenoso



Maggie O'Farrell

Sigo aquí

Diecisiete roces con la muerte

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

Índice

Portada
Sigo aquí
Cuello (1990)
Pulmones (1988)
Columna, piernas, pelvis, abdomen, cabeza (1977)
Todo el cuerpo (1993)
Garganta (2002)
Abdomen (2003)
Recién nacida y torrente sanguíneo (2005)
Pulmones (2000)
Sistema circulatorio (1991)
Cabeza (1975)
Cráneo (1998)
Intestinos (1997)
Sangre (1997)
Causa desconocida (2003)
Pulmones (2010)
Cerebelo (1980)
Hija (Hoy en día)
Agradecimientos
Créditos de las ilustraciones
Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *I Am, I Am, I Am*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 Maggie O'Farrell

© de la traducción, Concha Cardenoso Sáenz de Miera, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Valeriya Korenkova

Fotografía de la autora: © Murdo MacLeod, 2017

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-84-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

a mis hijos

Algunos nombres, descripciones y lugares se han cambiado para proteger la identidad de quienes tal vez no desearan verse en un libro.

Algunos fragmentos de este libro vieron la luz por primera vez en otro formato en las siguientes publicaciones:

—fragmentos de «Hija», en *Guardian Weekend*, mayo de 2016,

—fragmentos de «Recién nacida y torrente sanguíneo», en *Good Housekeeping*, febrero de 2007,

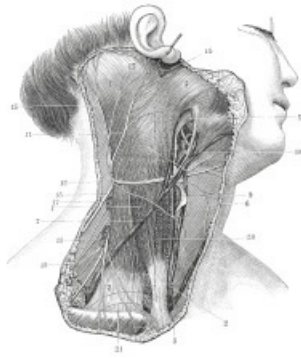
—fragmentos de «Abdomen», en *The Guardian*, mayo de 2004.

Respiré hondo y oí la consabida fanfarronada de mi
corazón. Sigo aquí, sigo aquí, sigo aquí.

SYLVIA PLATH, *La campana de cristal*

Cuello

1990



Más adelante, en el camino, un hombre sale de detrás de una piedra grande.

Estamos los dos en la orilla de un lago oscuro oculto en la artesa que forma la cumbre de esta montaña. El cielo es de un azul lechoso; aquí, tan arriba, no hay vegetación, y solo estamos él y yo, las piedras y el agua quieta y negra. Se planta en medio del camino con sus botas, las piernas separadas, y sonríe.

Me doy cuenta de varias cosas: que lo he adelantado hace un rato abajo, en la cañada, donde nos hemos saludado amable y brevemente, como se suele hacer en los paseos por el campo. Que en este remoto tramo de senda no puede oírme nadie. Que me estaba esperando: lo ha planeado todo al detalle, meticulosamente, y he caído en la trampa.

Todo esto lo veo en un instante.

Ese día (un día en el que estuve a punto de morir) empezó temprano para mí, con el despertador cacareando como loco al lado de la cama tan pronto como amaneció. Me puse el uniforme, salí de la caravana y bajé de puntillas los peldaños de piedra hasta la solitaria cocina; encendí los hornos, las máquinas de café, las tostadoras, corté en rebanadas cinco panes grandes, llené los hervidores y doblé cuarenta servilletas de papel en forma de orquídea con los pétalos abiertos.

Acabo de cumplir dieciocho años y he logrado escaparme de todo: de casa, del instituto, de mis padres, de los exámenes, de esperar los resultados de los exámenes. He encontrado trabajo lejos de la gente que conozco en un lugar que se anuncia como «retiro alternativo holístico», al pie de una montaña.

Sirvo el desayuno, retiro los platos, limpio las mesas, recuerdo a los huéspedes que dejen la llave. Voy a las habitaciones, hago las camas, cambio las sábanas, limpio. Recojo del suelo ropa, toallas, libros, calzado, aceites esenciales y alfombrillas de meditar. De lo que me cuentan los objetos esparcidos en cada habitación aprendo que las personas no siempre son lo que parecen. El hombre sentencioso y exigente que se empeña en ocupar una mesa determinada, pedir un jabón en concreto y leche completamente desnatada tiene predilección por los calcetines suaves de lana y cachemira y la ropa interior de seda con estampados exuberantes. La mujer que se sienta a comer con la blusa perfectamente abotonada, los párpados entornados y la permanente crecida tiene un alter ego nocturno que juega con parafernalia sadomasoquista de inspiración ecuestre: arreos para seres humanos, diminutas sillas de montar de cuero, un látigo de plata fino pero cruel. La habitación de la pareja de Londres que parece maravillosa y envidiablemente perfecta (en la mesa se dan la mano, las tienen muy bien cuidadas; se ríen mientras pasean al anochecer, me ensañan fotos de su boda) rezuma a la vez tristeza, esperanza y sufrimiento. Hay medidores de ovulación en todos los estantes del cuarto de baño y medicamentos para la fertilidad en las mesitas de noche. No los toco; como si les dejara un mensaje: esto no lo he visto, no lo sé. No sé nada.

Me paso la mañana seleccionando, organizando y facilitando la vida a los demás. Limpio rastros humanos, borro todas las pruebas de que han comido y dormido, han hecho el amor, han

discutido, se han lavado, se han vestido, han leído la prensa, han perdido cabello, piel, pelos, sangre y uñas de los pies. Quito el polvo, recorro los pasillos arrastrando la aspiradora detrás de mí con un cable largo. Después, cuando se acerca la hora de comer, con un poco de suerte dispongo de cuatro horas para hacer lo que quiera antes del turno de noche.

Hoy he aprovechado para dar un paseo hasta el lago, como hago a menudo en mi tiempo libre, y en esta ocasión, por algún motivo, he preferido ir por otro camino. ¿Por qué? No me acuerdo. A lo mejor ese día he terminado las tareas más temprano, a lo mejor los huéspedes han ensuciado menos de lo habitual y he podido salir antes del trabajo. A lo mejor el sol y el día despejado me han incitado a cambiar de ruta.

En esa época de mi vida tampoco tenía motivos para desconfiar del campo. Había ido a clases de defensa personal en el centro social de la pequeña localidad marítima escocesa en la que pasé la adolescencia. El profesor, un hombre que parecía un barril ataviado con traje de judo, nos proponía escenas de un sorprendente gusto gótico. «Es de noche, vuelves de un pub —decía, mirándonos de una en una, con aquellas cejas exageradamente pobladas— y un tipo enorme sale de pronto de una calleja y te agarra.» O: «Estás en el pasillo estrecho de un club nocturno y un borracho te acorrala contra la pared». O: «Es de noche, hay niebla, estás esperando a que cambie el semáforo, notas un tirón en la correa del bolso y te empujan contra el suelo». Estas situaciones de peligro terminaban siempre con la misma pregunta, planteada con cierto regodeo: «¿Qué haces?».

Practicábamos la forma de golpear al asaltante imaginario en la garganta, con el codo, y poníamos los ojos en blanco, porque al fin y al cabo éramos adolescentes. Ensayábamos por turnos el grito más fuerte que éramos capaces de dar. Obedientes, sin entusiasmo, repasábamos los puntos débiles de la anatomía masculina: ojos, nariz, garganta, ingle, rodillas. Creíamos que lo dominábamos, que podíamos enfrentarnos al desconocido que acechaba, al borracho que nos atacaba, al ladrón que nos asaltaba. Estábamos seguras de que podíamos deshacernos de ellos, levantar la rodilla, arañarles los ojos con las uñas; contábamos con una salida fácil que nos permitía zafarnos de estas sinopsis peligrosísimas y a la vez emocionantes. Se nos enseñaba a hacer ruido, a llamar la atención, a gritar: «¡policía!». Creo que al mismo tiempo se nos inoculaba un mensaje claro. Callejón, club nocturno, pub, parada de autobús, semáforos: el peligro era urbano. En el campo, en localidades rurales como la nuestra, en las que no había clubs nocturnos ni callejas, ni siquiera semáforos, no pasaban esas cosas. Podíamos hacer lo que quisiéramos.

Y a pesar de todo, ahí está ese hombre, en la cima de la montaña, cerrándome el paso, esperándome.

Es importante que no vea que tengo miedo, seguirle el juego. Así que sigo andando, poniendo un pie delante de otro. Si diera media vuelta y echara a correr, me alcanzaría en segundos y la verdad quedaría al desnudo, irremediabilmente. Los dos sabríamos en qué clase de situación nos encontramos; eso precipitaría los acontecimientos. Parece que la única opción es seguir como si tal cosa, fingir que todo es perfectamente normal.

—Hola otra vez —me dice.

Y de una mirada me repasa la cara, el cuerpo, las piernas, que llevo al aire y manchadas de barro. Es una mirada más apreciativa que lasciva, más calibradora que libidinosa: es la mirada de un hombre que piensa en algo, que planea una logística con un propósito concreto.

No cruzo la mirada con él, no puedo mirarlo directamente, no del todo, pero percibo que tiene los ojos bastante juntos, que es bastante alto, que los dientes son de color marfil, que agarra con fuerza los tirantes de la mochila.

Tengo que carraspear para decir «Hola». Creo que hago un gesto de asentimiento. Me pongo de lado al cruzarme con él: una mezcla fuerte de sudor fresco, cuero de la mochila y una loción de afeitado muy química que me resulta vagamente familiar.

Lo rebaso, me alejo, la senda está despejada delante de mí. Me doy cuenta de que ha elegido el punto más elevado del camino para su emboscada: hasta este momento todo ha sido ascenso y justo en este punto empezaré a bajar la montaña en dirección a la casa de huéspedes, al turno de noche, al trabajo, a la vida. A partir de aquí todo es cuesta abajo.

Pongo atención en andar con confianza, con seguridad, sin miedo, «no tengo miedo», me lo digo para acallar el rugido oceánico del pulso. Pienso que quizá me haya librado, que quizá haya malinterpretado la situación. Que quizá sea normal acechar a jovencitas en caminos remotos y después dejarlas marchar.

Tengo dieciocho años. Recién cumplidos. No sé prácticamente nada.

Lo que sí sé es que está justo detrás de mí. Oigo sus pasos, el roce del tejido transpirable e impermeable de sus pantalones.

Y aquí está otra vez, pisándome los talones. Se arrima mucho a mí, íntimamente, con el brazo a la altura de mi hombro, como un amigo, como volvía yo de clase con mis compañeras.

—Hace un día precioso —dice, mirándome a la cara.

Yo sigo con la cabeza gacha.

—Sí —digo—, precioso.

—Hace mucho calor. A lo mejor me doy un baño.

Pronuncia de forma peculiar; me doy cuenta mientras andamos a paso rápido, sincronizados. Hace pausas en mitad de las sílabas; las erres son suaves; las tes, exageradas; el tono, plano, casi inexpresivo. A lo mejor está un poco tocado del ala, como se suele decir, igual que el hombre que vivía en nuestra calle, un poco más abajo. No había tirado nada desde la guerra y tenía el jardín de delante invadido de hiedra, como el castillo de la Bella Durmiente. Jugábamos a adivinar lo que eran algunos de los objetos cubiertos de hojas: ¿un coche, una valla, una moto? Llevaba gorros de punto, camisetas estampadas sin mangas y trajes elegantes pero viejos que le quedaban pequeños, cubiertos de pelos de gato. Cuando llovía se protegía los hombros con una bolsa de basura. A veces venía hasta nuestra puerta con un saco lleno de gatitos, para que jugáramos con ellos; de vez en cuando se emborrachaba, se ponía lívido, con ojos de loco, y empezaba a despotricar contra las postales que se perdían, y mi madre tenía que agarrarlo del brazo y llevarlo a su casa.

—Quedaos aquí —nos decía—, vuelvo en un segundo.

Y se iba con él calle abajo.

A lo mejor, pienso, aliviada de pronto, no es más que eso. Este hombre puede ser como aquel vecino: excéntrico, diferente; murió hace tiempo, vaciaron su casa, la desinfectaron,

cortaron la hiedra y la quemaron. Quizá tendría que ser amable, como mi madre. Tendría que ser compasiva.

Y me vuelvo hacia él sin dejar de andar a paso rápido, por la orilla del lago. Incluso sonrío.

—Un baño —digo—. Suena bien.

Responde echándome al cuello la correa de sus prismáticos.

Al día siguiente, más o menos, entro en la comisaría del pueblo cercano. Me pongo a la cola de los que van a denunciar carteras perdidas, perros extraviados, arañazos en el coche.

El policía del mostrador escucha con la cabeza ladeada.

—¿Le hizo daño? —es lo primero que me pregunta—. ¿Ese hombre la tocó, la golpeó, le hizo proposiciones? ¿Dijo o hizo algo ofensivo?

—No —digo—, no exactamente, pero...

—Pero ¿qué?

—Lo habría hecho —digo—, iba a hacerlo.

El policía me mira de arriba abajo. Llevo unos vaqueros remendados, con las perneras cortadas, varios aros de plata en las orejas, zapatillas deportivas gastadas, una camiseta con un dibujo de un dodo y la inscripción «¿Has visto a este pájaro?». Tengo una pelambreira (no se puede llamar de otra manera) asilvestrada en la que una huésped, una holandesa de rostro sereno que llegó a la casa con un arpa y una bolsa de fieltro, ha entrelazado cuentas y plumas. Parezco lo que soy: una adolescente que vive sola por primera vez en una caravana, en un bosque, en medio de ninguna parte.

—Entonces —dice el policía, apoyándose en los papeles con todo su peso—, fue usted a dar un paseo, se encontró con un hombre, pasearon juntos, él era un poco raro, pero usted llegó a casa sana y salva. ¿Es eso lo que me ha contado?

—Me puso la correa de los prismáticos alrededor del cuello —digo.

—Y ¿qué pasó después?

—Me... —me corto, no soporto a este hombre de cejas gruesas y barriga cervecera ni sus dedos rechonchos que no paran quietos. Lo aborrezco más, si cabe, que al de la montaña—. Me enseñó unos patos que había en el lago.

El policía no se molesta siquiera en disimular una sonrisa.

—Bien —dice, y cierra el libro de golpe—. Debió de ser terrorífico.

¿Cómo darle a entender que había sentido la violencia que irradiaba el hombre? He repasado una y otra vez aquel momento en el mostrador de la comisaría preguntándome si podía haber hecho las cosas de otra manera, si podía haber dicho algo que hubiera cambiado lo que sucedió después.

Podía haber dicho: «Quiero hablar con su superior, quiero ver a la persona que esté al cargo». Ahora, a los cuarenta años, es lo que habría hecho, pero ¿en aquel momento? Ni se me pasó por la cabeza.

Podía haber dicho: «Oiga, ese hombre no me hizo daño, pero se lo hará a otra persona. Por favor, búsquenlo antes de que sea tarde».

Podía haber dicho que intuyo cuándo va a desatarse la violencia. Que durante mucho tiempo parecía que la incitara yo por motivos que nunca entendí del todo. Si te pegan o te golpean de pequeña, jamás olvidas la sensación de impotencia y vulnerabilidad, ni cómo una situación puede transformarse de benigna en brutal en un abrir y cerrar de ojos, en lo que se tarda en coger aire una sola vez. Esa sensibilidad se cuela en las venas como un anticuerpo. Enseguida se aprende a reconocer que se aproxima uno de esos actos repentinos contra una misma: es un tono, una vibración en el ambiente. Se desarrolla un sexto sentido para la violencia y, al mismo tiempo, un repertorio de formas de evitarla.

La escuela en la que estudié parecía empapada de violencia. La amenaza llenaba como humo los pasillos, las salas, las aulas, los espacios entre pupitres. Se repartían cachetes, tirones de orejas; se lanzaban tizas con puntería hiriente. Un profesor tenía la costumbre de levantar por la cinturilla de los pantalones a los chicos que no le gustaban y lanzarlos contra la pared. Todavía recuerdo el ruido de un cráneo infantil al chocar contra una baldosa victoriana.

En caso de falta grave, a los chicos los mandaban a la directora, que les aplicaba la vara. A las chicas les tocaba la zapatilla. Yo me miraba las mías (aquel calzado negro de tela, con una goma elástica a modo de cierre, que nos teníamos que poner para saltar el potro en gimnasia) y, sobre todo, miraba las suelas grisáceas y acanaladas, y me imaginaba el impacto de la goma sobre la piel desnuda.

La directora provocaba un temor imponente: el cuello nervudo, las manos como garras de ave, los pañuelos prendidos al jersey con un alfiler de plata; el despacho de paredes oscuras y alfombra de color vino. Si me mandaban allí para comprobar mis progresos en lectura, me quedaba mirando esa alfombra y me imaginaba tener que ponerme ahí con la falda levantada, aguardando mi sino, preparándome para el golpe.

Esta violencia se contagiaba a los alumnos, naturalmente. Se llevaba mucho la tortura china, que consiste en retorcer la piel de la muñeca o el brazo como si fuera un trapo mojado hasta dejar unas marcas como de quemaduras. Tirones de pelo, pisotones, inmovilización de la cabeza, retorcimiento de dedos: un amplio repertorio de agresiones a disposición de los abusadores, que además se renovaba constantemente. Por desgracia, yo hablaba con un acento distinto, sabía leer antes de entrar allí, tenía, según me informaron, una pinta anormal, ofensiva, inaceptable por algún motivo, a mis faldas les habían subido y bajado el dobladillo demasiadas veces, era enfermiza y faltaba mucho a clase, tartamudeaba cada vez que tenía que hablar en voz alta, mis zapatos no eran de piel, etc., etc. Recuerdo que un chico de mi clase me atrapó detrás de una marquesina de ladrillo y, sin mediar palabra, me levantó por los tirantes del vestido hasta que se me abrió la piel de las axilas. Ni él ni yo volvimos a hablar nunca del incidente. Me acuerdo también de una chica mayor que llevaba un flequillo brillante y oscuro, y que un día, en el recreo, se plantó delante de mí y me restregó la cara contra un árbol. En primer curso de secundaria, un *skinhead* de doce años me soltó un puñetazo en la cara en plena clase de química. Todavía noto la cicatriz si me toco el labio con la punta de la lengua.

Así que, cuando el hombre me pasó la correa de los prismáticos por el cuello, y aunque decía que quería enseñarme una bandada de patos *eider*, supe lo que iba a suceder. Lo olí, prácticamente vi cómo cobraba cuerpo y brillaba en el aire que mediaba entre los dos. Ese tío era solamente uno más de la larga cadena de abusones que habían tomado ojeriza a mi acento, a mis zapatos o cualquier otra cosa (hacía ya mucho tiempo que no me preocupaba por eso), y ahora

iba a hacerme daño. Tenía malas intenciones, quería machacarme la cabeza, y yo no podía hacer nada para evitarlo.

Pensé que lo mejor sería seguirle el juego de los patos. Sabía que era la única esperanza. Una no puede enfrentarse a un abusón; no se lo puedes decir a la cara; no puedes demostrarle que sabes lo que es.

Miré por los prismáticos un instante.

—¡Ah! —dije—. ¡Patos *eider*, qué bien!

Me desembaracé de la correa y me alejé. Me siguió, desde luego, intentando atraparme otra vez con la correa negra de cuero, pero ahora yo estaba de cara a él, sonriendo, diciendo bobadas sobre los patos, sobre lo interesantes que eran, y que si harían los *eidredones* con sus plumas y por eso se llamaban así, porque los rellenaban con plumas de esos patos. Y que era fascinante. Que me contara más cosas, que me contara todo lo que supiera de esos patos, de los pájaros en general, de la observación de pájaros, por favor, cuánto sabe, qué sabio es usted, seguro que va a menudo a mirar pájaros, ¿verdad? Cuénteme más cosas, cuénteme algo de los pájaros más raros que ha visto, cuéntemelo mientras seguimos andando, porque ¿ya es esta hora, de verdad? Tengo que irme, tengo que bajar porque mi turno está a punto de empezar, sí, trabajo ahí mismo... ¿ve aquellas chimeneas? Trabajo allí. Está bastante cerca, ¿verdad? Ya me estarán esperando. A veces, si ven que me retraso, salen a buscarme, sí, mi jefe; estará esperándome. Él también sale a pasear por aquí, bueno, en realidad, todos los que trabajamos ahí. El jefe sabe que he salido, sí, seguro, sabe exactamente adónde he ido porque se lo dije yo, en cualquier momento saldrá a buscarme, seguro que está a punto de doblar la esquina de la casa. Seguro; vamos por aquí y, entretanto, ¿por qué no me cuenta más cosas sobre los pájaros? Sí, por favor. Me gustaría ir a verlos, pero tengo que darme prisa porque me están esperando.

Dos semanas más tarde, un coche de policía llega por el camino hasta la casa de huéspedes y se apean dos agentes, un hombre y una mujer. Los veo desde una ventana del piso de arriba, donde estoy embutiendo las almohadas en sus fundas. Inmediatamente sé lo que hacen aquí, a qué han venido y, antes de que me llamen a gritos, bajo las escaleras y voy a su encuentro.

Estos dos son muy distintos de los de la comisaría. Van de traje y su actitud es seria, centrada. Le enseñan a Vincent, mi jefe, la placa y unos documentos, siempre con el mismo gesto neutro, tan estudiado, al que están acostumbrados.

Quieren hablar conmigo a solas y Vincent los lleva a una habitación desocupada. Entra con nosotros porque tiene buen corazón y yo soy solo un poco mayor que sus hijos, cuyas voces y gritos se oyen en el jardín de atrás.

Me siento en una cama que he hecho por la mañana y el hombre se apoya en una mesa ornamental de mimbre en la que a algunos huéspedes les gusta tomar el té por la mañana; la mujer se sienta en la cama, a mi lado.

Vincent pulula por el fondo de la habitación musitando con desconfianza; finge que ajusta un cristal flojo de la ventana, que quita unas motas de polvo inexistentes de la repisa de la chimenea, que sacude la pala y el recogedor contra la rejilla de la chimenea. Se crio en la época hippie, es un superviviente de Haight-Ashbury, y no le gusta nada la pasma, como la llama él.

Los policías no le prestan la menor atención, pero de una forma civilizada, concentrados en su cometido. La mujer me dice que necesitan localizar a un hombre con el que me encontré hace poco dando un paseo y que si podría contarles exactamente qué fue lo que sucedió.

Se lo cuento. Empiezo por el principio, les digo que me lo había encontrado al comienzo del paseo, y que iba en dirección contraria a la mía, pero que de pronto apareció delante de mí.

—No sé cómo lo hizo —le digo—, porque no hay ningún atajo, que yo sepa.

Ellos asienten todo el tiempo y me escuchan con una atención mesurada, animándome a seguir. No me quitan la mirada de encima, son todo oídos. Cuando llego a lo de la correa de los prismáticos dejan de asentir. Siguen mirándome fijamente, sin pestañear, los dos. Es un momento raro, tenso. Creo que ninguno respiramos.

—¿La correa de los prismáticos? —pregunta el hombre.

—Sí —digo.

—¿Y se la echó al cuello?

Asiento. Apartan la mirada, la bajan; la mujer anota algo en su libreta.

Me pregunta, al tiempo que me pasa una carpeta, si no me importaría echar un vistazo a unas fotografías y decirles si reconozco al hombre en alguna de ellas.

Mi jefe interrumpe en ese momento. No puede evitarlo.

—No tienes que decirles nada, ¿eh?, no estás obligada. —Y a continuación se dirige a ellos —: Ella no tiene obligación de decirles nada.

La mujer levanta la mano para pedirle que se calle en el momento en que señalo una fotografía con el dedo.

—Es este —digo.

Los inspectores miran la foto. La mujer vuelve a anotar algo. El hombre me da las gracias y guarda la carpeta.

—Ha matado a una persona —les digo—, ¿verdad?

Se miran de una forma que no sé interpretar, pero no abren la boca.

—Ha estrangulado a alguien con la correa de los prismáticos. —Miro primero a uno y después a la otra y lo sabemos, los tres lo sabemos—. ¿Es eso?

Vincent suelta un juramento en voz baja desde el otro extremo de la habitación. Después se acerca y me da su pañuelo.

La chica que murió tenía veintidós años. Era de Nueva Zelanda y estaba viajando de mochilera por Europa con su novio. Aquel día él se encontraba mal y se había quedado en el albergue mientras ella salía sola a hacer una caminata. El hombre la violó, la estranguló y la enterró en un hoyo poco profundo. Tres días más tarde descubrieron el cadáver cerca del camino por el que había paseado yo.

Lo sé porque lo leí en el periódico local la semana siguiente: los policías no quisieron decírmelo. Vi un titular en el escaparate del quiosco de prensa, entré a comprar un periódico, la foto de la chica estaba en primera plana. Tenía el pelo claro, sujeto con una cinta, una sonrisa amplia e inocente y era pecosa.

No exagero si afirmo que me acuerdo de ella muchas veces, si no todos los días. Soy consciente de la vida que le cortaron, la vida que le amputaron, mientras yo, no sé por qué

motivo, pude seguir con la mía.

No llegué a saber si atraparon al tipo, si lo juzgaron, lo condenaron y lo metieron en la cárcel. Durante la entrevista, tenía la clara sensación de que los inspectores estaban a punto de dar con él, que ya lo tenían, que solo necesitaban que yo lo corroborase. Tal vez las muestras de ADN fueran irrefutables. Tal vez confesara. Tal vez hubiera testigos, otras víctimas, otros intentos fallidos que sirvieran de pruebas en el juicio, pero a mí no me preguntaron nada más y era muy joven todavía, sospecho; todo me impresionó demasiado para seguir el desarrollo del caso, para llamar a la policía y preguntar qué había pasado, si lo habían encontrado, si lo habían encerrado. Me fui de allí poco después, así que nunca lo sabré. Todo esto sucedió mucho antes de la era en que la información está disponible al instante y en todas partes. He hecho muchas búsquedas, pero no he encontrado ni rastro de este caso en internet.

No sé por qué a mí me dejó escapar y a ella no. ¿A la otra chica le entraría pánico? ¿Echaría a correr? ¿Gritaría? ¿Cometería el error de decirle a la cara que era un monstruo?

Durante mucho tiempo soñé con el tipo aquel del camino. Se me aparecía con distintos disfraces, pero siempre con su mochila y los prismáticos. A veces, entre las tinieblas y la confusión del sueño, lo reconocía solo por estos dos accesorios y pensaba: «Ah, eres tú otra vez, ¿no? ¿Has vuelto?».

No es fácil poner en palabras esta historia. La verdad es que nunca la había contado; bueno, hasta ahora. En aquel momento no se la conté a nadie, ni a mis amigos ni a mi familia: no encontraba la manera de traducir lo sucedido a gramática y sintaxis. Ahora que lo pienso, se lo conté a una sola persona, precisamente al hombre con el que me casaría más adelante, pero tardé muchos años en hacerlo. Fue en Chile, una noche, cuando estábamos en el comedor de un albergue. Le causó una impresión tan profunda y visceral (se lo vi en la cara) que supe que jamás volvería a contárselo a nadie verbalmente, nunca en toda mi vida.

Lo que le sucedió a aquella chica y estuvo a punto de sucederme a mí no se puede contar a la ligera, ni estructurar como una anécdota ni transformar en una forma definitiva que acabe por resultar familiar a fuerza de repetirla muchas veces en la mesa o por teléfono y que corra por ahí de boca en boca. Al contrario, es una historia de horror, de maldad, de lo peor que uno pueda imaginarse. Es una historia que hay que encerrar a cal y canto en algún sitio sin palabras, un sitio oscuro al que nunca vaya nadie. La muerte me pasó rozando en aquel camino, tan cerca que la noté, pero se apoderó de la otra chica y se la llevó a ella, no a mí.

Todavía no soporto que me toquen el cuello, ni siquiera mi marido o mis hijos, ni un médico amable, como el que en una ocasión quiso palparme las amígdalas. Me aparto bruscamente sin saber siquiera por qué. Jamás me pondré nada alrededor del cuello, ni pañuelos, ni polos, ni gargantillas ajustadas, ni blusas o camisetas que me aprieten la garganta.

Hace poco, mi hija señaló la cima de una montaña que se veía desde el camino a la escuela.

—¿Podemos subir allí algún día?

—Claro —le dije, mirando la cumbre verde.

—¿Tú y yo solas?

Me quedé un momento en silencio.

—Podemos ir todos —le dije—, toda la familia.

Atenta como siempre al estado de ánimo de los demás, enseguida captó que le ocultaba algo.

—¿Por qué no tú y yo solas?

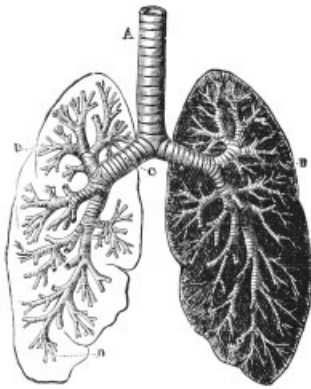
—Porque... seguro que a los demás también les apetece.

—Pero ¿por qué no tú y yo solas?

Porque, pensaba yo, porque ni siquiera soy capaz de empezar a decírtelo. Porque no soy capaz de nombrarte los peligros que acechan a la vuelta de las esquinas, en las curvas de los caminos, detrás de las peñas, en los bosques enmarañados. Porque tienes seis años. Porque en el mundo hay gente que quiere hacerte daño y nunca sabrás por qué. Porque todavía no sé cómo explicarte estas cosas. Pero un día sabré.

Pulmones

1988



Es tarde, casi medianoche, y hay un grupo de adolescentes al final del muelle. La ciudad se extiende por la bahía como un collar de luces a lo largo de la arena. El puerto es uno de sus lugares de encuentro: ahí siempre se encuentra uno con alguien sin haber quedado previamente. Hay algo en su carácter liminal, de espacio entre la tierra y el mar, que los atrae, sobre todo de noche.

Es tarde y todavía no han vuelto a casa. Están aburridos, en ese estado mental de encogimiento típico de esta etapa de la vida. Tienen unos dieciséis años, más o menos. Acaban de pasar la primera tanda de exámenes y están esperando los resultados, están esperando a que acabe el verano, a que empiece el nuevo curso; están esperando a que su futuro cobre forma, a que termine su turno de trabajo, a que se vayan los turistas: esperan, esperan. Algunos esperan que un mal corte de pelo crezca enseguida, que sus padres les dejen coger el coche, les aumenten la asignación o se den cuenta de lo desgraciados que son; que la chica o el chico que les gusta se fije en ellos, que llegue por fin la cinta de casete que encargaron en la tienda de música, que se les desgasten los zapatos para que les compren un par nuevo; esperan al autobús, a que suene el teléfono. Esperan, todos ellos, porque esperar es lo que hacen los adolescentes que viven en las ciudades de costa. Esperan: a que algo termine, a que algo empiece.

Dos de ellos salían juntos, rompieron, han vuelto. Algunos ya conducen, otros todavía no. Uno fuma, pero el resto no. No son de los que se drogan en el instituto, ni beben en exceso ni duermen en cualquier parte.

En verano, todos trabajan en cosas diversas, sirviendo a los turistas que atestan la ciudad esos meses e incordian como arena en el zapato. Dos de ellos trabajan en el campo de golf limpiando el césped; una chica vende helados en una furgoneta del paseo marítimo.

De entre estos adolescentes, una soy yo. Trabajo de camarera por las tardes en un alojamiento para golfistas. Estoy sentada ahí, en la fresca piedra volcánica del puerto, con los pies colgando por encima del agua, y noto el olor del hotel en el pelo: tabaco, comida recalentada, aceite de freír patatas, cerveza que me ha salpicado los puños de la camisa. El olor de la cocina y las barras, el olor de las vacaciones de los demás.

Una de las chicas propone que saltemos desde el muro al agua, pero eso no me inquieta particularmente. Otras veces, con otra gente, la dinámica del grupo también se ha escorado hacia el peligro. Si alguien hace una propuesta atrevida, se mete con otro o sugiere algo arriesgado, ilegal o ambas cosas, la noche puede perder el rumbo. Un día una chica propuso que saltáramos a un tren de mercancías que circulaba despacio. Otro, un chico se subió a lo más alto de un tiotivo estropeado, resbaló y se pasó el resto del trimestre escayolado. En otra ocasión una chica lanzó cerillas encendidas en todas las papeleras municipales del paseo marítimo. Y un día, una pareja pinchó las ruedas del coche del director del instituto y le quitó las escobillas del parabrisas.

Ahora les cuento estas cosas a mis hijos y me miran con los ojos como platos. «¿Hiciste eso?», me preguntan. «Yo no —les digo—, fue otra persona que estaba conmigo.» Les explico que cuando sean adolescentes y salgan con sus amigos, de vez en cuando alguien propondrá hacer algo que sabrán que no está bien, y entonces tendrán que tomar la decisión de quedarse o

irse, de quedarse en el grupo o ponerse en contra. De hablar claro, de manifestarse, de decir no, no estoy de acuerdo con eso. No, no quiero hacerlo. No, me voy a casa.

Nunca me ha resultado difícil dejar un grupo, enfrentarme al macho o a la hembra alfa. Nunca he dado mucha importancia a las pandillas, a las tribus sociales, a encajar con los demás. Desde muy joven sé que la gente popular no es la mía, no es mi grupo. Así que no es eso lo que me impulsa a levantarme del muro del puerto, ponerme de pie, encarar la brisa ligera que sopla del mar y decir: «Voy a saltar». Lo que me saca de la monotonía cotidiana de mi vida de adolescente es más bien el anhelo de hacer algo, cualquier cosa. Es el impulso de diferenciar este día de la interminable cadena de días que estoy viviendo. Es el deseo de sumergirme en el agua, ese otro elemento, esa forma oscura y cambiante que se mueve al pie del muro del puerto: aunque no la veo, percibo la profundidad, la masa, el frío, la fuerza que aguarda. Tengo la esperanza de que me libre del tizne del hotel, del comedor, de los maridos que me agarran cuando les pregunto qué quieren de postre y, delante de la atontada de su mujer, me dicen: «Te quiero a ti». De este trabajo sales sucia, asqueada, oliendo a fritanga. En este trabajo te pueden meter mano varias veces los golfistas sentados a una mesa mientras les sirves la verdura con cubiertos de plata, y tienes que apelar a todas tus fuerzas para no dar la vuelta al tenedor que llevas en la mano y clavárselo en sus gruesas muñecas. En este trabajo el chef puede bajarse los pantalones sin más y ponerse a menear las caderas delante de tus narices, con la polla desconcertantemente rosada y calva asomando entre un nido de pelos negros, y tú tienes que gritar y troncharte de risa. Las camareras mayores, las que hacen jornada completa porque es de lo que trabajan siempre, no solo en verano, son las que pueden sacudirle en la polla con un trapo y decirle: «Guarda eso y deja en paz a la chica». En este trabajo al pinche le puede dar por coger un rabo de buey sin piel y, como se ha enterado de que eres vegetariana, aparecer detrás de ti cuando estás agachada frente al congelador de los helados, que se encuentra en una caseta sin luz, y atarte las muñecas con esa tira fría y gelatinosa.

Estas cosas y unas cuantas más son las que me impulsan a ponerme de pie. A los dieciséis años una se puede sentir tan inquieta, frustrada y asqueada por todo lo que le rodea que está dispuesta a tirarse al agua en la oscuridad desde una altura de quince metros.

El mar está en calma esta noche. Se mueve con suavidad, como una balsa de aceite. Me quito los zapatos. No miro abajo.

La caída es más veloz de lo que esperaba. Levanto una corriente de aire, como si se hubiera abierto súbitamente una puerta, y de pronto me envuelve otro mundo, el mar me traga.

Me zumban los oídos, se me llena la nariz de agua, la sal me escuece en los ojos y la boca, la camisa flota a mi alrededor como unas alas. He debido de caer un poco doblada, porque me duele un costado. El agua es negra: un negro absoluto, primigenio, afótico, sin una chispa de luz. Abro y cierro los ojos y no hay diferencia, todo es igual.

Sigo hundiéndome, cada vez más despacio, y pienso que no tardaré en llegar al fondo, que tocaré la arena legamosa con los pies y entonces podré impulsarme hacia arriba, volver a la superficie, con mis amigos, volver a la vida.

No toco el fondo. Muevo los pies estirando los dedos como una bailarina de ballet... pero nada. Sigo hundiéndome, o eso me parece. No puede ser tan profundo.

Envuelta en agua, me doy cuenta de una cosa. Me falla la coordinación, me falla la orientación espacial. Según los neurólogos, una enfermedad infantil me dejó secuelas en las

partes del cerebro que controlan el movimiento y el equilibrio. Los chicos que están arriba, en el puerto, no lo saben: se mudaron aquí hace pocos años, y eso significa que no llegaron a verme en silla de ruedas, incapacitada, con necesidades especiales. Tengo unas cuantas funciones neurológicas deterioradas, entre ellas, la percepción de las cosas, de su posición o de dónde deberían estar, y del lugar que ocupó yo entre ellas. He perdido esta función inconsciente y la suplo con la vista; a esta habilidad que me falta la llaman propiocepción. Por ejemplo, no puedo coger un bolígrafo al mismo tiempo que hablo con otra persona. Debo pararme, mirar y dirigir la mano para conseguir ponerla en contacto con el bolígrafo. Si por cualquier motivo no veo, me aturdo, me quedo indefensa; en pocas palabras: como un pez fuera del agua.

Y por eso, si por casualidad me caigo de noche al mar negro y no veo, no sé dónde es arriba ni abajo, me desoriento, no puedo dirigirme a la superficie y al aire.

Desde aquella noche, a menudo me he preguntado qué hacían los de arriba, los del muro del puerto. Cuánto tiempo tardaron en darse cuenta de que yo no salía a flote. Si, después de la risa y los gritos iniciales, se pusieron a charlar otra vez, si se quedaron callados a medida que transcurrían los segundos, si miraron al agua para ver si emergía al fin. Después no lo comentamos: en aquel momento era demasiado para nosotros, el peligro era muy grande y muy cercano.

Me agito frenéticamente en el fondo, muy por debajo de mis compañeros. Intento ir hacia un lado creyendo que me dirijo a la superficie, después hacia otro. Entonces, los pulmones empiezan a arder, el pulso se acelera, el corazón se pone a mil para alertar de la situación, como si no supiera de sobra que estoy a punto de morir. Las ganas de toser me atosigan, pero sé que no debo, que no puedo hacerlo. El pensamiento es monotemático: todo va bien, todo va bien, todo va bien. Y después: esto no va bien, esto no va bien, esto no va bien.

Las experiencias cercanas a la muerte no son nada único ni excepcional. No son tan raras; me atrevería a afirmar que todo el mundo las ha tenido en algún momento, aunque no se diera cuenta. Una furgoneta que pasa demasiado cerca cuando vas en bicicleta, un médico cansado que se da cuenta de que habría que comprobar tal dosis una vez más, un conductor borracho que se niega a renunciar a las llaves del coche, un tren que se pierde por haber hecho caso omiso de la alarma del despertador, un avión que no se cogió, un virus que no se llegó a inhalar, un agresor con el que nunca llegó a producirse un encuentro, un camino que no se tomó. Pululamos todos por ahí como atontados, viviendo un tiempo prestado, hurtando los días, librándonos del destino, resbalando por los resquicios sin saber cuándo va a caer sobre nosotros el hacha encima. Como dice Thomas Hardy acerca de Tess Durbeyfield: «Había otra fecha [...] la de su propia muerte; un día que aguardaba agazapado, escondido entre los otros días, sin dar señales ni hacer ruido cuando ella pasaba por cada año; pero no por eso dejaba de estar ahí. ¿Qué día sería ese?».

Percibir esos momentos te cambia. Aunque intentes olvidarlos, darles la espalda, ningunearlos con un encogimiento de hombros, se cuelan dentro de ti pese a todo. Se instalan en tu interior y forman parte de lo que eres, como un *stent* coronario o una grapa que sujeta un hueso roto.

Hace poco me puse a revisar cajas y carpetas viejas, buscando unos faxes que me habían mandado en los noventa. Encontré otras cosas: un montón de fotos de gente a la que casi había olvidado, postales de cumpleaños, de San Valentín, entradas de cine, billetes de metro, guías de museos, planos de ciudades a las que fui alguna vez. Y también una carta que me escribió uno de los chicos que estaban aquella noche en el puerto.

Me la mandó a la universidad. En aquella época estudiábamos cada uno en una punta del país y el instituto quedaba ya muy lejos. A bolígrafo negro, con letra inflada, me contaba que lo había hundido en la época del instituto: nunca quise comprometerme con él, nunca quise ser suya, siempre lo evitaba. ¿Por qué?, preguntaba, con lo bien que nos entendíamos. ¿Por qué no quisiste ser mi novia?

Me acuerdo de cuando me llegó la carta, de que la leí mientras me dirigía a un seminario, con los libros y los apuntes en la cesta de la bicicleta. Le contesté unas semanas después y le dije que lo lamentaba, que sentía mucho haberle hecho daño. No tenía ni idea, le dije, de que sintiera eso por mí.

No era cierto, naturalmente. Seguro que lo sabía antes de leer la carta y mientras le respondía sentada en mi pupitre de la universidad, con el bloc encima de los apuntes, de los libros de la biblioteca, de los trabajos sin terminar.

Es el chico que se tira a buscarme. Todavía estoy bajo el agua, mis músculos se están cansando, empiezo a perder la cabeza. El chico es un gran aficionado al esquí acuático, al piragüismo, al remo: pasa casi todo su tiempo libre en el mar. En el cuarto de baño de su casa siempre hay trajes de baño empapados de agua y arena, asomando por encima de la ducha como hombres ahorcados. Ha sido campeón de natación, uno de esos adolescentes que se levantan antes de que salga el sol para hacer largos y más largos en el azul clorado de una piscina. Los fines de semana se va a una cosa que llaman «galas» y gana trofeos.

Es él quien observa las olas, adivina hacia dónde me habrán arrastrado, se zambulle, bucea, sale a la superficie, bucea otra vez, vuelve a salir, bucea por tercera vez y me encuentra, me sujeta por las axilas, por la barbilla. Es él quien me llama gilipollas cuando por fin salimos al aire, sujetándome todavía con tanta fuerza que casi no puedo respirar, y me regaña, está furioso, asustado y algo más.

Mientras escribo esto pienso en el agua negra, en su textura asfixiante, en la fuerza de atracción secreta e invisible que posee. Pienso en el frenesí con el que me agarraban las manos del chico. Está claro qué fue lo que lo impulsó a tirarse al agua helada, a las profundidades del mar, para sacarme. Fue él, y no cualquier otro de los que estaban allí, el que saltó en mi busca. A los dieciséis años yo lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Lo sabía por la forma en que volvimos después a casa: él, unos cuantos pasos por detrás de mí, temblando los dos, empapados, descalzos y discutiendo. Lo notaba en su enfado, en las palabras con las que me explicó lo que podía haberme pasado, porque la marea se lleva el agua que hay debajo de la superficie y me podía haber arrastrado a mar abierto, y que no volviera a hacer semejante estupidez nunca más. Lo supe por la forma en que se quedó mirándome cuando entré en el jardín de mi casa, me escabullí sin decir una palabra y desaparecí por la puerta.

Tenía que haberle dicho: tienes razón, ha sido una estupidez. Tenía que haberle dicho: pero resulta que tengo este impulso de libertad, de liberación. Es una necesidad tan imperiosa, tan total, que anula todo lo demás. No soporto la vida que llevo. No soporto estar aquí, en esta ciudad, en este instituto. Tengo que marcharme. Tengo que trabajar, esforzarme mucho para poder irme, y solo entonces seré capaz de crear una vida que me resulte vivible. Igual parezco frívola y caprichosa porque un día hablo contigo y al otro te esquivo, pero es que tengo que concentrarme únicamente en liberarme, y nada se puede interponer en mi camino. No puedo permitir que nada ni nadie me retrase, me distraiga, me ate. También tendría que haber dicho: gracias.

Gracias, gracias.

Columna, piernas, pelvis, abdomen, cabeza

1977



De pequeña era una escapista, una prófuga. Corría, me largaba, desaparecía a toda prisa, salía por piernas siempre que se presentaba la ocasión. No soportaba que me cogieran de la mano, que me sujetaran, que me retuvieran, que me hicieran andar ordenadamente. Me soltaba, me escabullía. Lo único que quería era estar en movimiento, notar el aire a mi alrededor, volar y ver cómo quedaba atrás, a toda prisa, la calle, el jardín, el parque o el campo. Quería saber, quería ver lo que había al doblar la esquina siguiente, después de la curva. Y todavía lo quiero.

Mi madre siempre me advertía de que podía perderme y, en efecto, a los cuatro o cinco años me perdí por primera vez, lo normal cuando una se pasa el día queriendo escaparse y echando a correr. Habíamos ido a una ceremonia religiosa en una isla deshabitada, a poca distancia en barca de la costa del condado de Mayo; yo me había quedado atrás, corriendo en zigzag, y de pronto me encontré sola. ¡Sola! ¡Qué horror indecible y emocionante! Una niña sola en un camino de una isla remota.

Anduve sin rumbo, atemorizada por el repentino cambio de situación, convencida de que mi familia se habría ido en el transbordador sin mí, abandonándome a mi destino en esa franja de tierra batida por el viento. El mundo se detuvo de pronto; no se me exigía nada, podía quedarme quieta en mi propia piel.

Las sandalias crujían al pisar la arena, las gaviotas chillaban, el viento zumbaba en los endrinos a ambos lados del camino. ¿Dónde iba a dormir? ¿Qué iba a comer? ¿Quién me diría cuándo tenía que irme a la cama? Me encontraron unas señoras que llevaban pañoleta, me dieron galletas y me acompañaron al embarcadero, donde me esperaba el barco... y mi familia.

Poco después me escapé de casa. Le había dado muchas vueltas al asunto: adónde iría (a un bosquecillo de un monte que se veía a lo lejos desde la ventana de la buhardilla), lo que me llevaría (libros, un bocadillo, el gato), cómo conseguiría dinero (robaría, triste pero necesario). Una discusión en algún juego, una comida que no quería, un desacuerdo por la ropa: no recuerdo cuál fue el catalizador, pero sé que eché a correr hasta el armario de debajo de las escaleras, descolgué la trenca de su percha de latón, metí las manos en las rígidas mangas de lana y me abroché los botones con decisión, uno a uno. Ya está, pensé, me voy.

Abrí la puerta —de cristal irregular, como agua— desde la que había visto por primera vez a mi hermana menor, acercándose por la entrada principal en brazos de mi madre: un bulto oval, blanco, flotante, con un gorro de un rojo vivo, que se convirtió en una recién nacida de pelo castaño cuando se acercaron un poco más. Crucé el umbral de esa puerta, dejé que se cerrara con un satisfactorio portazo y me fui por el camino, pasé al lado de los acebos gemelos con sus racimos de bolitas rojas y sus hojas rizadas y claras, traspassé la desvencijada cancela blanca y salí a la acera, con mis zapatos de hebilla (tenían las puntas rozadas, siempre rozadas —por mucho que mi madre los limpiara—, adornos de puntitos pinchados en la piel y protectores recortados de una chaqueta de pana de mi padre), taconeando al dejar atrás el jardín de rocalla de los vecinos, las caravanas y los perros que dormitaban en el bordillo.

Llegué hasta el cruce, que era el confín de mi solitario mundo, hasta donde me dejaban ir sola. A veces salíamos hasta allí a esperar a mi padre cuando volvía del trabajo, si teníamos algo

importante que contarle: la muerte de un pez de la pecera, una visita, la vez que mi hermana saltó del sofá, se dio en la nariz con el borde de una estantería y tuvimos que ir al hospital para que le pusieran unos puntos (todavía tiene la cicatriz).

Me quedé allí sin saber qué hacer, mirando los coches que pasaban, debatiendo mentalmente si por irme de casa ya no me afectaban las reglas, como la de no cruzar la calle jamás, hasta que mi madre me alcanzó. Había salido corriendo de casa, sin quitarse el delantal, y tenía una expresión descompuesta. La vi abalanzarse sobre mí, creí que estaba enfadada y que me iba a regañar mucho. Sin embargo, me abrazó con ternura y murmuró: «No te vayas, no te vayas», con la boca entre mi pelo.

Me acordaré de ese momento casi veinte años después, cuando me despida de mi madre porque me voy a Hong Kong. Estamos en el andén de la estación, tengo la mochila en el suelo y el tren aparece por el túnel. Voy a subirme en él y tardaré mucho tiempo en volver. No me dice que no me vaya, pero me agarra por el hombro de tal forma que es como si me lo dijera: con el corazón, con insistencia, sabiendo que siempre va a estar despidiéndome, que en cierto modo las dos sabemos que esa necesidad siempre me ha acompañado.

Ahora comprendo que, de niña, debí de tenerla muy entretenida: era intratable, estaba asilvestrada, me negaba a todo irracionalmente, luchaba por mi independencia, me afirmaba constantemente en mi autonomía. «Fuiste muy difícil de criar —suele decir ahora—, una pesadilla.» Y le creo. En las fotografías se ve a una niña mediana, desmañada, torpe, con la nariz muy larga, los dientes montados y una expresión furiosa e inquieta, la versión imperfecta de mi hermana mayor, que era más guapa y más equilibrada. Yo era todo lo contrario. Tenía pataletas. Me sobrevenían ataques de llanto, estallidos emocionales, la pasión me desbordaba o me hundía. «¿Sigue igual de difícil?», preguntaban los familiares con preocupación. Bastaba que pasaran media hora conmigo para saber la respuesta.

—No la provoquéis —advertían mis padres a mis hermanas; y a mí—: Tienes que aprender a controlarte.

Lo intentaba. Recuerdo que lo intentaba. Recuerdo que pensaba que no tenía que sulfurarme, que no debía dejarme llevar, que, por encima de todo, era imprescindible no perder el control. Me miraba en el espejo, ponía caras sonrientes, tranquilas, y me decía la palabra «amable». Seguro que la había leído en algún libro. Es lo que yo quería ser, lo que sabía que debía ser. Es lo que eran las niñas buenas: amables. Pero entonces me decían que me pusiera tal jersey, de un color mostaza horrible, cuyo cuello me irritaba y me picaba de una forma insoportable, y... otra vez patatas cocidas a la hora del té. Y ¡qué aborrecible me parecía la piel harinosa y la pulpa tiesa de almidón! En mi sitio de la mesa me esperaba un vaso de leche y temía beberlo, temía la siniestra sedosidad que me dejaba en la garganta, los jirones amarillentos de nata flotando en la superficie, las burbujas nacaradas del borde. Pensaba en estas cosas y de pronto sucedía una nimiedad, algo inocuo (un comentario o una mirada de mi hermana, un pie que chocaba con el mío cuando intentaba leer, una hoja de deberes de matemáticas que me parecía infinita, impenetrable y aburrida) y ya estábamos otra vez. Algo se me rasgaba en el pecho, una ola de calor me subía a la cabeza, soltaba un grito repentino o tal vez un pisotón contra el suelo. Pérdida de control. Adiós amabilidad.

En aquella época mi madre expresaba su frustración conmigo de una forma muy particular. Murmuraba muy bajo mientras comíamos, cuando estábamos juntas al lado de mi armario, en el

cuarto de baño, junto a la puerta del coche o en cualquier situación en la que disintiéramos: «Como tengas hijos complacientes será que no hay justicia en el mundo».

Es evidente que el mundo se rige por un sistema judicial, porque mi tercera hija, una niña de rizos indomables, también es una escapista, una prófuga. En cuanto la dejan salir de un coche, de un carrito o por una puerta, echa a correr a toda velocidad, con los rizos volando, sin mirar atrás ni una vez. Tengo innumerables fotos de ella en movimiento, a lo lejos, una mancha en el camino, un borrón en la acera, una personita que va a desaparecer por el punto de fuga. «Quiero echar a correr» fue una de las primeras frases que dijo, suplicando que la librara de las ataduras del cochecito.

A sus catorce meses de edad, al darme cuenta de que este gen se encontraba irrevocablemente enredado en sus dobles hélices, la saqué a la calle, delante de nuestro portal.

—Nunca bajes de aquí —le dije, señalando el bordillo—, ¿de acuerdo? Nunca. Aquí se paran los pies.

Mi miró atentamente con sus ojos de color verde avellana, fascinada. «Pies», repitió, agarrándose a la única palabra que entendía.

Señalé el bordillo otra vez.

—Pies —le dije—. ¡Alto!

—Pies alto.

Sonreí y asentí.

—De acuerdo —dije—, vamos a probar.

Y le solté la mano.

Escapé de la muerte por poco en la calle principal de una ciudad de los Brecon Beacons, en el sur de Gales. ¿Era Abergavenny, Crickhowell o Llandeilo? No me acuerdo.

Seguramente fue más o menos en la época en la que me perdí en Irlanda. Tengo la sensación de que llevaba la misma chaqueta, una a rayas, de nailon, con una cremallera que podía subirme hasta la boca. Había varios establecimientos seguidos en la calle: una carnicería, un pub, una tetería y un surtidor de gasolina. Estaba esperando al lado del coche, un Renault rojo debajo de cuyos asientos habían encajado los pañales de tela de mi hermana, y mi padre me tenía agarrada de la mano.

Debía de hacer mucho viento (¿estábamos allí arriba, en aquellas montañas?), porque recuerdo la sensación del pelo, todavía rubio, rozándose las mejillas, por encima de las orejas.

Vi a mi madre de reojo en la otra acera, con mis hermanas —habían ido a una tienda a comprar té o algún capricho, un paquete de caramelos o una caja de galletas—, e hice lo que hacía siempre, lo que era incapaz de dejar de hacer. Me solté de la mano de mi padre y eché a correr hacia mi madre y mis hermanas, pero esta vez lo que pisaban mis sandalias era una carretera.

Vi cómo cambiaba la expresión de la cara de mi madre antes de darme cuenta de que venía un coche. La oí chillar; oí gritar a mi padre. Entonces me asaltó el pánico, como si se disparara una alarma. La idea de que estaba en peligro empezó a llenarme la cabeza; oí el chirrido de los frenos, el roce seco de las ruedas en el asfalto, una voz fuerte que seguramente soltó una palabrota.

El coche era azul, con parachoques plateado y manchas de óxido. Los colores se me grabaron en la retina: el azul, el plateado, el marrón rojizo. Viró bruscamente dos veces y noté el contacto del cromo granuloso del parachoques en el muslo.

Recuerdo que seguí andando. Seguí moviendo los pies, seguí pisando fuerte, hendiendo aquel aire de montaña como si nada pudiera afectarme, como si nada hubiera sucedido, puesto que podía seguir andando, corriendo, moviéndome.

Todo el cuerpo

1993



El avión está en penumbra, los motores zumban con normalidad. Los pasajeros que me rodean van durmiendo: una mujer del otro lado del pasillo, con dos niños en el regazo; la pareja de atrás, apoyados el uno en el otro, con la boca relajada. Sobrevolamos el océano Pacífico, ese punto impreciso en medio de un vuelo de larga distancia, cuando se pierde la noción del tiempo, del espacio privado, del hambre, cuando las horas se funden y colapsan.

Hay muchas monjas y curas en el avión, van vestidos de gris, tienen caras beatíficas, llevan calzado cómodo y fuerte. Haremos escala en Hong Kong y después nos dirigiremos a Manila, y a mí me da la impresión de que toda la comunidad religiosa de las Filipinas vuelve de Londres.

A mi lado viaja un sacerdote anciano todo vestido de blanco y dorado. Las gafas se le resbalan por la nariz mientras duerme. De vez en cuando, tan a menudo que me agota, me despierta tocándome el brazo y me indica que me levante porque tiene que ir al baño. Las cuentas de su rosario cuelgan del gancho para los abrigos que hay encima de nosotros.

Paso esta noche ahogada de calor, después helada de frío, preguntándome qué es lo que he hecho, qué hago aquí, leyendo una novela checa muy manoseada que un amigo me entregó cuando nos despedimos. Me dio también un paquetito diminuto que contenía una brújula, porque, tal como decía en la tarjeta que lo acompañaba, para mí era muy importante «encontrar el camino de vuelta».

Me he equivocado de vida, o eso creo. Estoy fuera de lugar, girando en el espacio, y lo digo en más de un sentido. He dejado atrás la vida que se suponía que llevaba y aquí estoy, en un avión, rumbo a Hong Kong, una ciudad en la que no tengo trabajo ni perspectivas y en la que solo conozco a una persona.

Cruzar los husos horarios de esta forma puede proporcionar una claridad inquietante y distorsionada. ¿Será por la altura, por la desacostumbrada inactividad, por el confinamiento físico, por la falta de sueño o por la colisión de las cuatro cosas? Viajar a gran velocidad, a miles de metros por encima del suelo, en un avión, altera el estado mental. A veces salta a primer plano alguna preocupación reciente, como si la enfocaran con la lente de una cámara de fotos. De pronto pueden colársete en la cabeza respuestas a cosas que llevabas tiempo preguntándote. Es posible que, contemplando el ilusorio paisaje montañoso de altoestratos, de pronto pienses: ¡ah, claro, no me había dado cuenta hasta ahora!

Tengo la brújula en una mano y en la otra el plano de Hong Kong, un enredo asombroso e incomprensible de calles, elevaciones, túneles, islas y puertos, todo señalado en caracteres chinos. Me da la impresión de que, al separarme de mi amigo (¿ayer, hoy, anteayer?), algo se ha soltado en mi interior, casi como si él se hubiera quedado con un extremo de un hilo vital y, desde la partida, el hilo se hubiera ido desenredando, alargándose entre lo que he dejado atrás y yo. ¿Hasta dónde podrá estirarse? ¿Se romperá? ¿Podré recuperarlo alguna vez?

La pregunta se me acerca lentamente, se me sube encima, me adelanta y me envuelve como la niebla, mientras el avión sigue volando, inexorablemente: ¿por qué me he ido? ¿Cómo es que me voy? En la biblioteca de la universidad a menudo me sentaba enfrente de ese amigo y estudiábamos juntos para los exámenes finales. Si uno se distraía, el otro le daba pataditas por

debajo de la mesa, suaves e insistentes. Sin palabras, mi amigo imitaba mi forma de sacudir la mano cuando se me entumecía. Se aseguraba de que no se me olvidara comer a mediodía. No se rio cuando le dije que quería escribir, ladeó la cabeza con una expresión seria y pensativa, como dejando que la idea se le asentara en la cabeza.

Con todo, estoy en este avión y me dirijo hacia otro hombre. En resumen, no tengo la menor idea de lo que estoy haciendo. Tendría que estar (o eso me parece) mudándome a un piso en Cambridge. Tendría que estar engrasando la cadena de la bici. Tendría que estar subiendo y bajando los peldaños de la biblioteca de la universidad cargada con libros y revistas. Tendría que estar empezando el doctorado. Tendría que estar en mi sitio de siempre, enfrente de mi amigo, que en estos momentos se habrá embarcado en el doctorado solo, sin mí.

En cambio, estoy aquí, rumbo a Hong Kong, porque hace cuatro meses fui a mirar los resultados de los exámenes, que estaban expuestos en un tablón de anuncios y, en vez de la nota que esperaba, la que necesitaba para asegurarme la beca de posgrado, la nota por la que había trabajado, me pusieron una más baja. Mucho más baja. Al dar media vuelta, bajar las escaleras, montar en la bici sin responder a la gente que me llamaba, comprendí que algo había salido mal, muy mal.

Y por eso estoy aquí. No voy a proseguir con mi carrera académica; no me quedaré en Cambridge; tardaré mucho en volver a ver a mi amigo. No haré el doctorado sobre la falsa función marginal de la mujer en la poesía medieval.

Mi tesis, en la que defendería que el poeta anónimo de *Sir Gawain y el Caballero Verde* es en realidad una mujer, quedará sin escribir. Hace meses, desde que se malograron mis planes, cuando por descuido capto de reojo fragmentos del poema, tengo que darles la espalda porque representan una pérdida muy grande en mi vida. El banquete de honor en el que irrumpe el temible gigante cortés. La forma en que la poeta (siempre he estado convencida de que era una mujer) admira su físico y se recrea al describirlo: «Pues que en pecho y espalda era todo robustez / Mas en talle y vientre, bellamente esbelto». Y cómo se prodiga sensualmente con los colores y los adornos, los dibujos y las telas, cómo distrae al lector del misterio principal con destreza, como una maga, con una serie de hombres atractivos, con sus trajes, sus armaduras, sus barbas y sus (en cierto modo) ridículas peleas. La forma intrigante y aparentemente moderna de cambiar el tiempo del verbo en mitad de la estrofa. Y el zopenco de Gawain, que no tiene ni idea del lío en el que se ha metido, que pasa por alto a la anciana del castillo y no acierta a ver el motivo de la confusa red que se teje a su alrededor.

Todo esto se acabó. Tengo que olvidarme del poema... y de ella. Me gustaba la conexión que había establecido con la autora a través de las palabras de la historia. Confiaba en ella. Tenía la sensación de retroceder en el tiempo a medida que avanzaba en la lectura, hasta darle la mano. Pero tengo que renunciar. Tardaré muchos años en volver a leer el libro.

Y, mientras sobrevuelo el océano Pacífico, a mis veintiún años de edad, tengo la sensación de que me han robado algo crucial para mi existencia: el corazón, un pulmón, una arteria.

Dentro de un año, más o menos, entenderé que el desastre de los exámenes finales no fue tal cosa; unos años después, comprenderé que en realidad fue una suerte salir de allí. Que mi ángel

de la guarda, mirándome desde su nube, me vio ir en bici a los exámenes, percibió lo que podía suceder y metió un palo en las ruedas que enredó mis trabajos sin remedio.

Lo cierto es que habría sido una pésima académica. Soy demasiado volátil, demasiado cambiante, demasiado impaciente. En cuanto hubiera terminado de escribir mi apología de la autora de *Gawain* me habría pasado el resto de mi vida como una desgraciada, encerrada en una biblioteca, enfrascada en manuscritos antiguos. Me habría vuelto loca con la opacidad del inglés medieval. Y tampoco habría sido buena profesora. En primer lugar, tartamudeo, ¿cómo llegué a pensar alguna vez que podría dar clases? El aburrimiento, la rabia y la frustración me habrían sacado de quicio y en un par de meses me habría largado de Cambridge en busca de otra cosa. Quizá hubiera terminado en Hong Kong de todas maneras.

Pero, naturalmente, esto no lo sé cuando voy a bordo del avión. Sigo inmersa en el pánico y el dolor, sigo lamentando la pérdida de lo que me parecía una parte fundamental de mi identidad. Lo único que tenía, para lo único que servía, era para sacar buenas notas: como si las sacara de la chistera. No era amable ni afable y nunca lo sería, tenía un pelo raro e indomable, dificultades en la expresión oral y afecciones neurológicas misteriosas, pero desde mis primeros años de adolescencia, esa era mi habilidad mágica: me encargaban un trabajo, lo preparaba (con mucho, mucho esfuerzo, con horarios y repasos, con despertadores, madrugones y trasnochando, con apuntes, esquemas y fichas), después lo reproducía en el aula de exámenes y, ¡abracadabra!, me devolvían un papelito satinado en el que decía que me adelantara a la casilla de salida, que cobrara doscientas libras, que ya tenía la tarjeta para librarme de la cárcel.

Esta fórmula me había funcionado mucho tiempo. Me había abierto las puertas de dos institutos de secundaria (uno terrible y asombroso, el otro no tanto), después las de Cambridge, el primer curso y el segundo, y de pronto, en el tercero, el último y más importante de todos, la magia dejó de funcionar. Se gastó.

Lo que me habría gustado saber a los veintiún años, cuando estaba delante del tablón de calificaciones de Cambridge, cuando di media vuelta y pedaleé hasta la orilla del río, donde me puse a tirar piedras al agua y a llorar, es que nadie te pregunta jamás por tus notas, porque eso es algo que deja de importar en cuanto abandonas la universidad; me habría gustado saber que las cosas de la vida que no están planeadas por lo general son más importantes y, a la larga, más formativas.

Es preciso esperar lo inesperado, aceptarlo. Estoy a punto de descubrir que lo mejor no es siempre lo más fácil.

Por eso me voy a Hong Kong. Porque tengo que marcharme. Porque no hablo idiomas, solo chapurreo un poco de alemán como una inepta (*Ich habe alle meine Hausaufgaben gemacht*). Porque Gran Bretaña está atrapada en las garras de la recesión y no hay trabajo, y menos para una persona con una diplomatura nada sobresaliente en literatura inglesa. Porque Anton, que se fue a Hong Kong hace algún tiempo, me escribió y me dijo: ven, aquí es fácil encontrar trabajo y puedes instalarte conmigo. Porque parece que es lo mejor que puedo hacer. Porque a los veintiún años, irse al otro extremo del mundo sin dinero, solo con una mochila y la promesa de una casa en la que alojarme parece un plan completamente viable. ¿Por qué no? ¿Qué más puedo perder?

Sin previo aviso, un ruido súbito, sordo y metálico y una sensación de viento frío invaden el avión.

De repente empezamos a caer en picado, a plomo, como una piedra arrojada desde una montaña. La velocidad es asombrosa, el tirón, la rapidez del descenso. Es la atracción de feria más desagradable del mundo, como hundirse en la nada, como si te tiraran de los talones hacia las fauces sin fondo del inframundo. El dolor me brota en los oídos y en la cara como pétalos, el cinturón de seguridad se me clava en los muslos al ser impulsada hacia arriba.

El avión se sacude como una bola de nieve: se levantan del suelo bolsos, latas de zumo, manzanas, zapatos, jerséis. Las mascarillas de oxígeno cuelgan como lianas y algunos seres humanos vuelan por el aire. Veo que el niño del otro lado del pasillo choca contra el techo con los pies por delante; su madre se arquea en sentido contrario con todo el pelo desmadejado alrededor y una expresión más de enfado que de miedo. El sacerdote que va a mi lado sale disparado del asiento hacia las cuentas de su rosario. Dos monjas, con las tocas hinchadas, son lanzadas contra las luces como muñecas de trapo.

Se oyen gritos, maldiciones, rezos. Un hombre que sangra por las dos fosas nasales empieza a dar voces en un idioma que no entiendo y gesticula, despavorido. Unas gotas de sangre vuelan de su cara y manchan los asientos y el techo.

Seguimos cayendo. Una azafata se arrastra por el pasillo. Grita, con el gorrito torcido y el pelo suelto sobre los hombros. Otro miembro de la tripulación, un hombre, se acerca desde el otro lado y pasa por encima de ella como ciego. Dice a gritos algo de las mascarillas, de cómo tenemos que ponérmolas, pero no nos da tiempo a oírlo porque también sale despedido hacia arriba.

Lo que siento no es calma, sino resignación, entumecimiento. Pienso: y ahora esto. Pienso: es una de las peores cosas que he visto en mi vida. Pienso: vamos a morir todos, ahora mismo. Caeremos al océano o a la tierra a toda velocidad y esto explotará como una lata de gaseosa. No quedará nada. Aniquilación total.

Es un alivio extraño estar sola. Miro en todas las direcciones y veo a la gente pegarse a sus compañeros, a sus familiares, llorando, gritando, agarrándose con fuerza. Yo me agarro a los brazos del asiento y me digo: allá vamos. No me pasa la vida por delante de los ojos en unos segundos. No hay recuento final, ni alud repentino de sabiduría, ni ruegos, ni oraciones de último momento. No pienso en las otras veces en que he podido burlar el destino, en que me he zafado de momentos como este. Lo físico me inunda, me preocupa, me distrae: el ruido ensordecedor del avión, el pánico de los pasajeros, el tirón invencible de la caída, la preparación del cuerpo para el impacto inevitable.

El sacerdote ha debido de agarrarme el brazo en algún momento, porque, cuando la caída se interrumpe, cuando parece que el avión se ha frenado con algo y todos salimos disparados hacia arriba otra vez antes de estabilizarnos por fin, noto los dedos que se aferran a mi hombro y las cuentas del rosario que se me clavan en la carne. Dentro de un par de días, Anton me preguntará qué es esa hilera de señales tan rara que tengo en el brazo. Yo la miraré y veré una novena de cardenales.

Cuando aterrizamos en Hong Kong se llevan a casi todos los pasajeros al hospital, incluido mi sacerdote. Le acerco la bolsa hasta la portezuela de la ambulancia. Cuando nos despedimos, me pone la mano en la cabeza y musita una bendición en latín. Aunque ya no soy creyente, aunque he rechazado toda esa parte de mi educación, me quedo en la pista, con su mano en la cabeza, hasta que termina.

Todavía noto la huella de sus dedos en la coronilla, como una diadema invisible, cuando salgo y veo a Anton esperándome. Parece cambiado, con una camiseta de algodón blanca, holgada, y el pelo cortísimo y oscuro.

Dos días después encuentro trabajo, profesora particular de literatura inglesa para niños: los guío para que saquen buenas notas. Nos sentamos en un reservado situado encima del puerto y los ayudo a entender *Romeo y Julieta*, al naturalista de Seamus Heaney, las motivaciones del vendedor de Arthur Miller. Enseño a usar el cuchillo y el tenedor a una niña a la que van a mandar dentro de poco a un internado de Hertfordshire. Me pide que la ayude a elegir un nombre inglés y procuro desviarla de «Winsome» o «Delicate», que son los que ha encontrado en el diccionario. Voy a clases de cantonés: *yat, yih, saam, sei, ng*. Todas las mañanas desayuno arroz *congee* en un puesto de la calle. Me baño en el mar del sur de China y cojo conchas con los pies. Subo por la ladera de un monte en un tranvía que tiene el suelo inclinado. Barajo la opción de dedicarme al periodismo, los reportajes, las entrevistas, la crítica de películas y libros, y me pregunto: ¿podría hacerlo yo? Escribo cartas en frágiles aerogramas azules. Anton me enseña a manejar una cámara réflex de una sola lente, salgo con ella y lo fotografío todo: gente que saca a pasear a sus pájaros enjaulados, ancianas que hacen taichí por la mañana, jugadores de *mahjong* en el parque, niños disfrazados de dragones, patos aplanados en el escaparate de los restaurantes, los tranvías, el neón contra el cielo oscuro, las pirámides de durios y los tanques de tofu de los mercados nocturnos. Me inscribo en la biblioteca del British Council después de reunir las solicitudes necesarias, las fotocopias y los justificantes de mi dirección postal. Voy andando por la alfombra entre las filas de Ficción A-Z y pienso: puedo leer lo que quiera. Al darme cuenta es como si se desatara un vendaval, que me azota y casi me hace tropezar.

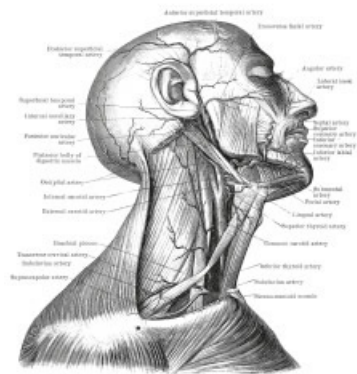
Se acabaron los cursos, se acabaron los currículos, se acabaron los exámenes.

Saco tres libros y, unos días después, vuelvo y saco otros tres. Los libros se amontonan en el minúsculo apartamento, al lado de la cama, en el cuarto de baño, en la cocina de la galería. Saco libros de los que he oído hablar pero nunca he tenido tiempo de leer, libros de autores que he oído mencionar en la radio, libros traducidos de lenguas remotas, libros de autores que todavía están vivos, libros que he visto en las páginas de los periódicos; en resumen, todos los libros que no entraban en mi plan de estudios. Leo cuando voy andando al trabajo, leo en el metro, leo entre clase y clase, leo en el cuarto de baño bajo la atenta mirada de una salamanquesa leucística a la que he domesticado proporcionándole áfidos en abundancia que cojo de las macetas de la ventana.

Y una noche, en la época de los monzones, cuando la lluvia es un constante zumbido adormecedor en la calle, cuando la ropa, las ventanas y las fotografías se enmohecen por la humedad y hace demasiado calor para dormir, después de leer versiones subversivas de cuentos europeos, me entra la necesidad de escribir algo. Me levanto, busco un lapicero, abro un cuaderno encima de la mesa y, mientras Anton duerme, empiezo a escribir.

Garganta

2002



Me agarran por detrás de repente, con brusquedad, y lo primero que pienso es que se trata de algún conocido. Por una casualidad asombrosa e inexplicable, aquí, en Chile, una persona que nos conoce nos ha visto paseando por la orilla de un lago, se ha acercado por detrás a saludarnos y se ha abalanzado sobre mí juguetonamente.

Entonces veo la cara que pone Will y sé que no es así. Un machete me apunta a la garganta. La larga hoja brilla a la última luz del día. Noto su caricia fría y metálica en la piel, la insistencia del desconocido que me aprisiona sujetándome los brazos a los lados. En la inquietante intimidad de este abrazo, su aliento, esforzado y ronco, me roza la oreja. Aunque no lo veo, percibo que es más o menos de mi estatura y que tiene el pelo oscuro. Hace tiempo que no se lava. Las axilas le huelen a cebolla, la hebilla de su cinturón se me clava en la rabadilla, le tiemblan las manos. Está asustado, Will también, pero yo tengo una extraña sensación de distanciamiento, como si esto no estuviera sucediendo en realidad, como si no nos hubiera asaltado un hombre con un machete y siguiéramos paseando por la orilla del lago.

También veo que Will se ha enfadado por esta interrupción, por esta ocurrencia intempestiva. Está pálido y frunce el ceño. Hace diez años que lo conozco, tres que estamos juntos, y veo el tumulto de pensamientos que le pasa por el cerebro, se lo leo como si fuera un telegrama saliendo del telégrafo: machete, novia, hombre, más bajo que yo. Está furioso. Parece un asesino.

Es la primera semana de un largo viaje por Sudamérica. Este pueblito de la orilla del lago, al pie de un volcán, es la segunda parada que hacemos. Después, tenemos intención de ir a las montañas, adentrarnos en los Andes, donde nos han dicho que hay un manantial de aguas termales y un campesino que nos dejará dormir en el pajar.

Acabamos de comprarnos una casa en Londres, es la última vivienda de una calle de casas adosadas de ladrillo rojo, con un jardincito en forma de rombo en la parte de atrás. Una línea de ferrocarril que pasa muy cerca de allí; los trenes avanzan pesadamente en ambos sentidos, las paredes tiemblan y se estremecen, los cristales tintinean.

Cuando la encontramos, la casa estaba medio abandonada, hacía años que no vivía nadie allí, la tarima se pandeaba, el papel eduardiano de flores se caía a tiras, de las lámparas de gas se escurrían riachuelos rojizos de efluvios oxidados por el desconchado enlucido. Mientras estamos en Sudamérica, el piso va cobrando nueva vida con suelos y cableado nuevo (o eso esperamos, al menos, porque las misivas de los encargados de la reforma escasean y son poco concretas). Prevemos que, cuando volvamos, tendremos luz eléctrica, suelos que no cedan al pisarlos, paredes blancas, radiadores, agua caliente, chimeneas y un horno que funcione. No tenemos dónde vivir mientras se lleva a cabo esta transformación, por eso, en vez de buscar un acomodo temporal, hemos decidido viajar hasta que la casa esté lista. Sale más barato, nos dijimos, vivir en Sudamérica que de alquiler en Gran Bretaña. Un plan perfecto.

Si no fuera porque ahora un hombre me amenaza con un machete y me gruñe al oído: «*Dinero, dinero*».¹ Y añade, por si no lo hemos entendido: «*Money*».

Will no se mueve. Ahora está frente a nosotros, tenso, concentrado.

—Dale dinero —digo con voz ronca, porque la hoja me presiona la faringe.
Sigue sin moverse.

—Will —susurro, mientras el hombre me agarra del pelo y me obliga a arrodillarme al tiempo que me acerca más el machete a la garganta—, por favor. Dale el dinero.

Veo que Will mira alternativamente el machete, al hombre, a mí, arrodillada y muda delante de él, con el filo de la hoja en la garganta, como si de una propuesta matrimonial forzosa se tratara, y sé que todavía está sopesando si puede afrontar esta situación en igualdad de condiciones.

—Por favor —insisto.

Veo que cede. Lentamente, mete la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sin venir a cuento, recuerdo que en la habitación del albergue hablamos de si necesitaríamos llevar el abrigo para salir o no. ¿Hacía frío? ¿Iría a llover? ¿Había nubes en el cielo? ¿Por qué no dábamos un paseo por el lago antes de cenar?

Will saca unos billetes.

—Suéltala —dice.

El hombre se lanza enseguida a coger el dinero y, al moverse, me da un tirón seco en el pelo. A pesar del dolor, entreveo una mata asombrosa de cabello negro, una boca con dientes sucios, pantalones vaqueros, una sudadera rota. Es joven, más que yo, y está claro que duerme al raso. Me pregunto por qué demonios hemos salido a pasear por un sitio tan solitario y ventoso.

No le parece suficiente dinero. Se lo guarda en el bolsillo con una mueca.

—¡Más!² —grita, y da un golpe en el suelo con el machete—. ¡Más!

Nos deja sin blanca. Justo ese día habíamos ido al banco y habíamos cambiado un taco entero de cheques de viaje: en los Andes íbamos a necesitar efectivo. Entre bolsillos y carteras, llevábamos más dinero encima que en cualquier otro de nuestros viajes. El hombre nos lo quita todo, nos lo saca de los diversos sitios en los que lo habíamos guardado. Se lo damos a cambio de mi garganta, arterias, tendones, músculos, tráquea y esófago, para que no pierdan su integridad.

No me suelta el pelo. Se lo ha liado en la mano desde el principio: cada vez que da un tirón, cada vez que se mueve, me hace mucho daño. Cuando nos quedamos sin dinero, cuando nuestros bolsillos y carteras están vacíos, se produce un momento triangular de suspense mientras nos miramos. Yo a Will, Will al hombre, el hombre a mí. Y ahora ¿qué?, pensamos los tres. El hombre tiene el machete en una mano y mi pelo en la otra, y los bolsillos llenos de dinero. El viento nos rodea, riza la superficie del lago y sacude los árboles bajo un cielo que va oscureciendo.

El hombre me tira del pelo obligándome a echar la cabeza más atrás. Solo veo el cielo, las nubes que pasan, los pájaros como flechas negras. Después, en el albergue, Will y yo hablaremos de este momento y estaremos de acuerdo en que los dos pensamos que el hombre podía querer más. Más violencia, más maltrato, más horror.

Lo que hago ahora es mirar el cielo, los pájaros, las raudas nubes, y pienso en el bosque tupido que hay detrás, en que no quiero que me arrastren hasta allí, no, de ninguna manera. No quiero ver los árboles por encima de mi cabeza, ni rascarme ni pincharme la piel y la ropa con los arbustos, ni que me arrastren por el suelo húmedo. Lo que pienso es muy sencillo, las palabras me vibran en la cabeza: suéltame, suéltame, ni bosque ni suelo, por favor. Noto el pulso

de estos pensamientos. Me los imagino atravesando los huesos del cráneo, las fibras del pelo, y llegando a la mano del hombre. Por favor, suéltame. Por favor. Además, has de saber que voy a forcejear. No me dejaré arrastrar sin más. Si lo intentas, lucharé. No te lo pondré fácil. Me opondré a cada paso del camino con todas mis fuerzas, hasta el último suspiro.

Su cara aparece en mi campo de visión, boca abajo. Me mira; yo lo miro a él. Da la impresión de que está pensando algo, sopesando las posibilidades. Le sostengo la mirada. Mentalmente le digo que no lo haga. No. Coge el dinero y lárgate. Palpo en busca de algo a lo que agarrarme, una rama, una piedra, en caso de que intente llevarme a rastras. Pero no encuentro nada, solamente guijarros pequeños que se me escapan entre los dedos.

Se inclina hacia mí. Ha tomado una decisión.

—Corre —me dice entre dientes.

Me pone de pie y me empuja hacia Will.

—Corred —insiste, y señala con el arma más allá del pueblo, más allá del albergue, más allá de todo—. ¡Echad a correr!

Corremos a toda velocidad por el borde del lago sin pronunciar palabra; el aire nos entra y nos sale de los pulmones a bocanadas secas; el cuero cabelludo me martillea, me pica, me duele mucho. Miro atrás para ver si el hombre nos sigue con su mueca de ira, sus dientes rotos, su pelo sucio, su machete curvo como una cimitarra. Veo que se aleja a toda prisa por las piedras, que salta una valla y desaparece entre la maleza.

Will me tira de la manga. Nos detenemos y me doblo poniendo las manos en las rodillas, intentando aspirar todo el aire posible. No estoy tan en forma como Will, ni mucho menos; él corre y juega a fútbol sala todas las semanas.

—Vámonos de aquí —dice, señalando el camino de vuelta al pueblo—. ¿Puedes correr?

Más tarde nos sentamos a una mesa en el albergue. La dueña, al saber lo que ha pasado, escribe en la pizarra blanca de la recepción, con grandes letras mayúsculas: no paseen por el lago ¡hay ladrones armados! También nos ha traído té con mucho azúcar. «Para el susto», dice, y me da unas palmaditas en el hombro que me sobresaltan. Me pasa algo: el miedo que se contuvo solo a la orilla del lago me invade ahora. Me tiemblan los brazos. Miro constantemente hacia atrás. Cuando me llevo la taza a los labios, el borde choca repetidamente contra los dientes.

Dentro de un par de meses volveremos a Londres. Viviremos en las habitaciones de la casa que hemos comprado. Las obras de reforma no estarán terminadas, ni mucho menos, pero de todos modos nos instalaremos. Ya no hay goteras en el tejado, las lámparas de gas que estaban corroídas han desaparecido, pero el agua de la cisterna sale caliente, las paredes crujen y hacen ruiditos por la noche y el jardín está lleno de cascotes. En esta casa nos evitaremos el uno al otro, nos retiraremos cada cual a una habitación a trabajar, a escribir. No lo sabemos, pero serán los últimos meses que pasemos los dos solos.

¿Lo que nos ocurrió a la orilla del lago nos habrá impulsado de alguna manera a salir de una fase de la vida e iniciar la siguiente? ¿El hecho de que escapara del machete nos habrá hecho comprender a los dos la fragilidad, la mutabilidad de la vida humana? Sea como fuere, no tardaré mucho en hacerme la prueba de embarazo, en sentarme en nuestro piso recién pintado a mirar el tubito, esperando a ver si salen unas líneas azules.

En el albergue chileno, Will necesita hablar del robo, entender lo sucedido, ordenar los hechos correctamente, alinear su versión y la mía. Lo repasa todo una y otra vez de principio a

fin y viceversa, desde un punto de vista, desde otro. La forma en que se nos acercó el hombre por detrás, el viento, que debió camuflar el ruido de sus pasos, el momento en que se volvió y vio la hoja del machete en mi garganta. Seguro que no era la primera vez que el hombre hacía aquello, se notaba que era un plan premeditado, no era un tipo tan corpulento, podía haberse enfrentado a él, ¿habría podido quitarle el machete?, está seguro de que sí. Lo habíamos dejado atrás antes, al principio del paseo, y a Will le extrañó que no nos mirara a la cara ni respondiera a nuestro gesto de saludo.

Levanto la cabeza al oír esta última observación. «¿Sabes una cosa?», le digo. Y le cuento algo que jamás le he contado a nadie, algo que estuvo a punto de sucederme a los dieciocho años, mientras daba un paseo yo sola.

Abdomen

2003



Hacía un rato que sabía que había una persona a mi izquierda. Era un hombre de mediana edad, más o menos, con uniforme de hospital y mascarilla; estaba apoyado en la pared del quirófano y quedaba justo en el margen de mi campo de visión. No intervenía en la operación, solo miraba, con las manos a la espalda, como si estuviera en un partido de tenis.

Por un instante me pregunté qué haría él allí, merodeando mientras se practicaba una cesárea de urgencia, aparentemente sin hacer nada. Pero entonces sucedieron cosas, me distraje y dejé de hacerme preguntas.

No sé quién era ese hombre y nunca lo sabré. Llevaba un uniforme beis, todos los demás lo llevaban azul. ¿Sería un celador del hospital, un estudiante de cirugía, un portero, un enfermero? No tengo la menor idea.

Lo que sí sabía en ese momento, cuando lo vi en el quirófano, eran tres cosas: que el recién nacido estaba fuera, en algún rincón, llorando, atendido por alguien; que me moría por verlo; que yo no estaba bien. Tenía el corazón desbocado, como si quisiera adelantarse a lo que fuera que se nos iba a caer encima. Una enfermera agarraba a Will por el brazo y se lo llevaba fuera hablándole en voz baja. El suelo estaba lleno de sangre y la gente corría. La experiencia me ha enseñado que no es buena señal que los médicos corran. En conjunto, son una estirpe imperturbable y racional que siempre mantiene una actitud estudiadamente neutral. Cuando esta fachada desaparece (si corren o levantan la voz) entonces sí que hay motivo de preocupación.

Los médicos que estaban detrás de la cortina que habían montado a toda prisa dejaban huellas rojas en el suelo a medida que trabajaban. Una de ellas, una joven de Irlanda del Norte, decía, muy asustada: «No puedo, no puedo, no sé hacerlo». Vi un brazo, rojo hasta el codo, que enjugaba una frente sudorosa. El otro médico, un hombre taciturno de unos treinta y pico años, le dijo algo cortante y después no abrió más la boca. Los anestesiistas, que hasta hacía un momento estaban sentados a mi lado charlando y bromeando, se levantaron a mirar lo que sucedía al otro lado de la cortina con una expresión fija, pétrea, cuidadosa. Uno de ellos se colocó bien las gafas e hizo algo en la bolsa de líquido transparente que colgaba del gotero.

No sé qué era, pero me llegó a las venas casi al instante y tuve la sensación de que me movía de un lado a otro, como un tren cuando lo cambian de vía, y algo semejante a la niebla me inundó el cerebro. Mis ojos dieron la vuelta en sus cuencas y vi los azulejos del techo, que se movían como una cinta transportadora, vi la parte inferior de la barbilla del anestesiista y los pelos rojos, duros, que asomaban por la piel, vi una luz defectuosa que parpadeaba. Obligué a los ojos a mantenerse abiertos; me clavé las uñas en las palmas. Tenía que quedarme aquí, ahora. No debía rendirme a lo que fuera que tiraba de mí hacia abajo. Había un recién nacido. Tenía que quedarme.

Cuando el embarazo estaba muy avanzado, conocí a un obstetra en una fiesta.

—Lo que pasa con los partos —me dijo en tono confidencial, arrastrando las palabras, señalando mi vientre con su copa de vino— es que o todo sale bien o todo se fastidia. No hay

término medio.

No fue el comentario más alentador, pero sí tal vez el más sincero. Cuando me quedé embarazada vivía despreocupadamente al margen de lo politizado que estaba el mundo de las cesáreas programadas en el Reino Unido. No conocía la existencia del National Institute for Clinical Excellence (NICE para los amigos) ni el estricto reglamento quirúrgico que limitaba el número de cesáreas mensuales por hospital.

Fui a la visita que tenía concertada en un gran hospital de Londres con una residente muy cordial (la que, meses después, diría: «No puedo, no puedo, no sé hacerlo», mientras me desangraba en la mesa de operaciones). Le conté que, de pequeña, un virus me había confinado un año en una silla de ruedas y me había dejado algunas secuelas: una afección leve en músculos, nervios y cerebro. Los neurólogos y pediatras que me habían tratado dijeron que no era aconsejable que tuviera hijos, porque tendría que someterme a una cesárea. Las secuelas en las uniones neuromusculares de la columna vertebral y la pelvis significaban que se iniciaría el parto, pero no llegaría a término, porque las contracciones no serían suficientemente fuertes.

Quería preguntarle a la residente qué opinaba ella, porque yo prefería un parto natural y, al fin y al cabo, este diagnóstico era de hacía veinte años. Había ensayado el discurso, lo había reducido a la mínima expresión porque sabía que ella tendría mucho trabajo, que habría largas colas en la planta de maternidad, que tenía que proporcionarle la información fundamental sobre la encefalitis que sufrí de niña y nada más. Lo único que quería era que me diera su opinión sobre las probabilidades de tener un parto natural. Pero no había llegado ni a la mitad del discurso cuando, nerviosa, me interrumpió.

—Tengo que consultárselo al especialista —dijo, y se fue.

Esperé. Miré a todas partes. Leí las listas de alimentos prohibidos durante el embarazo. Intenté descifrar lo que ponía en mi historial con la carpeta al revés.

La puerta se abrió de par en par. Entró un hombre alto con profundas marcas de peine en su negra cabellera, y la residente apareció detrás de él. Nos presentó y él me tendió la mano, pero en vez de darme un apretón, tiró de ella y me obligó a levantarme.

—De pie —fue lo primero que me dijo—. Veamos cómo anda.

Ahora pienso que ojalá me hubiera ido en ese mismo instante, pero estaba tan perpleja que obedecí.

—A usted no le pasa nada —sentenció, después de verme dar dos pasos—. Tendrá un parto normal.

Empecé a pedir aclaraciones, pero el especialista (lo llamaremos señor C.) me cortó. La cesárea era un mito, dijo, una moda. Yo había leído demasiada prensa rosa. Le aseguré que no, pero volvió a cerrarme la boca: ¿no me daba cuenta de que la cesárea era cirugía mayor? ¿Por qué me había dejado convencer por los cotilleos de las famosas? ¿Dudaba de sus conocimientos profesionales? ¿Qué me pasaba? ¿Tanto miedo me daba un poquito de dolor?

Enfadada ya, intenté decirle que en realidad estaba bastante acostumbrada al dolor, pero me lanzó una mirada de desprecio absoluto.

—Esa enfermedad que dice haber padecido —en ese momento clavó la mirada en la residente, que se encontraba junto a la puerta— era encefalitis, ¿no? —La residente asintió y el señor C. volvió a mirarme—. ¿Tiene alguna prueba? —dijo, con una leve sonrisa de triunfo en los labios.

—¿Prueba? —repetí, incrédula—. ¿Cree que miento?

El señor C. se encogió de hombros, pero siguió mirándome de una forma que parecía estudiada, habitual. ¿Este era el método infalible que utilizaba para humillar a las embarazadas y someterlas a su voluntad? Eso parecía.

—Supongo que podría traerle los informes del hospital —dije al cabo de un momento, sosteniéndole la mirada—. ¿Le parecería prueba suficiente? —«No puede intimidarme», era el subtexto de la pregunta. El señor C. lo entendió y se enfureció más—. Son de los años ochenta —proseguí— y mi historia clínica está en un hospital del sur de Gales, pero seguro que puedo conseguírsela.

El especialista entrecerró los ojos y dio unos golpecitos con el bolígrafo en la mesa. Ya estaba harto de mí. Se puso de pie, me despidió con un gesto de la mano y soltó el tiro de gracia:

—Si hubiera venido a verme en silla de ruedas, tal vez le hubiera prescrito una cesárea.

Fue increíble que dijera eso, máxime a una persona que había estado en silla de ruedas. Lo que me horrorizó no fue que el señor C. se negara a hablar de mi caso, por no mencionar la programación de la cesárea, sino la insinuación de que yo fingía una enfermedad por cobardía y pretendía engañarlo para tener un parto fácil. Eso y su desquiciante actitud arrogante e intimidatoria. ¿No me daba cuenta de que la cesárea era cirugía mayor? No, creía que era un paseo por el parque.

En cuanto salí de allí empecé a temblar igual que cuando el virus me tuvo inmovilizada. Ese fenómeno se llama ataxia: los brazos y las piernas se mueven solos, tiemblan, no se pueden coordinar. Me apoyé en la pared, con los fumadores, junto a las ambulancias ociosas, la gente que esperaba un taxi, e intenté comprender, asimilar lo que acababa de suceder.

No me habían hecho el menor caso, no me habían atendido, no me habían creído: no estaba preparada para ese trato. Me encontraba indefensa, bloqueada. Quería irme corriendo de allí y no volver nunca más, pero entonces, ¿cómo iba a nacer mi hijo? Necesitaba ese sitio. Estaba atrapada, embarazada; faltaban menos de cinco meses para que naciera el niño, y ¿qué pasaría si las predicciones de los neurólogos se hacían realidad? ¿Qué haría yo? ¿Qué pasaría si mi cuerpo no podía dar a luz? Había sido una locura quedarme embarazada, puro egoísmo; si no servía para traer niños al mundo tenía que haberlo evitado. ¿En qué estaba pensando?

Nadie se acercaba a mí, me esquivaban. No es tan raro ver a una persona aturdida, en silencio, apoyándose en la pared de un hospital. Un rato después, un hombre con muleta y gotero y los brazos rebosantes de tatuajes marineros se acercó cojeando y me ofreció un cigarrillo. Le di las gracias y le dije que no, señalando la curva de mi abdomen.

—Hijos —dijo afablemente, con un acento de Cork muy marcado—. Pronto cavan tu tumba.

Cuando llegué a casa, Will se asustó un poco al verme tan descompuesta, pero después prestó atención a mi relato de la visita médica, lleno de incoherencias y divagaciones. Recorrió el salón de arriba abajo varias veces. Después llamó al hospital. Habló con la residente norirlandesa, que le dijo que sí, que podía cambiar de hospital si quería, pero que los otros hospitales estaban un poco lejos de nuestro domicilio. Y que tal vez lo mejor fuera que me quedara en el mismo

hospital, que podía cambiar de médico, y que así no tendría que ver al señor C. ni hablar con él nunca más, si eso era lo que quería.

Sí, eso era exactamente lo que yo quería: no volver a verlo en la vida. Y no cambié de hospital. Cambié de médico. Taché del historial, con tinta indeleble, todas las veces que aparecía el nombre del señor C. y lo sustituí por el de la nueva especialista. Lo eliminé de todas mis notas, planificaciones y carpetas. Ya no tendría nada que ver conmigo ni con mi hijo.

Y, efectivamente, las predicciones de los neurólogos de la década de 1980 resultaron ciertas. El parto no se acababa nunca, pero tampoco avanzaba: tenía contracciones, pero después se debilitaban y desaparecían. Me parecían el sumun del dolor, del desgarró (era como si mi cuerpo quisiera volverse del revés), pero las enfermeras miraban con el ceño fruncido el monitor que tenía conectado a mi vientre. No eran suficientemente fuertes, decían, se perdían.

Yo se lo explicaba una y otra vez; Will también. «La cuestión es—decía yo, dirigiéndome a una comadrona a la que Will sujetaba por el brazo— que de pequeña tuve encefalitis aguda. Ataxia cerebral grave. Secuelas neurológicas. Disfunción vestibular. Por favor, consulte la planificación, mi historial. Está todo ahí. Tengo las uniones neuromusculares —en ese momento me quité la mascarilla de oxígeno— las tengo... las tengo... defectuosas, por eso dicen que necesito una... una... Espere, espere, ¿qué hace? ¡No se vaya!»

La mañana de mi tercer día de parto, ¿quién tuvo que presentarse en mi habitación? El señor C. en persona. Lo miré desde la cama; él me miró torciendo la boca. ¿Se acordaba de mí, de la vez que nos habíamos visto hacía ya tantos meses? ¿Se había dado cuenta de que su nombre estaba tachado en mi historial? Me entraron ganas de gritar: «¡No, usted no! ¡Cualquiera menos usted!», pero de alguna manera sabía que la vida de mi hijo estaba en sus manos, y la mía también. Era el único especialista que estaba de guardia aquella mañana: no había otro. Así que me comporté, me controlé; no grité, no le dije que se fuera. Incluso es posible que sonriera cuando le supliqué que me hiciera la cesárea, allí, tumbada en la cama, pronunciando las palabras entre contracción y contracción.

Miró los gráficos de la frecuencia cardiaca de mi hijo, leyó mi historial, echó un vistazo a la planificación del parto y al final me concedió la intervención como un terrateniente concede un favor a un siervo. Pero el señor C. seguía considerándome una histérica, una fantasiosa, una cobarde, una lectora de revistas del corazón. Dijo que haría constar en el historial que la cesárea era «por deseo materno», es decir, innecesaria desde el punto de vista médico. A pesar de los tres días de parto, de la medicación para inducirlo, del nulo avance, del diagnóstico de los neurólogos.

Al día siguiente, después de la desastrosa intervención, el cirujano vino a ver qué tal estaba y a explicarme las complicaciones que se habían producido. Mientras intentaba dar el pecho a mi hijo sentada en la cama, me dijo que las complicaciones habían surgido porque el niño se había colocado «de cara», una posición que obligaba a la intervención. Me habían alargado tanto el parto, a pesar de que no progresaba, que el niño se había colocado mal, con la columna vertebral alineada con la mía y, como yo no había dilatado, se le había bajado la barbilla y se había quedado con la parte más grande de la cabeza encajada en la salida. Venía de cabeza, pero con la cara vuelta hacia arriba, como si mirase las estrellas. Y necesitaba cirugía plástica en una oreja porque se le había aplastado y deformado mucho por la presión de las inútiles contracciones.

El niño se había encajado de tal forma que no se le podía mover, los cirujanos no podían sacarlo y tuvieron que forcejear, sujetar y tirar tanto que algo se desgarró y todo lo que tenía que quedarse dentro salió fuera.

—¿Qué pasaba —le pregunté al cirujano, el que me había vuelto a poner los intestinos en su sitio, había atajado la hemorragia, me había cosido y me había salvado la vida— hace cien años cuando un niño se presentaba de cara?

El hombre dejó de tomar notas. Pareció sopesar la pregunta, plantearse si decirme la verdad o no.

—No lo habría superado —dijo al fin, y siguió escribiendo.

—Y ¿el niño?

—El niño habría sido el primero en morir —explicó, sin levantar la vista—, y después la madre. De septicemia. Unos días más tarde, seguramente.

Morir de parto parece un riesgo tan superado, tan lejano, sobre todo en un hospital del primer mundo. Sin embargo, según una encuesta reciente* sobre salud materna realizada en 179 países, el Reino Unido ocupa el trigésimo puesto del ranking. En el Reino Unido, una mujer tiene una posibilidad entre 6.900 de morir de parto, un porcentaje muy superior a Polonia (19.800), Austria (19.200) o Bielorrusia (45.200). Estados Unidos se sitúan por debajo, en el trigésimo tercer lugar, con una mujer entre 1.800 en peligro de morir de parto. Somalia ocupa el lugar 179. Solo dos de los once puestos inferiores de la escala mundial no se encuentran en el este y centro de África.

La causa más frecuente de mortalidad materna en todo el mundo es la hemorragia posparto.

Cuando era pequeña, siempre nos llevaban a ver una función infantil por Navidad. Estos espectáculos me resultaban inquietantes y frenéticos: había hombres disfrazados de mujer con globos en los pechos y que gritaban como maniacos; sacaban a un niño cualquiera al escenario y el pobre se quedaba allí mudo, parpadeando; otros adultos vestidos de conejo o erizo arrojaban caramelos al público. Todo estaba forrado de pesados cortinajes de terciopelo con alamares dorados y (lo más inquietante de todo), había un telón grueso, de color carne, que caía y llevaba escritas unas palabras espeluznantes: telón cortafuegos.

Recuerdo a un hombre que encerraba en un cajón a una mujer vestida con leotardos de lentejuelas; la cabeza, adornada con plumas, sobresalía por un extremo, y los pies, calzados con unas zapatillas diminutas, por el otro. A continuación, el hombre empezaba a cortar el cajón por la mitad; los dientes de la sierra mordían y rajaban a medida que se hundían más y más en la bella y llamativa mujer.

De pequeña, lo que más me horrorizaba era que la mujer no dejaba de sonreír, estiraba los labios y nos enseñaba los dientes incluso cuando el hombre abría la caja y nos mostraba el hueco que él (loco, asesino, psicótico) había creado mientras lo mirábamos desde el patio de butacas con la boca abierta, inertes como el argón.

En la mesa de operaciones, rajada como estoy, abierta, sangrando, con el tracto intestinal desovillado, desparramado, me acuerdo un momento de la mujer de los leotardos. Sea lo que sea lo que los cirujanos me están haciendo al otro lado de la cortina es algo brutal, violento, como una violación. Yo no sonrío. No muevo los pies ni llevo lentejuelas. Me suben a la mesa poco a

poco, hasta que me colocan la cabeza en el borde metálico. Noto manos removiéndome las entrañas hasta las costillas. Sigo sangrando. Por primera vez alcanzo a ver al niño, a mi hijo, lejos, en el otro extremo del quirófano, tiene una expresión de inseguridad, de preocupación, frunce el ceño como si no estuviera seguro de si le gusta lo que ve (es una expresión que le veré a veces, incluso de adolescente). Digo algo como «tráigalo aquí», y el pequeño vuelve los ojos hacia mí como si mi voz fuera lo único que reconoce en toda la habitación.

Hemos quedado en que Will no se apartaría de su lado pasara lo que pasase. La noche anterior, tarde, cuando pensaba con preocupación en el parto, en los hospitales en general, le pedí que no lo perdiera de vista en ningún momento. He leído muchas novelas y he visto muchas películas sobre cambios de niños en el momento del nacimiento, niños que no llevan la pulserita de identificación.

Mi abuela me contaba que después de dar a luz, en el hospital, le llevaron a una niña para que le diera el pecho, pero ella sabía que no era la suya. La enfermera le decía: «¡Claro que es la suya!». Pero a mi abuela no se la convencía así como así: se levantó de la cama, fue a la sala de cunas, miró los cubículos uno a uno hasta que encontró a su hija, mi futura tía; se la habían adjudicado a otra mujer. «Pase lo que pase —le dije a Will con insistencia—, quédate con el niño todo el tiempo.»

Está cumpliendo lo prometido. Lo malo es que ya no puedo verlos. Parece que se los han llevado a otra parte, detrás de la cortina o a otra habitación. Me ponen más de lo que hay en el gotero, que no sé lo que es, y la cabeza me cuelga por el borde de la mesa. Levanto la mano. Ahora no sé muy bien por qué. ¿Para que paren un momento? ¿Para decir que ya basta? ¿Para pedir socorro, ayúdeme, por favor?

Sea por lo que fuere, acto seguido aparece de pronto el hombre de beis. Avanza hacia mí, se ha separado de la pared, y me coge la mano que he levantado. La envuelve en las suyas. Lo miro sin decir nada. Hasta este momento no sabía lo sola que se encuentra una cuando está en peligro, en medio de una habitación llena de gente que se esfuerza al máximo por salvarte la vida. No tengo tendencia a sentirme sola (mi tendencia natural es estar sola) pero, hasta ese momento, tenía una sensación abrumadora de soledad, de aislamiento, de desconcierto. Estaba muriéndome sola rodeada de gente.

El hombre lleva unas gafas de esas que reaccionan a la luz, así que no le veo los ojos porque los cristales se han oscurecido. Tiene el pelo abundante y tieso, lo lleva muy corto. Le veo el vello del pecho, que le asoma por el cuello del pijama de médico. Me mueve la mano, me la pone alrededor de su muñeca y coloca la otra encima. Me sujeta con infinita ternura, pero con firmeza y seguridad. No me va a soltar de ninguna manera, eso es lo que me dice sin pronunciar ni una palabra. Va a quedarse ahí y yo también. Me hace un gesto de asentimiento y por encima de los bordes de la mascarilla se dibuja, lenta, gravemente, una sonrisa.

A veces me pregunto si me lo imaginé, si sería el producto fantástico de una mente acuciada por el pánico. Pero no. Estaba allí, era real.

No dijimos una sola palabra. Ni siquiera sé si hablaba inglés. Estuvo conmigo mientras me cosían y me grapaban; cargó con el peso de mi cabeza y mis hombros cuando me pasaron de la mesa de operaciones a una camilla. Estaba junto a mí cuando me sacaron del quirófano.

Después lo perdí de vista. De pronto me rodearon unas enfermeras, me limpiaron con algodón, colocaron los goteros, hicieron preguntas sobre medicamentos, analgésicos,

transfusiones. Me trajeron al niño.

¿El hombre me vio cuando me reuní con mi hijo? Eso espero. Cuando me cogió la mano me enseñó una cosa sobre el valor del contacto, el poder de comunicación de la mano humana. Allí tumbada, no sabía que, durante años, pensaría en él muchas veces. Cuando mi hijo estaba en una cama de hospital a los cuatro años, con la virulenta fiebre de la meningitis, me abrí paso entre los médicos que lo atendían y le sostuve la mano, floja y ardiente, entre las mías. Cuando mi hija menor desapareció entre las olas del Mediterráneo y tuve que tirarme al mar, sacarla y ponerla boca abajo para que expulsara el agua de los pulmones, lo único que fuimos capaces de hacer después fue quedarnos en la arena envueltas en toallas, contemplando lo que casi le había sucedido, con sus deditos entre los míos. Cuando mi hija mayor tenía un eczema tan cruel que la hacía gritar y retorcerse por la noche, le presionaba las manos con las mías para que dejara de rascarse, para ayudarla a dormirse otra vez.

Las personas que nos enseñan algo nos dejan un recuerdo particularmente vívido en la memoria. Cuando conocí a este hombre, hacía unos diez minutos que yo era madre, y él, con un gesto pequeño, me enseñó una de las cosas más importantes de este trabajo: la ternura, la intuición, el contacto, y que, a veces, hasta las palabras sobran.

Recién nacida y torrente sanguíneo

2005



—Usted no ha hecho nada malo —dice la enfermera—. No es culpa suya.

Me quedo en silencio. No había pensado que lo fuera. Vuelvo a mirar la imagen del niño en la pantalla. Ahí está, sentado en su cueva oscura como un niño bueno, como si esperara algo.

Si me siento recta parece que diga: «Nadie lo va a notar».

Sé cómo tendría que ser, qué aspecto debería tener, a fin de cuentas es mi segundo embarazo. Sé que tendría que oírse el latido del corazón, bum bum, bum bum. Y cuando el radiólogo me dice que lo lamenta, que el niño está muerto, ya lo sabía. Pero sigo mirando el monitor porque en un rincón frágil y remoto de mí espero que se trate de un error, que el corazón empiece a latir de pronto, que el ecografista siga un poco más y lo encuentre.

No puedo dejar de mirar la pantalla ni siquiera cuando el radiólogo se pone a hablar otra vez, ni cuando me dicen que puedo bajarme de la camilla y vestirme. Quiero grabarme a fuego en la retina la imagen de esa forma diminuta y fantasmal, quiero recordarla, honrar su existencia por breve que haya sido.

Nos llevan a una habitación a la que llegamos por un pasillo, después de doblar una esquina, lejos del área de obstetricia, lejos de todas las otras mujeres que esperan para hacerse la ecografía.

Esta habitación tiene cortinas y cojines en los asientos. En la mesa hay un libro grande con tapas de piel y unas letras que dicen: «Libro del Recuerdo».

—La sala de las malas noticias —susurra Will, mirando por la ventana.

Mira también los gráficos de la pared. Yo asiento. No puedo dejar de llorar, cosa rara porque, por lo general, puedo contenerme si es necesario. Me siento en el borde de la silla y me digo que tengo que parar, que tengo que dominarme, pero no puedo. No sé por qué Will me pasa un cojín y lo cojo. Lo sujeto con cuidado, conscientemente, sobre las rodillas. Usted no ha hecho nada malo.

Entra la enfermera. Cierra la puerta con un cuidado exagerado, como si no pudiéramos soportar el ruido.

—Es lo que llamamos un aborto retenido —dice—, un aborto espontáneo en el que el feto muere, pero no se expulsa.

Asiento otra vez, varias veces, porque todavía no puedo hablar. Pienso en lo difícil que debe de ser decir «aborto retenido». Me pregunto si la enfermera habrá tenido que ensayarlo para decirlo con tanta facilidad. Es la típica cadena de sonidos que haría trabarse a un tartamudo, con tanta erre seguida. Siento una alivio pasajero e irracional por no ser enfermera de obstetricia, por no haber elegido esa carrera en particular. Sería horrible empezar a tartamudear al tener que dar a alguien una noticia así, o ser incapaz de pronunciar las palabras. Estoy a punto de decírselo a la enfermera, de felicitarla por lo bien que lo ha dicho, sin ningún tropiezo. Justo a tiempo llego a la conclusión de que no es buen momento.

Me explica que podemos hacer tres cosas: retirar el feto mediante una intervención quirúrgica con anestesia general, irme a casa y esperar a que las cosas se resuelvan naturalmente o...

—Eso —digo, levantando la cabeza—. Eso es lo que prefiero.

Más o menos uno de cada cinco embarazos termina en aborto, y de estos, el setenta y cinco por ciento se producen en el primer trimestre.* Es decir, el riesgo de perder el feto en las doce primeras semanas es del quince por ciento. Una de cada cien mujeres tiene abortos recurrentes; a una tercera parte de las mujeres que acuden a especialistas por causa de un aborto natural se les diagnostica depresión.

Creo que todos conocemos estas estadísticas, o al menos nos suenan de algo. Sabemos que el aborto existe, que nos pisa los talones, que nos persigue como el carro alado de Andrew Marvell.

Por eso se supone que no se debe anunciar un embarazo hasta que pasen esas doce semanas mágicas, hasta salir del hospital con una ecografía monocromo en la mano. Entonces sí se puede informar a los amigos, a los suegros, a los empleados; entonces sí se puede ir a comprar sujetadores sin aro y camisetas elásticas; entonces sí que se pueden dejar impunemente los frascos de vitaminas prenatales esparcidos por toda la casa; entonces sí que empezará a llamar la familia para proponer nombres antiguos de antepasados, aconsejar una Guinness al día, porque es buena para la lactancia, y ofrecer mañanitas antiguas, acartonadas.

Nunca he entendido que haya que guardar un embarazo en el mayor secreto hasta pasado un tiempo. La verdad es que tampoco he tenido nunca la necesidad de anunciarlo a los cuatro vientos, pero en mi opinión, todas las etapas del embarazo son significativas, te cambian la vida lo suficiente como para contárselo a las personas más cercanas. Aunque suceda algo tan devastador como perderlo, ¿no es preferible que la familia y los amigos lo sepan? ¿En qué otras personas te vas a apoyar, si no, en esos momentos? ¿Cómo vas a justificar el disgusto, la cara de dolor sordo, las lágrimas, la consternación?

Porque perder a un hijo, un feto, un embrión, un niño, una vida, aunque sea en las primeras semanas, es un disgusto como no hay otro. Intellectualmente sabes que es posible: en cuanto ves aparecer la línea en el palito de la prueba, todos los días estás pendiente de la sangre delatora; te dices que puede ocurrir, que no hagas castillos en el aire, que no esperes demasiado, que seas sensata, racional, equilibrada. Pero nunca se te han dado bien esas cosas y, por otra parte, tu biología, tu cuerpo canta otro cantar, una melodía gozosa, absorbente, que te distrae: se incrementa el volumen de sangre que corre por la venas, se hinchan los pechos como si fueran de plastilina, se salen del sujetador, la capacidad del corazón aumenta, el apetito oye la llamada, responde a la exigencia y piensa en galletas saladas y paté de pescado, en pomelos y en queso *halloumi*.

La imaginación marcha a la misma velocidad que el cuerpo, pletórico de vida: ves a una niña, a un niño, gemelos quizá, porque hay unos cuantos en la familia, idénticos y fraternales... tu propio padre tiene un hermano gemelo. Tendrá el pelo rubio, lo tendrá oscuro, lo tendrá cobrizo, rizado. Será alta, será menudo. Se parecerá a su padre, a ti, a su hermano, será una mezcla de los tres. Le encantará la pintura, el salto con pértiga, los trenes, los gatos, los charcos,

los arenales, las bicis, los palos, construir torres. Lo llevarás a nadar, barreréis las hojas secas y haréis hogueras, la llevarás a la playa, lo pondrás en el moisés de su hermano. Te dices que no hagas la tontería de comprar nada, pero, al pasar por una tienda ves un conejito de punto, de lana suave de color azul, con una cinta amarilla y una expresión de asombro, misteriosa. Vuelves atrás, dudas, lo coges. Rápido, ahora que no me ve nadie. Te imaginas metiendo el conejito en la cuna del hospital para que el niño lo mire. Y, por supuesto, vas a la caja y lo pagas con rapidez, furtivamente. Te lo llevas a casa, lo envuelves en papel de seda y lo escondes en el fondo de un cajón. Cuando te quedas sola lo sacas y lo miras.

Hojeas libros de nombres y piensas: ¿Sylvie, Astrid, Lachlan, Isaac, Rafael? ¿Quién será? ¿Quién vendrá?

Cuando sucede (y con los años te pasará varias veces) el impacto es como un martillo neumático. Cada vez que te tumbes en la camilla del ecógrafo mirarás fijamente a los radiólogos que observan la imagen en la pantalla y aprenderás a descifrar su expresión (una leve seriedad repentina, ceño fruncido, cierta vacilación que pesa) y, antes de que digan algo, ya sabrás que este tampoco lo ha logrado.

Será difícil, siempre será difícil no hacer caso de las acusaciones internas de incompetencia. Tu cuerpo ha fallado en esta función, la más natural de las funciones; ni siquiera eres capaz de mantener vivo un feto; no vales para nada; eres una madre deficiente incluso antes de serlo.

No prestes oídos a esas hadas malas, intenta decírtelo tú: no has hecho nada malo.

Por algún motivo, el cuerpo no cumple su función normal (fallas hasta en esto, dicen los murmullos maliciosamente, ni siquiera puedes abortar un aborto). El sistema no recoge el mensaje de que todo ha terminado. Las hormonas siguen precipitándose y por eso no hay sangre, el cuerpo no da ninguna señal de que el feto haya muerto. Solo se sabe con la ecografía. Andas por ahí con la sensación de estar embarazada, pero el niño ha muerto. A veces la incapacidad fisiológica de reconocer la muerte del feto te enfurece, te destroza; otras, en cambio, parece lo mejor, lo más sensato. ¿Por qué rendirse?, te dice el cuerpo, ¿por qué dejarlo, por qué aceptar este final?

Después de este horrible momento en la oscura sala de ecografías, siempre te llevan a otro sitio; allí esperas a que venga alguien a hablar contigo de «lo que vamos a hacer ahora». A veces es una sala aceptable, como la de las malas noticias; otras, no. En una ocasión tienes que esperar con todas las mujeres que aguardan su turno para hacerse una ecografía, y te miran con congoja, petrificadas, y tú ahí quieta, apretando los dientes, tapándote la cara con las manos. Están tan asustadas que ninguna se sienta a tu lado, así que te quedas aislada y sola en una fila entera de sillas de plástico. En otra ocasión te llevan a un cuarto e inmediatamente te das cuenta de que es una sala de partos: todavía no han cambiado las sábanas de la camilla, hay salpicaduras de sangre en las paredes; en el aire flotan gritos y exhortaciones y el llanto nuevo y repentino de un recién nacido. Te sientas allí, incrédula, y oyes, en la sala de al lado, los chillidos de alguien que llega al clímax del parto. Mandas un mensaje inconexo a una amiga: «No hay latido y nunca adivinarías dónde me hacen esperar ahora: en una sala de partos». Y ella responde: «Sal de ahí ahora mismo, sal a la calle, voy a buscarte».

Y sales a la calle. La enfermera intenta detenerte, pero haces caso omiso. Ya te ha pasado lo mismo varias veces y sabes perfectamente «lo que vamos a hacer ahora». Mientras bajas las escaleras y te alejas del área de ecografías, tienes la sensación, la idea de que el niño te deja a

cada paso que das. Notas cómo se van soltando los deditos, se sueltan de los tuyos. Sientes que su corporeidad se desintegra, se convierte en bruma. Desaparece el niño de pelo rubio u oscuro o cobrizo; desaparece la persona que podía haber sido, los hijos que podía haber tenido a su vez. Desaparece esa mezcla particular de los genes de tu marido y tuyos. Desaparece la hermanita o el hermanito que te habías imaginado para tu hijo. Desaparece el conejito de punto, envuelto en papel de seda, que escondes en el fondo de un armario porque no eres capaz de tirarlo ni de regalárselo a alguien. Desaparecen los planes y las expectativas que tenías para el siguiente año de tu vida. El niño que esperabas no vendrá.

Tendrás que hacerte a la idea de la nueva situación. Tendrás que renunciar a todo esto. Tendrás que superar la fecha prevista como sea: temerás que llegue. Ese día notarás un vacío en el cuerpo, en los brazos, en la casa. Tendrás que interceptar las cartas de la maternidad que sigan llegando a pesar de todo. Tendrás que recogerlas del felpudo casi convenciéndote de que no las has visto, de que no sabes lo que son. Las rompes en pedacitos y las tiras al cubo de la basura.

Verás que el cuerpo se retrae, que da marcha atrás, que deshace su obra: las náuseas desaparecen, los pechos se encogen, el vientre se aplana, pierdes el apetito.

La primera vez te pondrán anestesia general y te extraerán el feto mientras estás inconsciente. Después, cada vez que te vuelva a pasar, ingresarás en el hospital por tu propio pie, tomarás medicamentos que inducen la expulsión, no querrás analgésicos porque prefieres notar el dolor, la incomodidad, los pinchazos, los calambres: te parece importante vivirlo, experimentar estos momentos finales, estos cuchillazos. Todas las veces pedirás que te entreguen el feto, que te dejen llevártelo a casa. Parece que esto siempre causa consternación estés donde estés, en cualquier ciudad en la que te suceda. Un médico dice que no puedes llevártelo porque «lo necesita».

Te quedas mirándolo un momento preguntándote si de verdad ha dicho eso o te lo has imaginado. «La que lo necesita soy yo», dices.

—No, usted no lo necesita —insiste el médico con énfasis.

—Pero es mío —murmuras en tono amenazante, cerrando los puños.

Tu hermana, que ha estado contigo todo este largo día, que sabe lo que puede pasar a continuación («no la provoque»), se levanta y sale al pasillo con el médico. No sabes qué le dice, pero vuelve con un triste paquetito y te lo entrega.

Existe una corriente de pensamiento en el mundo que espera que las mujeres superen el aborto como si no hubiera pasado nada, que lo metabolicen rápidamente y sigan con su vida. «Es como una menstruación mala», le dijo su suegra a una amiga mía con mucho desparpajo.

Y yo digo: ¿por qué? ¿Por qué tenemos que seguir como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal? Porque no es normal concebir una vida y después perderla. Estos sucesos tienen que señalarse, respetarse, hay que darles lo que les es debido. Se trata de una vida, por muy pequeña y germinal que sea. Es un conjunto de células tuyas y, en casi todos los casos, de alguien a quien amas. Sí, claro que pasan cosas peores todos los días, eso no lo puede negar nadie que esté en su sano juicio. Pero despreciar un aborto como si no fuera nada, como algo que hay que encajar, y seguir adelante es hacernos un flaco servicio a nosotras mismas, a nuestros hijos vivos, a esos seres incipientes que vivieron tan poco en nuestras entrañas, a que nos imaginamos durante las pocas semanas de embarazo, a esos niños fantasma que todavía llevamos en la cabeza, a los que no lo consiguieron.

La misma semana en la que habría nacido mi hijo malogrado encontré el siguiente párrafo en las memorias de Hilary Mantel, *Giving Up the Ghost*:

La vida [de los niños] empieza mucho antes del nacimiento, mucho antes de la concepción y, si resultan en aborto, se malogran o sencillamente no consiguen materializarse, se convierten en fantasmas de nuestra vida...

Si me preguntaran, podría soltar de carrerilla, al momento y sin vacilación, cuántos años tendrían ahora mis hijos malogrados. ¿Es raro? ¿Es macabro? No lo sé. Son datos que guardo muy dentro. Nadie me lo ha preguntado nunca, ni creo que me lo pregunten: el aborto sigue siendo una cuestión tabú que las mujeres no suelen mencionar, sacar a colación ni debatir. Puedo contar con los dedos de una mano las conversaciones que he tenido con amigas sobre esto, cosa que me parece extraña, teniendo en cuenta lo frecuente que es.

¿Por qué no hablamos más de ello? Porque es demasiado visceral, íntimo, propio. Se trata de personas, espíritus, fantasmas que nunca respiraron aire ni vieron la luz. Son tan invisibles, tan evanescentes que no tenemos palabras para ellos.

La primera vez (cuando no sabía, cuando ni siquiera me imaginaba que pudiera repetirse) salgo de la sala de las malas noticias. Me voy a casa. Me paro por el camino para comprar analgésicos: la enfermera ha dicho que podría necesitarlos. Al recorrer con Will los pasillos de la inmensa farmacia del centro comercial de las afueras, se me ocurre que también debería comprar unas compresas posparto y que estarán en la sección llamada «Madres e hijos».

Me paro ante un expositor de pestañas postizas.

—¿Qué? —dice Will, y me coge la mano—. ¿Te encuentras bien?

Le cuento lo más sucintamente posible lo de la sección de madres e hijos. La señalo. La identifica una imagen un niño con pañal gateando que se vuelve y sonríe a la cámara.

Dejamos las pestañas postizas y avanzamos por el suelo embaldosado. Ni miro ni veo los pijamas para recién nacidos, los pañales, los frascos y más frascos de alimentos infantiles, las cremas protectoras, los rollos esponjosos de algodón hidrófilo, las almohadillas de lactancia, las cajas de leche en polvo, los biberones, los esterilizadores para microondas y los tradicionales, la oferta especial, la mujer con un diminuto ser vivo en una mochila portabebés. No los veo, no. Eso me digo.

Cuando vuelvo a casa, mi hijo está poniendo cochecitos en fila en el alféizar de la ventana.

—Hola —le digo.

No levanta la cabeza de su juego, pero sonríe y susurra: «Mamá». No se prodiga con los saludos. «Apimiento», dice, que significa «aparcamiento». Coloca un coche entre otros dos.

—¡Muy bien! —le digo.

Lo miro, me quedo mirándolo. No puedo dejar de mirarlo. El hueco del cuello, las arrugas de los nudillos, el remolino de pelo de la coronilla. Me parece un milagro.

—¿Anone tabas? —pregunta, mirándome con la firmeza de un niño pequeño.

—En el hospital —le digo—, pero ya estoy aquí.

Sigue mirándome sin pestañear, con un cochecito amarillo en la mano. Pero no me pregunta nada más.

Me voy al dormitorio, saco la ropa de embarazada del armario y la tiro al suelo. Me quito la que llevo puesta y la añado al montón, intento clasificarla, doblarla, las camisetas primero, después los pantalones, pero no sé por qué me pongo a llorar de nuevo y tiemblo porque hace frío en la habitación. La ropa está toda enredada: las mangas de los jerséis encima del bajo de las faldas, los pantalones del revés, los sujetadores se enredan a las camisetas por los corchetes. Lo arrojé todo contra la pared.

Entra Will. Viene diciendo algo, pero se calla.

—¿Me haces el favor —grito; es la primera vez en todo el día que levanto la voz y me sienta bien, sorprendentemente— de traer una caja y meter todo esto dentro?

Da la vuelta a la cama y observa la ropa tirada.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Es la ropa de embarazada. No quiero verla aquí.

Recorro la casa recogiendo todo lo que tenga que ver con recién nacidos: la crema antiestrías en el cuarto de baño, un estante de libros, unas pastillas de ácido fólico; los sobres del hospital con fechas y visitas programadas; tarjetas de amigos con imágenes de cochecitos, cigüeñas y patucos. Lo pongo todo en la caja que ha dejado Will al lado de la cama. La cierro con rabia. Le pongo cinta adhesiva.

¿Todavía se considera embarazo aunque el niño esté muerto?, me pregunto mientras subo a mi hijo a un columpio. Hoy hace frío. Le he puesto guantes, gorro, una bufanda a juego, calcetines gruesos, botas de agua. Viene hacia mí, se aleja, viene, se aleja. Un chorrito de aliento blanco le sale de la boca.

¿Todavía cuenta? Llevas un niño dentro, me digo, pero está muerto. Pero todavía está dentro. Me lo imagino agarrado a los lados, a esas paredes elásticas y aterciopeladas, aferrándose con los deditos, negándose a soltarse. Quiero que salga, es lo que más deseo. Lo que más deseo es que se quede.

Una mujer columpia a su hijo en el columpio de al lado. Me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Se endereza y le veo la curva del vientre, me fijo en cómo se le tensa la ropa por encima del abultamiento. Seguramente está de ocho meses, puede que casi nueve. Dentro de un mes tendrá un recién nacido que habrá salido y respirará.

Ahora la embarazada se coloca en el otro lado del columpio y, cuando empieza a empujarlo, me doy cuenta de que tiene más hijos, gemelos, en un cochecito doble que está detrás de ella; al ver que estoy rodeada de niños y que todos son suyos, siento un odio momentáneo por ella que me obliga a darle la espalda, avergonzada.

—¿Qué crees que tendríamos que hacer con él? —le digo a Will por noche.

Está tumbado en el sofá, leyendo el periódico, y responde con un «¿Humm?», pero sin dejar de leer, así que me acerco y me planto delante.

—No sé qué hacer con él, cuando salga —digo—, que tampoco sé cuándo será.

Me mira.

—No quiero enterrarlo aquí porque no nos vamos a quedar mucho tiempo. ¿Te imaginas, dejarlo aquí, en esta ciudad, en el jardín de esta casa, e irnos a otra parte, todos? No quiero hacerlo así, no, de ninguna manera. Me parece una idea espantosa. No podría hacerlo —hablo muy deprisa, parece que no puedo parar—. Pero no sé qué hacer. ¿Tú qué opinas?

Will sigue mirándome. Está arrugando el periódico.

—Hmm —murmura.

—He buscado en internet —digo—. Hay muchos grupos de ayuda de esos, chats, ya sabes, para gente que ha... que ha... para gente a la que le ha pasado lo mismo que a nosotros.

—¿Ah, sí?

—Sí.

No le he contado que, cuando se va a dormir, paso mucho tiempo en esos sitios misteriosos, irreales, mal iluminados, en los que personas desconocidas teclean su angustia más honda con abreviaturas extrañas: el código morse de la desgracia. «EEC» significa «en el cielo», una idea que me estremece. «QH» es «querida hija»; «A» es «angelito». Se pueden mandar abrazos virtuales escribiendo el nombre de la persona rodeado de varios paréntesis: cuantos más paréntesis, mayor es la intensidad del gesto. Puedes poner tu nombre, la lista de abortos que has tenido y en qué semana de gestación. Hay animaciones edulcoradas de niñitos con alas brillantes que suben por la pantalla. Nunca escribo nada y todo eso me pone mala, pero, aun así, me fascina, no puedo dejar de mirar y pasarme las horas oscuras e insomnes de la noche desplazándome por el sufrimiento íntimo de personas a las que jamás conoceré.

—Bueno —digo—, a una persona se le ocurrió mezclar las cenizas con tierra, meterla en una maceta y plantar una flor.

Will deja el periódico a un lado, frunce el ceño, se rasca la frente.

—Eso no me apetece —digo después—. Y ¿a ti?

Parece incapaz de formular una respuesta, de contribuir a la conversación, así que doy media vuelta, descuelgo el teléfono y me meto en el cuartito de la lavadora; la máquina zumba, me siento en el suelo, a oscuras, y marco el número de una amiga.

—No sé qué hacer con él —digo—, cuando salga.

La oigo pensar. Es médico. Estudió el doble de años que yo. Tiene un título abreviado delante de su nombre. Salva vidas todos los días. Sabe cosas.

—Tienes que operarte —me dice en un tono cuidadosamente modulado. Me pregunto si será el mismo con el que habla a sus pacientes cuando tiene que darles malos resultados de análisis o alguna noticia terrible—. Es una intervención muy sencilla. Anestesia general y, cuando te despiertes, todo habrá terminado. Llama mañana y díselo. Pide hora.

—No puedo hacer eso —digo.

La lavadora aclara y centrifuga la ropa. Veo una manga de la camisa predilecta de mi hijo, sale por debajo de un camisón.

—¿Cuánto tiempo vas a esperar? —me pregunta—. Tanta espera no es buena para ti, por no hablar del peligro que supone. No tendrían que dejarte andar por ahí en este estado —murmura, casi para sí.

—¿Peligro? —repito, y se me dispara la voz—. ¿Qué peligro hay? El niño está muerto, ¿qué más podría...?

—Me refiero a que es peligroso para ti.

—¿Para mí?

—Sí, ¿no te lo dijeron?

Abro la puerta un poquito y miro hacia el dormitorio de mi hijo. Está oscuro y silencioso.

—No, no me dijeron nada —respondo, y dejo la puerta entornada, pongo el pie para que no se cierre y no aparto la vista del espacio oscuro en el que duerme mi hijo—. ¿Por qué?

—Hay peligro de infección si lo llevas muchos días. Y el riesgo se incrementa a medida que pasa el tiempo. Piensa con lógica. Es muy raro que tu cuerpo lo haya soportado tantos días.

—¿Ah, sí?

Suspira.

—No sé por qué ha sucedido, por qué el niño no lo ha conseguido, por qué tu organismo no lo ha expulsado y por qué sigue sin expulsarlo a estas alturas, pero son cosas que pasan a veces. Casos poco corrientes. Seguramente nunca llegarás a saber la causa. Pero, ante todo, lo que tienes que hacer es cuidar de tu salud.

Abro más la puerta empujándola con la punta de la zapatilla, luego la suelto, dejo que se cierre y repito el gesto. No contesto a mi amiga, me pongo a recolocar los detergentes y busco otra vez la camisa de mi hijo entre la ropa que da vueltas.

Es ella la que vuelve a hablar con voz suave:

—Si dentro de dos días no ha salido, te pido hora yo.

Vamos a la playa. El mar parece una lámina de plata bajo el cielo de color lapislázuli. Hay una nube solitaria cerca del horizonte, parece un cardo blanco. Mi hijo pasa zumbando, corretea por la arena con un cubo en una mano y un trozo de madera en la otra. El sol de invierno está bajo y tengo que protegerme los ojos con la mano.

Me arrodillo dando la espalda al resplandor y empiezo a cavar un agujero para mi hijo. Le gustan los agujeros. Sigue dando vueltas a mi alrededor, siempre cerca, como si estuviera amarrado, como un pequeño remolcador.

Cavo. Las rodilleras de los pantalones se me empapan. La pala de plástico empieza a doblarse, pero la enderezo con los dedos. Detrás de mí oigo el tono agudo del móvil de Will; luego dice: «¿Sí? ¿Qué tal estás?», y mi hijo, que también está detrás de mí, murmura algo para sí. Cavo y cavo, cada vez más hondo, hasta que llego al nivel del agua y la palada que saco tiene la consistencia del cemento fresco. La echo encima del montón de arena que he sacado y lo que me ocupa la cabeza, en lo que pienso es: pluma.

Parecía una pluma, más que cualquier otra cosa. Así, encogido, gris blancuzco, flotando. Y al pensar en la palabra «pluma», en las dos sílabas que no pronuncio, en el susurro de su sonido, aparece mi hijo por detrás de mi hombro con una pluma en la mano.

Sujeto la pala, inmóvil, en el aire. Miro a mi hijo.

—¿Qué es? —me pregunta.

La miro. Es blanca, las barbas de gasa tiemblan en la brisa, la sujeta entre el pulgar y el índice. Carraspeo.

—Es una pluma —digo, y busco a Will con la mirada.

Quiero decirle que venga, contarle lo que ha pasado, pero está lejos, en el muro del paseo, con el teléfono pegado a la oreja; da patadas a unas algas y habla a trompicones.

—Puma —repite mi hijo, de la manera que lo hace cuando oye una palabra nueva—, puma, puma.

—Sí —digo—, pluma. De un pájaro. ¿Sabes que, cuando vuelan...?

Pero eso no le interesa.

—Para ti —dice, y la cojo.

Cojo la pluma, la acuno en la palma de la mano.

Consigo pronunciar una sola palabra.

—Gracias.

Ahora mi hijo está resuelto, quiere hacer algo. Señala.

—Mar —dice, y me tira de la mano.

Nos acercamos al agua, donde las olas se levantan y rompen sobre una superficie de arena. Mi hijo se extasía con las huellas que dejan sus botas de agua. Cojo la pluma con las dos manos. Creo que estoy a punto de llorar, pero no lloro.

Levanto la pluma por encima de la cabeza y mi hijo mira hacia arriba para verla. La dejo caer, la suelto en el aire. Creo que a lo mejor cae poco a poco, dando vueltas, y que a lo mejor le gusta, que quizá la coja del suelo y diga «otra vez, otra vez». Pero no. La pluma asciende sola, por sí misma, parece. La contemplamos juntos. Sigue subiendo por encima de nosotros hasta que desaparece.

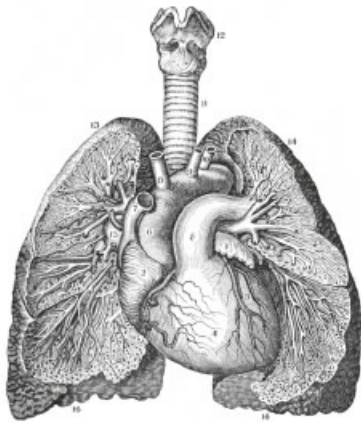
Miro a mi hijo, la cara vuelta hacia el cielo, su cuerpo envuelto en un abrigo rojo.

—Adiós —dice.

Asiento. Le cojo la mano. Echamos a andar por la playa y veo que Will viene hacia nosotros saludando sin parar, como si no lo viéramos, como si estuviéramos lejos, en una llanura oscura y llena de gente.

Pulmones

2000



Estoy en los bajíos del océano Índico, fuera del alcance de las olas, con los hombros y la cabeza asomando por encima del agua. Es mi rincón predilecto del mar, justo antes del punto crítico en el que las olas rugen y se revuelven caóticamente, pero suficientemente cerca de la playa para ver la orilla desde el agua.

He vivido gran parte de mi vida cerca del mar: noto su fuerza de atracción... y su ausencia, si no lo frecuento con regularidad, si no paseo por la playa, respiro su aire y me sumerjo en el agua. Hago excursiones a la costa desde Londres: las olas de color té de Suffolk, las arenas lisas y sedimentarias de Essex, las pendientes pedregosas de Sussex. Desde la infancia me baño en el mar siempre que puedo, incluso en las aguas más frías.

Estos baños son un gran placer para mí. Karen Blixen dijo en sus *Seven Gothic Tales*: «Conozco un remedio para todos los males: agua salada [...] en cualquiera de sus formas. Sudor, lágrimas o agua de mar».

Cuando era pequeña, uno de mis libros ilustrados favoritos trataba de una pareja que no tenía hijos y vivía en una casita de pescadores en las Hébridas Occidentales. Un día, el hombre encontraba en la playa a un niño que había traído la marea y se lo llevaba a su mujer. Los dos sabían que era un *selkie*, un ser que puede tomar forma humana o de foca, y hacían todo lo posible por arrebatárselo al mar y que adoptase para siempre su forma humana. Pero todo era inútil, naturalmente.

Me pasaba horas tumbada en el suelo de mi habitación mirando las ilustraciones a la acuarela: los riscos, las olas, las tormentas y, sobre todo, la página en la que el niño se zambullía en el mar y recobraba su cuerpo de foca. La dualidad del *selkie* (una figura que se encuentra en la mitología irlandesa y en la escocesa), la capacidad de adoptar una forma u otra, de tener dos existencias, la añoranza del niño por su otra naturaleza eran ideas que me hacían soñar. Siempre que tenía ocasión me tiraba al mar, metía la cabeza bajo el agua y esperaba la metamorfosis, esperaba que se me encogieran los brazos y las piernas, que me desapareciera el pelo, que el cuerpo se me cubriera de piel de foca. Y luego volvía a salir a la superficie alicaída, decepcionada, con el mismo cuerpo humano de siempre.

Mientras nado en las aguas del océano Índico, me vienen a la mente las páginas ilustradas de mi libro del *selkie*. La idea de la transformación, de la transubstanciación, todavía me resulta atractiva. Estas aguas son verdes y tienen vetas blancas. Se mueven bajo mis pies, templadas y ágiles. Más cerca de la playa, se lanzan y crujen sobre los guijarros. Veo un paisaje de acantilados serrados de color pardo, una hilera de cabañas trenzadas, copas altas y amarillas de árboles. Veo una fila de cabras que bajan quejumbrosamente, taconeando, por un sendero; un grupo de mujeres que entran en el mar y se hunden, con el sari hinchado alrededor como si fuera un paracaídas brillante, dorado. Su risa rebota por el agua hasta mí. En la playa, más allá, dos hombres cepillan a un elefante con escobas. El enorme animal se somete pacíficamente al tratamiento, cierra los ojos y las olitas llegan y se van entre sus potentes rodillas dobladas.

Yo subo y bajo con el pulso del mar. Espero, braceo entre el océano y la marea, se acerca la cresta de una ola, me levanta, me suelta y pasa de largo. Floto boca arriba, mirando al implacable cielo sin nubes, pensando que tal vez debería irme, pensando qué hacer después, pensando en la clase de yoga del día anterior en lo alto del acantilado, al anochecer, en la voz meliflua del monitor que, cuando estábamos doblados, mirándonos los tobillos, con los brazos hacia atrás, sobre el sacro, nos aseguró: «Todo es normal».

En primer lugar, me doy cuenta de que me empujan a un lado, como en un coche cama. La corriente se concentra, reúne fuerzas con un ímpetu brusco y decisivo. Me yergo a tiempo de ver que la playa se aleja de mí, como un escenario de teatro que desaparece. El mar es impredecible, lo sé. Pero no va a pasar nada, ¿verdad? Estoy en aguas revueltas, me digo, es un canal estrecho de corriente que va mar adentro. Nunca me había encontrado en esta situación, pero había oído hablar de ella. Incluso una vez dibujé un diagrama de cómo funcionaba, en una lejana clase de geografía, con lápices de colores para ilustrar las direcciones opuestas del agua.

Veo a Will tumbado en la toalla, con el libro abierto. Veo a las señoras con su sari. Veo al elefante, que ahora está de pie, a los dos cuidadores y sus escobas. Todo se aleja de mí rápidamente, a una velocidad que jamás me habría imaginado. Nado con toda la potencia de la que soy capaz, pero estoy lejos de la costa, el mar me arrastra muy deprisa y las brazadas que doy no sirven de nada. Es como si algo o alguien me retuviera por la tira del bikini y me impidiera progresar y se burlara de mis intentonas de huida.

De pronto me acuerdo de que para salir de aguas revueltas hay que nadar en paralelo a la costa. De acuerdo. Giro noventa grados y, al mismo tiempo, oigo un ruido como de agua en un tejado de latón. Me vuelvo. Detrás de mí se levanta un muro de agua, la ola más grande que he visto en mi vida; la cresta empieza a doblarse y a llenarse de espuma blanca. No me da tiempo a gritar, chillar o pedir auxilio. La veo y al instante me envuelve. Choca contra mí, se apodera de mí, me hunde. Estoy atrapada como una muñeca, como una marioneta, en su fuerza, en el ojo de la tormenta. Noto que me empuja hacia abajo por la espalda y el cuello y me acuerdo de un profesor de natación de la escuela, que me decía que me zambullera, que saltara desde el borde de la piscina y rompiera la superficie del agua con la coronilla. Yo quería hacerlo, pero no podía. Dudaba al borde de la piscina, apretando los puños, agarrándome con los pies a las baldosas mojadas, y el entrenador me bajaba la cabeza desde el cuello. No puedo, le decía yo, y él me miraba ceñudo y decía «esa palabra no existe», y entonces me quedaba perpleja, muda ante una respuesta tan estúpida. ¿Que no existía esa palabra? Ya lo creo que sí. Eran dos palabras en realidad, pero podía considerarse una sola idea, eso lo sabía todo el mundo.

La ola me da una vuelta, parezco una acróbata, o santa Catalina en la rueda. Noto que los pies suben, que el cuerpo está invertido, noto calor y presión en la cabeza. Un golpe fuerte en un lado de la cara y en los ojos, que cierro porque la sal me escuece; los ojos se me llenan de colorines. Los dientes se cierran con fuerza sobre la lengua. En las aguas turbulentas se oye un ruido tremendo, un rugido veloz, ensordecedor, de agua, aire, presión y fuerza.

No sé por dónde se va a la superficie, no sé hacia dónde dirigirme ni lo lejos que estoy, si voy hacia la playa o a mar abierto. Braceo y pateo, todo a la vez, como si me cayera por el espacio, con la esperanza de tocar algo, de orientarme, de encontrar aire. La ola todavía me envuelve, me arrastra hacia delante. Entonces noto el contacto con los guijarros en un costado. La ola me rasca contra el fondo como si fuera lija. Aprieto las manos y los pies contra el suelo y me impulso hacia arriba, llego a la superficie jadeando, tosiendo, eructando.

Levanto la cabeza. Estoy otra vez en la playa, en la India, con el agua por las rodillas, entre el cielo y el mar, en la vida que daba por perdida... y ha pasado muy poco tiempo. La sensación que tengo es como si me hubiera deslizado por una fisura, como si me hubieran raptado las hadas, como si hubiera estado ausente muchos años y, al volver, lo encontrara todo exactamente

igual. Salgo arrastrándome entre la espuma, escupiendo agua, apartándome mechones mojados de los ojos.

El paisaje no ha cambiado absolutamente nada. Nadie se ha dado cuenta del mal rato que he pasado, como el Ícaro de Brueghel, que cae entre las olas en una esquina del cuadro sin que se aperciba. Todo está igual que antes: las señoras en el mar, las cabras bajando por el sendero del acantilado de color fuego, el elefante, al que se llevan por la playa.

Intento ponerme de pie, pero parece que no puedo, todavía no, así que me quedo arrodillada en el bajío, mientras unas olitas inofensivas llegan, pasan y vuelven. Me ajusto el traje de baño, miro el agua, que se lleva en remolinos la sangre que me brota de la piel, como si la necesitara; veo las mimosas que llenan el suelo de polvo amarillo, un cirro con los bordes deshilachados e iluminados, el orillo de las toallas vacías en la arena y el contraste de su color rojo sobre la tierra ocre.

Me doy cuenta de que este ha sido otro de esos momentos que he tenido en mi vida. El mismo impacto, la misma sensación surrealista de un *déjà vu*, pero sin la menor señal de aviso. Es como si de pronto se me cayeran varias capas de piel, como si el mundo estuviera más cerca y fuera más tangible que nunca. Todo se me presenta con unos colores y un volumen muy vibrantes, muy violentos, como si hubieran subido la intensidad. Quiero taparme los oídos para no oír el ruido que hace la gente hablando en el camino.

La primera vez que me pasó esto tenía unos cinco años. Debía de ser invierno, porque llevaba unos guantes rosas de mohair y un abrigo de lana, abrochado hasta arriba, que tenía un cuello de terciopelo gastado y descolorido. Los guantes iban sujetos a la espalda del abrigo con cinta de goma. (Ahora que lo escribo, tengo la clara impresión de que los tejió mi abuela; es lo más probable.) Estaba en la puerta de una tienda, con una mano en el pomo de madera, columpiándome, tocando la mano quieta con la libre y hacia atrás otra vez. Con cada movimiento notaba cómo la cinta de goma que unía los guantes se encogía y se estiraba en la espalda.

Debía de estar esperando a mi madre, que habría entrado a comprar verdura: a mediados de la década de 1970 era aceptable dejar a los niños en la acera, a la puerta de las tiendas.

Recuerdo que, mientras me columpiaba, algo cambió o se instaló en mí, una visión más profunda. De pronto mis percepciones se recalcularon o se bifurcaron. Me vi desde arriba y desde dentro. Tuve la sensación de ser minúscula, inconsecuente, una autómatas diminuta moviéndose en un espacio mucho más amplio, y, al mismo tiempo, era perfectamente consciente de mí misma como organismo, como microcosmos humano. Al apretar el pomo de la puerta notaba las puntadas de los guantes en los dedos. Notaba el grano de la madera debajo de esas puntadas que se repetían infinitamente. Oía el ruido que hacía mi pelo dentro del gorro, el aire frío que me penetraba, que abría un túnel para entrar en mi cuerpo, y veía cómo lo expulsaba en un chorro visible. Adquirí al mismo tiempo la sensación del tiempo como un *continuum* enorme y la conciencia de que mi trayecto en él sería corto, insignificante. En ese momento, y quizá por primera vez, supe que un día moriría, que no quedaría nada de mí, ni los guantes, ni la respiración, ni los rizos, ni el gorro. Lo supe con convencimiento por primera vez. Mi muerte era como una persona que estuviera siempre a mi lado.

En la playa, en la India, mientras sigo sentada en el agua, me sucede algo parecido, aunque diferente, como cada vez. Lo que está solidificándose, arraigando en mí, no es una premonición

de mortalidad, sino otra cosa: este lugar y la sensación de haber escapado por los pelos, de haberme librado de algo ajeno a mi control, se están soldando en uno. La sensación de haber sacado la cabeza de la soga una vez más se mezcla indivisiblemente con las mimosas, las cabras, la ola que me arrolló, el olor a resina tostada de la corteza de la canela.

Salgo del mar y echo a andar por la arena arrastrando los pies. Will me ve, ve que sangro por la frente, por el costado que me he rozado, y se levanta de golpe.

—¡Dios! —exclama—. ¿Qué te ha pasado?

—El mar —digo sin fuerzas, desplomándome en el suelo—. Una ola.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —levanto una esquina de la toalla para limpiarme la sangre—, me encuentro bien.

Sistema circulatorio

1991



Voy andando por un campo sembrado de porquería, estoy en un festival. A mi alrededor se entremezclan fragmentos de canciones, retazos de conversaciones y nimbos de humo exhalado. El sol está bajo, pero todavía noto el calor de sus rayos en los huesos redondeados de los hombros, que llevo al aire, en el puente de la nariz, en la base del cuello. Alguien aporrea un bajo en un escenario lejano y el suelo que piso con las botas, reseco y cuarteado, reverbera.

Estoy buscando a mis amigos. Hace unos meses quedamos en encontrarnos este día de finales de verano aquí, en estos campos. Parecía un plan viable cuando lo hablamos, pensamos que sería fácil localizarnos entre estas hordas, estas camionetas de comida rápida, estos puestos de bolsos teñidos y bordados y calcetines de lana.

Tengo la sensación de que llevo mucho tiempo sin ver a estos amigos, después de las largas vacaciones de la universidad. He trabajado cortando entradas, recogiendo vasos de cerveza, haciendo recados, ordenando cosas... en fin, de chica para todo en un centro de arte contemporáneo en el que tenía que llevar una sudadera de color naranja como el pelo de un duende. Cuando el trabajo se acabó, hice un nudo con la sudadera y se la tiré al perro, que tiene una afición desmedida, aunque prohibida, a destrozar prendas de ropa, y me fui a España.

He dormido en trenes, me he bañado en gargantas de ríos, he mandado postales a un amigo que está lejos, trabajando todo el verano en Estados Unidos. Y ahora he vuelto, estoy en este campo inglés con mi mochila y mis botas polvorientas, buscando a mis amigos. Si no los encuentro no tendré dónde dormir esta noche: se comprometieron a traer ellos la tienda. Si no los encuentro, pasaré la noche al raso.

Voy de un lado a otro. En un puesto de comida compro un falafel seco y me lo como mirando el muestrario de caras que pasa por delante de mí. Subo al punto más alto del campo, donde hay gente con los brazos en alto, sujetando cometas de colores que tiran del hilo y cabecean en el aire, por encima de nosotros. Si suprimiéramos las cometas, estas personas parecerían visionarios, fanáticos, mirando al cielo con los brazos alzados como si suplicaran y adoraran.

Alguien grita mi nombre a mi espalda, me doy media vuelta y el día se transforma. Ya no estoy sola en un campo al atardecer, con la mochila a cuestas: me levantan en volandas, me llevan. Dos amigos me agarran por los brazos y las manos. Dicen que me han buscado por todas partes, que estaban preocupados. Pero ya estoy aquí. Me liberan de la mochila y me meten en una tienda enorme, iluminada con luces, toda una constelación de luces; la música tensa la lona, vibra en los vientos y todo un grupo de gente a la que conozco me llama y me saluda con la mano.

Estamos encajonados contra una valla circular de madera; al otro lado de la valla dos caballos con arreos de plumas dan vueltas al ruedo al trote ligero; un hombre con el pecho descubierto se sostiene encima de ellos con un pie apoyado en cada uno. En el ambiente flota el típico olor sofocante y seco del serrín. El jinete da un salto y aterriza con las manos en las ancas lustrosas y moteadas de los animales. Me pasan un paquete de frutos secos y una botella de agua templada, los acepto; pero no el porro en papel extrafino y la cerveza sudorosa. Una chica me

chilla al oído no sé qué de un vestido, de un piso, de un pescado, de un viaje a Londres. No entiendo lo que me cuenta, no logro relacionar esas palabras en medio de tanto ruido. Unos trapevistas aparecen y desaparecen en los estrechos caminitos de luces que hay en el techo.

Sale al ruedo un hombre con pantalones de cuero, borsalino negro y chaleco de torero, aplaudimos y lo vitoreamos. Sostiene en alto un erizado ramillete de puñales. Pide un voluntario y el chico que está a mi lado (lo conozco, sale con una de mis mejores amigas) me toca el hombro y grita: «¡Aquí!». Veo que está borracho, tiene los ojos desorbitados, la mirada desenfocada. Su novia, mi amiga, frunce el ceño, le tira de la manga, le dice que se calle. Sé que puedo negarme. Podría irme de allí, remolonear, decir que no con movimientos de cabeza, retroceder y esconderme entre la gente (este es el momento de hacerlo), pero cuando el foco pasa como una espada entre el público hasta dar con nuestro grupo, asiento. Me quito la chaqueta, salto la valla y me planto en medio del resplandor de magnesio de las luces.

¿Por qué? Imposible decirlo ahora. ¿Porque solo soy una adolescente? ¿Porque me alivia tanto estar otra vez con mis amigos, saber que existe mi vida con ellos, que no la he soñado? ¿Porque a veces me harto de ser la única sobria del grupo? ¿Porque en cierto modo quiero saber qué se siente en el ruedo, al calor de los focos? Porque ¿por qué no? ¿Por qué no exponerse a que un desconocido en el que no tienes motivos para confiar te lance unos cuantos puñales?

A medida que me acerco al hombre acompañada por el círculo cegador de luz, me doy cuenta de que es español, una coincidencia curiosa pero que encaja, puesto que esta misma semana he vuelto de España. Voy pensando: español, claro, ¿qué, si no? También me acuerdo de lo aborrecible que me resulta ser el centro de atención, lo incómodo que es, lo mucho que me pellizcan y me pinchan los ojos de la gente fijos en mí. De pequeña me asustaba que me cantaran *Cumpleaños feliz* con el resplandor ceroso de las velas delante de la cara y todas las miradas clavadas en mí; siempre quería taparme la cara, esconderme debajo de la mesa, salir corriendo de la habitación.

Una ayudante cubierta de lentejuelas me lleva hasta un tablero redondo. Me sujetan al tablero por las muñecas y los tobillos y por un instante me viene a la cabeza la imagen del hombre de Vitruvio, de Leonardo da Vinci, con sus cuatro piernas y su cara seria, aparentemente ajeno a su desnudez. Pienso en el día en que mi antiguo novio y yo nos medimos la altura y la envergadura y descubrimos que yo tenía las piernas dos centímetros más largas que los brazos. «Vas en contra de la geometría del cuerpo humano», me dijo, con el ceño fruncido, disponiéndose a medirme otra vez como con la esperanza de no encontrar el defecto.

Levanto la vista y miro al hombre del borsalino, que está enfrente de mí flexionando y estirando los brazos, preparándose. Tiene los puñales en una mano, todos menos uno: el restante lo sostiene en la otra, por la punta, como sopesándolo.

Y entonces sucede lo increíble. La ayudante se acerca a él con un paño oscuro. «Un pañuelo —me digo—, una cinta para el pelo. Se la va a poner alrededor del cuello o en la frente, para ayudarlo a concentrarse, para que no se distraiga, para que se centre en lo que tiene entre manos.»

Rápida y hábilmente la ayudante se la pone en los ojos.

Así que es una venda.

En ese momento me doy cuenta de que he podido cometer un error, he dado un paso en falso.

Entretanto, no estoy muy segura de cómo ha sucedido todo. Hace un momento estaba sola en un festival de música, sin mayor preocupación que encontrar un sitio para dormir, y ahora, de pronto, estoy atada a un tablero y un hombre se dispone a lanzarme puñales con los ojos vendados. ¿Cómo ha podido suceder?

La ayudante vuelve a mi lado. Lleva un martillo en una mano. Tiene los hombros anchos, cubiertos con una tela de malla de color carne. Frunce el ceño, está seria, se muerde el labio inferior con los dientes. El pintalabios, espeso como mantequilla, le sobresale ligeramente de las comisuras. Ese detalle le da un aspecto omnívoro, ávido. Intento mirarla a los ojos para saber lo que me va a pasar, pero ella no me mira. Unas gotas de sudor le brillan en los brazos y en la frente. Quiero preguntarle algo, cualquier cosa. No va a pasar nada, ¿no? ¿Me prometes que voy a sobrevivir? ¿Este hombre ha fallado alguna vez?

Da un par de martillazos en el tablero, en la parte inferior, a la altura de mi tobillo, chilla un monosílabo que no entiendo volviendo la cabeza hacia atrás y se hace a un lado.

El ruido es como si se acercara un insecto: alas pequeñas a toda velocidad. Como engendrado en el aire, aparece un puñal junto a mi pie. La punta se clava varios centímetros en el tablero.

Creo que hasta ese momento siempre había creído que las actuaciones circenses eran eso exactamente: actuaciones. Inherentemente teatrales, engañosas, artificiosas. Amañadas para el público, una conjura ingeniosa.

Sin embargo, este puñal es auténtico, sin la menor duda. Y este otro que aparece a la altura de la rodilla, y el siguiente, junto al muslo, y el del otro tobillo. Me doy cuenta de que los lanzamientos responden a un esquema y a un ritmo. La ayudante da un martillazo en el sitio correspondiente, como un juez en su estrado, grita y el hombre (a una distancia imposible, impensable) lanza el puñal volador. Es una clave sonora. El hombre tiene los ojos vendados y escucha con total atención, con la cara ladeada, y después apunta a donde adivina que ha golpeado el martillo. ¡Qué proeza, qué habilidad, lanzar un puñal al espacio guiándose por el sonido y acertar en un punto concreto!

Un puñal me rasga el vestido, cerca de la cintura, y la ayudante hace una mueca. Da una voz al hombre como para prevenirle de algo, rompiendo el ritmo. El siguiente puñal, clavado más arriba, a la altura del pecho, se gana la misma respuesta, y entonces entiendo lo que dice la ayudante: *demasiado cerca*.³ Reconozco esas palabras, sé lo que significan. Lo regaña como una madre, como una maestra, para que se dé cuenta de que se ha desviado, de que se ha acercado a mí peligrosamente.

Ahora soy incapaz de mirar al hombre mientras apunta. Se me llena la cabeza de los dibujos de anatomía que tuve que reproducir hace poco en los exámenes de biología. Las venas principales en azul, las arterias principales en rojo, esparciéndose por el pecho como ramificaciones de un río, hasta el cuello, los brazos y las piernas, justo por debajo de la envoltura de la piel. El hombre ha lanzado *demasiado cerca* de mí, de mis arterias. Demasiado cerca. Miro hacia donde están mis amigos, pero no veo nada fuera de este círculo cegador de luz. Me miro los pies, que parecen estar muy lejos; miro el serrín. Procuro no acordarme del que echaban en el suelo de las carnicerías cuando yo era pequeña. Para empapar, para absorber. ¡Cuánto detestaba que me llevaran a esos sitios! Siempre suplicaba que me dejaran quedarme en la puerta. Las cosas frías y coaguladas que colgaban de los ganchos o se veían, varadas y sangrantes, por el

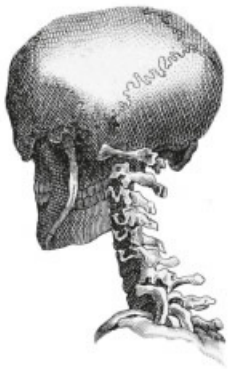
cristal helado de la vitrina. La hierba artificial que ponían debajo. El aire pegajoso, ferruginoso. Las anchas tiras de plástico de la puerta del fondo, que ocultaban lo que pudiera haber detrás.

La ayudante da otro martillazo, un espíritu inquieto en una sesión de espiritismo, cerca de mi cabeza; me pitan los oídos por el ruido. El zumbido del terror. Un puñal hiende la madera junto a mi cuello y pienso: puede que no salga de esta, puede que no, y clavada al tablero como un ejemplar de entomólogo me imagino la escena: el color encarnado, carmesí, clarete oscuro, los borbotones, el torrente, los gritos. Otro puñal se aloja por encima de mi cabeza y me roza el pelo levemente.

Y ya está. La ayudante me desata, pongo en marcha los brazos y las piernas, me bajo y echo a correr, no espero ni a recibir los aplausos, me alejo de la luz, de la ayudante, del hombre, del tablero en el que queda grabado un espacio vacío, mi doble fantasmal, mi yo silueteado con puñales.

Cabeza

1975



Una experiencia cercana a la muerte de la que no me acuerdo... ¿cuenta? Yo era muy pequeña, sucedió en esa época de la que no tenemos recuerdos. Me lo cuenta mi madre, naturalmente, mientras hacemos algo juntas en la cocina.

Ella prepara té y yo recojo los platos de la mesa. Vamos de un lado a otro instintivamente, sorteando al perro, sorteando la mesa redonda, sorteándonos la una a la otra. Si me lo pidieran, podría moverme por este espacio con los ojos cerrados. Desde el pasillo llegan las voces de mis hijos, que juegan con los juguetes que mi madre guarda en los armarios; las voces suben y bajan, exclaman y resuelven.

En esta casa, preparar el té es un rito sagrado, restringido. Jamás me atrevería a hacerlo yo, no se me ocurriría usurparle a mi madre esta tarea, la más delicada de todas. Es necesario seguir unos pasos, cada uno lleva misteriosamente al siguiente: nunca me acuerdo del orden preciso, siempre he sido demasiado impaciente para aprenderme el proceso, al contrario que mis hermanas, que ejecutan el mismo rito de la misma forma en sus respectivas cocinas.

Hay que elegir la tetera adecuada, así como la funda idónea para esa tetera. Hay que calentarla el tiempo justo y después tirar esa agua al fregadero con un movimiento rápido y decidido. A continuación sí se puede llenar la tetera de color bronce oscuro: primero se ponen las hojas de té, que se miden con una cucharilla de estaño reservada exclusivamente para esta función, y después, el agua hirviendo. Por último, se cubre la tetera con la funda (de punto o de retales, casi siempre bordada) y a reposar. En el fogón están dispuestas las tazas (de porcelana, siempre) y la leche.

Mi madre coloca un vaso de agua del grifo en la mesa, frente a la silla que usaba yo de pequeña; es una deferencia a mi costumbre de no tomar té. Sabe que no voy a tomar lo que está reposando en la tetera, por eso me da lo que sabe seguro que voy a beber.

Soy la única persona de mi familia que no toma té. Creo que les parece una perversión desconcertante. El té me sabe a recortes secos de césped, a hojas en descomposición rebajadas con agua, a compost regado y mezclado con un chorro de fluido corporal bovino. Jamás he podido tragarlo.

Mientras pone la tetera en la mesa me pregunta en qué estoy trabajando ahora y, después de beber agua, le digo que intento relatar una vida, pero solo a través de experiencias cercanas a la muerte.

Se queda en silencio un momento, mientras recoloca la funda, la jarra de leche y las asas de las tazas.

—¿Tu vida? —me pregunta.

—Sí —digo, levemente nerviosa. No tengo la menor idea de qué le va a parecer esto—. No es... son solo... retazos de una vida. Una colección de momentos. Algunos capítulos serán largos, otros muy cortos, tal vez.

Hablamos un poco de los temas que voy a tratar. La enfermedad de la infancia, cuando casi me atropella un coche, los partos, la deshidratación por disentería. En el libro habrá cosas que ya le he contado y algunas de las que nunca le hablé: no le digo cuáles serán. Me pregunta si voy a

escribir sobre la septicemia que pasé y le digo que no. No me acuerdo de eso. Era muy pequeña. Y además no creo que estuviera en peligro de muerte... ¿o sí?

No me contesta, pero vuelve la cabeza para mirar por la ventana a los pájaros que revolotean y picotean alrededor de los comederos que ella cuelga en los árboles.

—Otra vez —me dice— te bajaste del coche. ¿Te acuerdas?

—No —le digo.

—Tenías unos tres años... tu hermana acababa de nacer. Habíamos ido de compras; a la vuelta, metí el coche en el garaje y te dije que te quedaras en tu sitio, que no te movieras de allí —me mira casi asintiendo—, pero...

—Pero ¿no te hice caso? —digo.

—Exacto —contesta—, no me hiciste caso. Había descar gado la compra, me disponía a cerrar el maletero y en ese instante te vi. No sé cómo te habías bajado y te habías puesto a mi lado. Estabas ahí plantada, con la cabeza metida en el maletero. No te di por muy poco —hace un gesto con los dedos un poquito separados—, por muy poco —repite—. Te aparté justo a tiempo. Cuando pienso en lo que podía haber sucedido si...

No termina la frase y hace un gesto de impotencia con la cabeza.

En la cocina se impone un breve silencio. Pienso que tal vez tendría que disculparme por haber sido una niña tan desobediente, que siempre se ponía en peligro. Y también debería darle las gracias por haberme salvado.

Desde luego, el mayor temor de una madre es perder a un hijo. Eso lo sé, y mi madre también. Las dos lo hemos vivido. Las hemos pasado canutas muchas veces, siempre al borde del precipicio. Tenemos eso en común, pero rara vez hablamos de ello.

Todavía estoy pensando qué decirle, cuando mis hijos entran en tromba en la cocina y todo se llena de conversaciones, gritos, juguetes de madera y peticiones. Quieren beber algo, quieren que les pele una manzana, quieren bollitos, mermelada y mantequilla.

En el coche, camino de casa, pienso en esa anécdota. No tengo el menor recuerdo, y me parece raro. Un susto tan grande debería dejar alguna señal. Si no lo recuerdo, me digo, será porque mi madre resolvió la situación muy bien. Seguro que, además de buenos reflejos, supo contenerse, asimilar el incidente para no contagiarme el pánico.

Sin embargo, del garaje sí me acuerdo: era un espacio fascinante y un poco imponente, con manchas de aceite resbaladizas y malolientes en el suelo de cemento; si las mirabas de lado, las manchas se resolvían en un arcoíris de brillantes colores. Las puertas eran rojas y en la parte posterior había una ventana en la que una vez se quedó atrapado un herrerillo; incapaz de entender que aquello no iba a ceder, batía las alas con desesperación y daba golpes en el cristal con su pico negro, sin parar. Mi padre forcejeó con la falleba, con el alféizar, cuya pintura sellaba la ventana, hasta que por fin consiguió liberarlo y el pájaro echó a volar, planeó sobre los parterres de flores y se alejó sobrevolando el seto. El recuerdo que tengo es de un lugar oscuro, con telarañas, donde se guardaban la máquina cortacésped con sus hojas afiladas, las palas y un hacha colgada en alto de un clavo. Una vez vimos una rata allí y por eso vino el exterminador de ratas, un hombre calzado con gruesas botas altas, guanteletes de cuero, un frasco de veneno, un saco de arpillera vacío y un palo con un nudo corredizo. Entró en el garaje y cerró la puerta; nosotros lo mirábamos desde la salita de estar. Cuando salió, el saco no estaba vacío, sino cargado con una forma redondeada, suelta y blanda.

Un verano montamos un museo en el garaje, colocamos las piezas encima del banco de trabajo y del arcón congelador. Expusimos el esqueleto de nuestra tortuga, que desenterramos del jardín, unos sellos de Malasia, varios trilobites y algunos ejemplares de coral de Connemara.

También fue emocionante que nuestra gata atigrada eligiera el garaje para parir. Fuimos a verla a ella y a sus crías, encantados y respetuosos, a adorarla junto a la caja de cartón, a ver los cuatro cuerpecillos que se retorcían buscando sustento entre el pelaje a rayas de la madre.

Mi madre nos dijo que todavía no debíamos tocar a los gatitos y nosotros asentimos muy serios. Sin embargo, en cuanto volvió a la cocina, le dije a mi hermana menor que vigilara la puerta del garaje. Por supuesto que iba a acariciar a los gatitos. ¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Cómo iba a dejar pasar la ocasión de meter las manos en la caja, coger a las cuatro crías, que maullaban y se retorcían, y meter la cara en esos cuerpecillos vivos, blandos, en sus caritas de miniatura, entre las patitas que todavía no habían dado un paso?

La gata levantó la cabeza y me miró con sus ojos verdes, alerta pero comprensiva. Sabía que para mí era imposible obedecer la advertencia de mi madre: completamente imposible. Ronroneó cuando se los devolví con mucho cuidado y estiró una pata para tocarme la muñeca.

Nuestra gata tuvo una vida asombrosamente larga: veintiún años. Hay fotos mías con ella en brazos, yo con diez años, toda desgarrada, con rodilleras y un desorden de dientes enormes que no me cabían en la boca, y también de mayor, menos desgarrada, sin rodilleras, con la gata en el regazo.

Unos años más tarde, un invierno frío, estaré embarazada de mi primer hijo y viviré en el extranjero rodeada de nieve, en un valle profundo. Mi hermana, que ahora es veterinaria, llamará para decirme que la gata, que hace toda una vida parió unos gatitos en una caja de cartón, está enferma, muy enferma. Esta vez no puede salvarla: no sobreviviría a otra operación. Mi hermana me dirá que lo siente mucho y me preguntará si me parece bien que le ponga la inyección, y le diré que sí, que haga lo que mejor le parezca.

Tanto ella como yo nos aferraremos al teléfono, separadas como estamos por países, mares y montañas, no querremos colgar porque sabemos lo que sucederá después. Me acuerdo de cuando solo nos separaba la extensión de cemento del garaje (un sitio en el que, sin saberlo, estuve a punto de terminar mal), ella, fiel e inquieta centinela, vigilando la puerta, moviendo alternativamente la cabeza entre nuestra casa y el interior del garaje, mientras yo me agacho, meto las manos en la caja y saco a los gatitos.

Cráneo

1998



Un hombre y una mujer pasean por la orilla de un río. El agua discurre con tanta lentitud que casi no hay corriente ni movimiento. Se detienen en un puente a ver su reflejo en el río, liso como un espejo, moteado de hojas: él mira el de ella, ella, el de él. La mujer lleva en los bolsillos unas bellotas marrón verdoso que ha recogido durante el paseo; las ha examinado cuidadosamente al tacto y ha comprobado que, en efecto, cada bellota solo cabe en su propia caperuza, no le sirve ninguna otra.

Esa mujer soy yo. El hombre... bueno, da igual.

Van hablando de la situación en la que se encuentran, de su dilema. Se han enamorado a primera vista, por sorpresa, vertiginosamente, pero hay dificultades. Hay obstáculos. Hay personas que se interponen entre ellos: otros corazones, otras cabezas, otras situaciones.

Mientras habla, la mujer estira el brazo para tocar el tallo seco de un junco, dice que cómo pueden, cómo podrían, jamás podrían, ¿verdad? El hombre le coge la mano y le hace una advertencia, dice que una vez, un amigo suyo se hizo un corte tan profundo con un junco que le tuvieron que poner tres puntos en el dedo en una cabaña hospital.

«¿Una cabaña hospital?», repite ella. Nunca ha oído hablar de cabañas hospitales. Dice que se imagina un hospital con tejado de paja, humo saliendo por la chimenea, atendido por una plantilla de ardillas o ratones, tal vez, con delantal, como en un libro infantil.

El hombre la mira enarcando una ceja. «Existen, te lo aseguro.» Ella se da cuenta de que no le ha soltado la mano.

Hablan de juncos, de puntos de sutura, de las veces que se los han puesto... tal vez necesiten dejar de hablar un poco de sí mismos, de su situación irresoluble, de las opciones, aunque todas parecen inevitables e inadmisibles a un tiempo. Sin soltarle la mano todavía, él se levanta la camisa y le enseña una cicatriz de la infancia que tiene en el abdomen; ella ve una porción morena de estómago, la cinturilla de los calzoncillos que sobresale por encima de los vaqueros, una línea de vello que desaparece hacia abajo. La mujer quiere dejar de mirar y quiere seguir mirando; quiere morderlo como si fuera un melocotón. Piensa, ¿cómo podemos? ¿Cómo no vamos a poder? Es lo peor, es lo mejor, es lo único; está buscando un sitio resguardado, íntimo; busca la forma de sacar partido de la huida. El momento oscila entre los dos.

De pronto, un perro surge de la nada, sale del bosque, se asoma entre los árboles como el muñeco con resorte de una caja de sorpresas. Tiene media cara negra y media blanca; el rabo parece un plumero. Avanza hacia ellos como si fueran las personas que más deseara ver en el ancho mundo, da vueltas a su alrededor saltando y gimiendo, moviendo el rabo de un lado a otro, la cara sonríe amplia y caninamente.

Ellos lanzan exclamaciones, se agachan a acariciarlo, le pasan la mano por los costados, cálidos y peludos.

Cuando reanudan el paseo, el perro los acompaña, corretea delante de ellos, da media vuelta, se mete en el medio, suplica que elijan un palo, que se lo tiren una y otra vez. Caracolea entre sus tobillos mientras siguen andando, desaparece entre la maleza, los mira, jadea, los adora, parece seducido por lo que hablan, como si quisiera demostrarles que les da la razón.

El camino los lleva a un tramo de carretera. El perro trota entre ellos olisqueando el suelo. Oyen el rugido de un vehículo grande que viene por detrás y se orillan en el arcén sin dejar de hablar. Un camión enorme de color naranja se acerca a toda velocidad, los árboles pasan volando, las llantas desgastan el firme.

Mientras esperan a que pase, a la mujer se le ocurre que igual el perro no conoce las carreteras. Sabe que hay perros que sí y otros que no. El camión ya está casi encima cuando se agacha para agarrar al perro por el collar y asegurarse así de que no va a atravesar de pronto la calzada: lo hace por puro instinto, solo piensa en proteger al animal, que ha salido de la nada y se acerca al mundo y a todo lo que hay en él con tanta confianza y tanto alborozo espontáneos. Percibe la potencia del mecanismo, el impulso de la mole de acero que pasa cerca de ella... demasiado cerca. La inercia del camión le levanta el pelo al pasar; nota el roce del guardabarros en el cráneo. Un centímetro más, o medio, y le habría dado en la cabeza de lleno. Casi la decapita, el horror de la situación asciende como la marea, desde los pies, piernas arriba, y le inunda todo el cuerpo como una sensación única y nítida. Podía haber muerto ahí mismo, en ese mismo instante, asiéndose al hombre con una mano y sujetando al perro con la otra. Un movimiento minúsculo en cierta dirección y todo habría terminado. Abajo el telón. Al otro barrio. A espicharla. Punto final. Apagón. A morder el polvo. Con los pies por delante. A entregar el alma.

Nunca ha sabido calcular bien la distancia entre ella y el resto del mundo, tampoco el espacio que ocupa ni el margen que necesita alrededor.

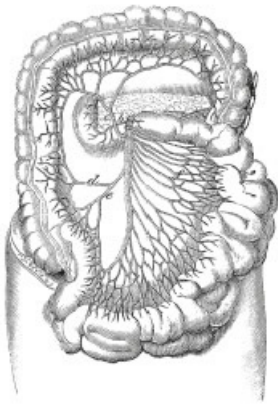
El camión se aleja. La ventolera que levanta al pasar los atrapa: al hombre, a la mujer, al perro; la velocidad los supera. Ella se endereza. Suelta el collar del perro. Sabe que se ha librado de algo, que, una vez más, ha podido sacar el pie de la trampa en el último momento.

No le dice nada al hombre. No hace falta. Ya corren bastante riesgo. Él le pasa el brazo por los hombros y se la acerca al costado, al pecho, al músculo y al hueso más próximos al corazón. Ella reposa la mejilla en la solapa de lana de su abrigo y respira, se imagina sus moléculas, las de él, las de su olor, su piel, su ropa, su pelo, entrándole en los pulmones por los caminos y las ramificaciones de los bronquios, de los alveolos, disolviéndose en la sangre, viajando por las venas, dejando esporas y dando vueltas hasta alcanzar los rincones más secretos de su ser.

Reanudan el paseo por la carretera hasta alcanzar otra vez el bosque; allí hay claroscuros de luz verde, allí el sendero es sinuoso, se desvía, a veces se pierde. El perro va con ellos.

Intestinos

1997



Abro los ojos y veo a la doctora francesa del restaurante. Está de pie junto a mi cama, con los brazos en jarras, los codos doblados en ángulo recto contra el cuerpo. La miro asombrada, quiero preguntarle qué demonios hace en mi habitación. ¿Acaso se ha perdido? ¿Ha perdido la chaveta? ¿O las llaves? ¿Se ha equivocado de puerta?

No me acuerdo de cuánto tiempo hace que hablé con ella, mientras desayunábamos, ni de cuánto llevo aquí postrada, enferma. Días, seguro (derrotada en el implacable colchón y encogida en el estrecho cuarto de baño), pero a estas alturas he perdido la noción del tiempo. En realidad, he perdido la noción de todo.

La doctora estira la mano y me toca la frente y el brazo. La oigo decir a Anton, cuyo rostro flota en el fondo, temeroso, desanimado: «Hay que llevarla al hospital».

No me encuentro bien desde que llegué aquí, a este pueblo chino, hace no sé cuánto; apenas puedo comer, tengo que ir al baño muy a menudo, estoy nerviosa, despistada, no duermo. Hace unos días empezaron a asaltarme unos dolores horribles en plena noche y, después, vómitos; no podía parar. Desperté a Anton, que vino y me apartó el pelo de la cara. Había un poco de sangre en lo que vomitaba, mucosidad, una cosa carnosa.

Algo se mueve dentro de mí, algo que tiene garras y colmillos, con una insistencia maligna. Cada vez es más fuerte, lo noto, me roba la fuerza. Es como si me hubiera tragado un demonio, uno inquieto que da vueltas y hurga y me rasca las entrañas con las escamas. Tengo que doblarme, respirar y apretar los puños hasta que cesa el espasmo.

Y ahora, esta desconocida, que es francesa, dice que hay que llevarme al hospital. Me parece excesivo. Cierro los ojos con la intención de hacerla desaparecer, a ella y a Anton y a los planes que están tramando. En este momento me parece que no hay lugar más encantador y cómodo que la caja de hormigón pintada que es esta habitación de hotel. No quiero ir a ninguna parte. Solo quiero quedarme aquí, entre estas sábanas de nailon de color melocotón, con el ventilador del techo dando vueltas ahí arriba y con las cortinas corridas para que no entre el sol. Solo aquí puedo enfrentarme a este demonio; solo aquí puedo intentar reunir recursos para afrontarlo.

He llegado a un punto peligroso de deshidratación, de fiebre, el punto en el que te rindes, cuando lo único que quieres es quedarte donde estás, tumbada, encogida en el colchón.

—No —digo, pero casi no me sale ni la voz—. Estoy bien aquí.

—Hay que llevarla —insiste la doctora francesa, cortante pero tranquila. No habla conmigo—. Inmediatamente.

Me levantan entre los dos (más tarde descubriré que peso poco, menos que nunca, menos incluso que en la adolescencia; la carne me ha desaparecido en cuestión de días) y me agarro a las sábanas de color melocotón.

—¡No! —protesto, y pataleo, deliro, me enfurezco mientras el demonio espinoso se retuerce dentro de mí—. No quiero ir. Quiero quedarme aquí. Dejadme.

Anton me lleva a rastras o en brazos, atravesamos el vestíbulo del hotel y salimos por las puertas de cristal; hay una fila de *rickshaws* motorizados esperando en el bordillo; la francesa

desaparece, otra sabia a la que nunca volveré a ver. Casi no me acuerdo del trayecto en el *rickshaw*, solo sé que Anton me sujetaba por el brazo mientras yo vomitaba en seco por la portezuela. A pesar de la enfermedad y el dolor observo que no me queda nada dentro. Nada de nada: ni líquido, ni sólido, ni siquiera bilis. Estoy completamente vacía. Tengo la piel escaldada, disecada. Me duelen los ojos al moverlos en las cuencas, que están reseca. Y aun así no quiero ir al hospital. Lo único que quiero es que me dejen en paz.

Ahora comprendo que me encontraba en un estado crítico. Mi organismo, invadido por una ameba parásita que había cogido en la montaña budista de Emeishan, llevaba varios días luchando por imponerse. Había comido moderadamente, había tomado sales para hidratarme, había descansado. Había hecho todo lo que hay que hacer cuando se tiene gastroenteritis, pero esto era otra cosa. Durante los últimos días había tenido casi cuarenta de fiebre, había vomitado y defecado cada vez con mayor frecuencia. No me quedaba absolutamente nada en el cuerpo. La ameba iba ganando. Quería que me dejaran en paz, eso es lo que yo creía que deseaba, pero en realidad aquello significaba que me estaba rindiendo: estaba preparada para morir, para abandonar la lucha. Era más fácil que seguir viva.

Una montaña budista: me había imaginado una pendiente pronunciada, cubierta de musgo, con neblina, un camino entre bosques de bambú y de davidia, la cima perdida en el cielo. Me había imaginado peregrinos con hábito, monasterios pintados de rojo y campanas plañideras. Una escena de pincel caligráfico de pintor chino.

La realidad no es muy distinta, si se le superponen hordas de peregrinos y turistas; algunos van en silla de manos. Aunque parezca increíble, también se ven brillantes zapatos de tacón subiendo poco a poco los peldaños labrados en la roca. En algunos tramos del camino hay tanta gente que tenemos que detenernos hasta que el embotellamiento se deshace. Los peldaños son irregulares y ligerísimamente pequeños para el pie. Tengo que ir mirándolos para asegurarme de que los toco con la punta de los pies.

El Emeishan es una de las cuatro montañas sagradas del budismo chino, y la más alta. Según la gastada guía que viaja en mi mochila, se considera un *bodhimanda* o lugar de iluminación. Cuenta con más de setenta y seis monasterios, y entre ellos está el templo budista más antiguo del país.

La cumbre sagrada se encuentra a tres mil metros sobre el nivel del mar y hasta ella se llega por los escalones tallados en la roca. En el autobús en el que hicimos el recorrido a través del calcáreo paisaje montañoso de Kunmíng, un hombre de rizos rubios y *sarong* levemente sujeto me cogió los dedos y me dijo, cerrando los ojos, que subir a la cumbre del Emeishan es la manifestación física de un *koan*, una paradoja o reto que proporciona iluminación. Asentí, dejé pasar un tiempo prudencial y retiré la mano.

Anton está subiendo la montaña conmigo. Hemos dejado Hong Kong y volvemos al Reino Unido. Yo voy a Londres, donde espero encontrar trabajo en un periódico o en una revista. Necesito empezar mi vida: tengo que buscar mi propio camino, encontrar un trabajo que me ponga en la buena senda... o en cualquier senda. Un trabajo que me permita pagar el alquiler y el transporte y que no me aburra hasta el extremo de ponerme a gritar, y disponer así de espacio

mental y energía para volver a casa por la noche y, tal vez, quizá, posiblemente, ponerme a escribir. Pero ¿cómo se consigue eso? ¿Cómo se logra ese equilibrio? No tengo la menor idea.

Vuelvo a Gran Bretaña poco a poco, dando rodeos, alargando el viaje cuanto el dinero me permita.

Viajamos por tierra, cruzaremos China, Mongolia, Siberia y Europa del Este, y terminaremos en Praga dentro de un mes o dos; desde allí cogeremos un autobús que llega a Londres en veinticuatro horas. Y entonces empezará el resto de mi vida. No sé cómo. Mis planes terminan en Praga. En Londres no tengo trabajo ni casa. Llegaré dentro de unas semanas, dormiré en el suelo del piso de algún amigo rodeada de recortes de artículos que escribí en los periódicos de Hong Kong. Espero que todo salga bien, pienso mientras subo los peldaños del Emeishan.

Cuando nos entra hambre paramos en uno de los monasterios del camino. Los monjes nos dan fideos y arroz, verdura al vapor y tofu cortado en cubitos. Si es tarde nos proporcionan cama en un dormitorio común o, si hay suerte, en una habitación para nosotros solos, aislada con paneles de madera. Si la humedad nos asfixia, metemos las manos y la cabeza en los arroyos helados que bajan por la montaña. Cada poco nos encontramos con un grupo de macacos de color marrón grisáceo. Ya nos lo advirtió una holandesa a la que conocimos al pie de la montaña: «Se te echan encima —nos dijo— porque saben que los turistas llevan comida en la mochila, y no hay quien los pare hasta que la consiguen». Se remangó la sudadera y nos enseñó unos arañazos profundos de unas uñas afiladas e insistentes. «¿Lo veis?», dijo, y asentimos con seriedad. Lo veíamos.

Los monos están en los árboles, en lo alto de los muros, se tumban a esperar, observan nuestro progreso con atención, con ojos astutos. Recuerdo un truco que mis hermanas y yo perfeccionamos para defendernos de un perro labrador negro, particularmente temible, que se tumbaba en la acera en nuestro camino de vuelta a casa: le digo a Anton que la única forma de librarnos de los macacos es espantarlos nosotros primero, sin darles tiempo a hacer nada, demostrarles que somos más grandes y temibles que ellos. Me mira con incredulidad. Cuando llegamos a la altura de un grupo que está agazapado junto a un estanque pequeño, mirándonos con expresión calculadora, me lanzo hacia delante enseñando los dientes, pisando fuerte, gritando a pleno pulmón. Los monos huyen en desbandada, como canicas, y se alejan de la orilla del agua, desaparecen entre los árboles, detrás de las peñas o al otro lado de los muros. El claro queda en silencio, no hay nadie, lo único que se oye es el murmullo del río.

—¿Me he pasado un poco? —digo.

En la cumbre, en plena noche, nos despiertan unos ratones que han roído mi mochila de algodón y husmean enérgicamente en un paquete de galletas saladas. Todavía es temprano para salir a ver el amanecer, así que elegimos este momento para iniciar una discusión. Empezamos a picarnos con cierta desgana por una serie de cosas (cuando no quiso quedarse en determinado albergue; cuando me enfadé tanto a la orilla de un lago, la semana anterior; que siempre estoy leyendo en vez de hablar con él), hasta que lo acuso de ser un indeciso y... ya está montado el lío: nos disparamos. Él, sin venir a cuento, me recrimina que esté enamorada de mi amigo, el hombre que me regaló la brújula que llevo guardada en la mochila que han roído los ratones.

Es un momento impactante, de silencio pesado en la habitación de paneles de madera, los dos tumbados y sin haber entrado en calor, con toda la ropa puesta, tapados con un montón de edredones.

—¿Por qué dices eso? —pregunto con voz trémula en mitad de la noche, en el monasterio budista más antiguo de China, un lugar sagrado al que se acude buscando la iluminación.

Anton responde enumerando inflexiblemente:

—Le escribes cartas larguísimas —dice—. Siempre estás buscando un teléfono para llamarle. Es raro, puesto que estás con otro hombre.

—¿Cómo te atreves? —estallo, y me tiro de la cama con gesto de ofendida—. ¿Cómo te atreves a acusarme de eso?

Contemplamos la salida del sol junto con otros millares de personas, que posan para hacerse fotografías en las que parece que sostienen el sol entre las manos. Después cogemos el autobús para bajar de la montaña y, mientras viajamos uno al lado del otro, sin hablar apenas, empiezo a encontrarme rara. El humo de la gasolina del autobús parece que me invade la garganta, el roce del volante, el olor de la jaula de pollos del otro lado del pasillo, el crujido de los asientos de piel, todo conspira para que me duela la cabeza, me maree, tenga náuseas. ¿Habré cogido algo en la montaña sagrada?

Me bajo del *rickshaw*, subo las escaleras del hospital, Anton me ayuda, le paso el brazo por el cuello. Cruzamos la puerta y nos encontramos un panorama digno del Londres de Dickens, de una película sobre la primera guerra mundial, de una pesadilla. El vestíbulo está lleno de gente, literalmente lleno. No hay ni una silla ni medio metro cuadrado de suelo o pared que no esté ocupado por un ser humano. Cien o doscientas personas abarrotan esta sala de espera. Hay gente sentada, filas en los mostradores de recepción; otras personas están tumbadas en el suelo, en colchonetas o en cajas de cartón, durmiendo o gimiendo suavemente para sí. Los niños, en brazos adultos, se quejan. Un hombre está sentado con una pierna hinchada puesta encima de una jaula, comiendo pipas de girasol y tirando las cáscaras al suelo.

Anton está a mi lado, le oigo maldecir en voz baja.

Nos quedamos en el umbral unos minutos, no sabemos qué hacer. ¿Nos quedamos? ¿Volvemos al hotel? ¿Nos sentamos o llamamos enérgicamente a la ventanilla cerrada del mostrador de recepción?

Un hombre con bata blanca se abre paso entre la multitud y se para delante de nosotros. Me pone una mano en la frente con gesto cansado, me levanta los labios como si fuera un caballo y me mira los dientes.

—¿Estómago? —pregunta a Anton en inglés.

Anton asiente.

—¿Usted paga? —pregunta.

—Sí.

—¿Dólares?

Anton rebusca en mi monedero y enseña al médico un taco de mis dólares americanos, que son solo para emergencias y que pedí y recogí en un banco de Hong Kong antes de irnos. Jamás se me habría ocurrido que podría necesitarlos, había estado a punto de no molestarme en ir a

buscarlos, pero una mujer con la que había trabajado me había dicho que no fuera a China sin dólares.

—¿Es suficiente? —pregunta Anton.

El médico asiente, me agarra del brazo y me lleva entre la gente.

Me han puesto un gotero con una aguja de un botiquín que había comprado yo en Kowloon: discuto un poco con las enfermeras por esto. Me dan antibióticos para destruir el parásito, son unas pastillas enormes de color mostaza que tengo que tragar con mucha agua. Las pastillas eliminan la ameba, además de mi flora intestinal. Unos meses después, cuando esté viviendo en Londres, me mandarán al hospital de enfermedades tropicales porque todavía estoy pálida, anémica y sigo perdiendo peso. La doctora me preguntará qué medicación me pusieron y cuando se lo diga palidecerá.

—¿Qué? —le diré yo—. ¿Qué pasa?

—Esas pastillas son solo para... —se calla.

—¿Para qué? —pregunto.

—Bueno... —frunce el ceño mirando a la pantalla—, para los caballos.

Me quedo mirándola. Después me echo a reír.

La doctora se encoge de hombros.

—Parece que funcionaron. Bueno, todavía está usted aquí.

Unos cuantos años después, estaré de viaje por Sudamérica con Will. En una habitación de hotel en La Paz me despertaré con náuseas, fiebre y un dolor rasposo, tenso, sinuoso, que conozco mejor de lo que me gustaría. Comeré un plátano, tardaré treinta y dos minutos en digerirlo: lo comprobaré reloj en mano. Despertaré a Will.

—Creo que tenemos otra ameba —le diré, apretando los dientes.

—¿Eh?

—Una ameba, como la de la disentería amebiana.

Will saldrá muy temprano a las calles de La Paz en busca de una farmacia, llevará un papel en el que está escrito el nombre de un antibiótico para caballos.

Sangre

1997



De vez en cuando, no muy a menudo, pienso en la persona que era a los veintitantos años. La estudio. Intento recordar lo que sentía esa persona en esa época. ¿En qué parámetros se movía su vida cotidiana, su pensamiento? Me queda tan lejos ahora como a ella su infancia. Es el punto medio entre mi nacimiento y yo.

A veces es difícil captar su esencia, imposible recordar cómo podía seguir avanzando ante tanta fluctuación e inestabilidad. Sin embargo, otras veces, la percibo. Tal vez voy paseando por la calle con mis hijos, con uno de la mano, intentando alcanzar a otro y escuchando lo que me cuenta el tercero sobre el referéndum escocés (mis hijos tienen andares divergentes e incompatibles: a uno le gusta ir detrás, distraído; a otro, echar a correr delante de mí, y al tercero, ir tan pegado a mi lado que a veces tropiezo con él). Podemos avanzar así, cada cual a su manera, cuando de pronto algo me llama la atención (el timbre inconfundible de un metro que desacelera, unos rasgueos de guitarra que salen por la ventana del sótano de un café, la sensación de unos dedos helados, encogidos dentro de un bolsillo), y entonces la percibo como si estuviera ahí mismo, en la acera, con nosotros.

Ahí va, con unas medias que no abrigan, una minifalda y unas zapatillas deportivas azules. Se ha cortado el pelo (no le favorece mucho), tiene el flequillo asimétrico y decolorado. Lleva un busca en el cinturón, un libro en el bolso y un bolígrafo sin capuchón que le está manchando el forro. Anda deprisa; seguramente llega tarde. Necesita multivitaminas, una comida decente, un sitio donde vivir. Se ha mudado al menos nueve veces desde que llegó a Londres. Todas sus pertenencias caben en una sola mochila. A menudo se le irrita la garganta y se le inflaman las amígdalas. Se acuesta tarde, duerme poco, se le olvida hacer hasta la compra más elemental. Siempre se queda sin dinero antes de fin de mes.

Hace poco que se ha separado del hombre con el que vivía: se echó la mochila al hombro y se fue por las escaleras. Fueron unas circunstancias tristemente mundanas, telenovelescas de tan vulgares: se agachó a mirar debajo de la cama buscando un zapato y vio unos tirantes de sujetador. Supo lo que era antes de tocarlo: un sujetador de color carne que no era de su talla ni de su estilo, de una tienda que aborrecía especialmente. Un sujetador sorprendentemente práctico, dadas las circunstancias (sin aros ni adornos), que olía higiénicamente a suavizante de la ropa. El típico sujetador que podría llevar debajo de una blusa elegante una chica aficionada al deporte, organizada y sensata. Una chica que lava su ropa con regularidad, compra prendas duraderas y hace sanas excursiones al aire libre. Una chica, en suma, diametralmente opuesta a ella en todos los aspectos.

Se lo echó en cara a él en voz baja, para no llamar la atención de sus compañeros de piso. Al principio, su novio lo negó tajantemente. No había visto ese sujetador en su vida, no tenía nada que ver con él. No sabía de dónde podía haber salido, no tenía la menor idea. Seguramente fuera de ella. ¿No se le habría olvidado que lo había comprado? Sería de alguna invitada. Estaba ahí por error. Seguro que era de su hermana.

Ella estaba metiendo jerséis, vestidos y libros en la mochila y se detuvo un momento para echarse a reír. «Chorradas —le dijo en voz alta, olvidándose un momento de los compañeros de

las otras habitaciones—. Eso —dijo, señalando el sujetador, que había arrojado al escritorio de su novio— no le servirá a tu hermana en toda su vida.»

Él dejó de repudiar el sujetador. Se levantó. Se puso a la defensiva, enfadado. Dijo: «Sí, de acuerdo, ha habido una mujer. Varias, en realidad». Le reprochó que siempre estuviera trabajando, leyendo o escribiendo en su mesa (tecleando, como decía él). Nunca tenía tiempo para él. Cuando no estaba fuera se distraía con cualquier otra cosa. Lo ninguneaba, le destrozaba el amor propio, necesitaba reafirmarse de alguna forma. Terminó el discurso diciendo: «Lo hice por nosotros».

Esta última frase les da mucho juego cómico a su amigo Eric y a ella en los momentos más aburridos de la jornada laboral (que son muy frecuentes). Les hace gracia soltarla en cualquier contexto que se refiera a algo que han hecho para darse gusto, y cuanto más, mejor. Ganan puntos si la cuelan en una conversación con colegas mayores que ellos, cosa fácil de hacer porque casi todos lo son.

—Me comí un sándwich —murmura Eric hablando por teléfono desde el otro lado de la oficina—, y lo hice por nosotros.

—Me compré unos zapatos nuevos a la hora de comer —le dice ella en un mensaje—, por nosotros, claro.

—Anoche fui al gimnasio —dice él en voz alta— y quiero que sepas que lo hice por nosotros.

Hace dos años que se apeó del autocar que cubría en veinticuatro horas el trayecto desde Praga hasta una húmeda estación de autobuses londinense. Ha tardado todo este tiempo en encontrar un trabajo que no pareciera un callejón sin salida. Trabaja de ayudante de redacción en un periódico. Atiende el teléfono, abre el correo, llama a los críticos para recordarles que tienen que entregar sus artículos, localiza al técnico cuando los ordenadores se portan mal, va a buscar las pruebas, revisa subtítulos, hace viajes a la mesa de imágenes para buscar fotografías, limpia armarios, estanterías, bandejas de correo, sillas, mesas, cajones. Hace todo lo que le piden, da la tabarra discretamente, con buenos modales, para que le permitan escribir algo en el periódico. Aconseja a los redactores, a los ayudantes de los redactores y a los editores por teléfono, en la sala de fumadores, en el cuarto contiguo al de la fotocopidora, y les dice que todo va a salir bien. Es un trabajo de muchas horas, sin límites claros, con mucho divismo, vueltas de tuerca y reveses de pánico, pronunciadas curvas de aprendizaje, cotilleo febril, plazos de entrega urgentes, días sin almorzar, pero también días en que un colega mayor se la lleva de la oficina durante muchas horas, la colma de comida cara y después la interroga sobre algo que está sucediendo en su sección. Los días transcurren entre cambios administrativos, que se hacen pisando cabezas, sándwiches secos, paranoia redundante, máquinas de café, pases de seguridad, trayectos en coche, montones de galeradas, vueltas a casa en metro de noche, tarde, muy tarde, al final de una jornada de ruedas de prensa, regalitos curiosos (bolsas brillantes, pisapapeles con la cabeza de un autor dentro, botas de goma que no le quedan bien, cajas de bombones y, en una ocasión, sin venir a cuento, una impresionante y cara pluma alemana... que todavía conservo).

Es decir, su ex tiene razón en parte. Pasa muchas horas en el trabajo. Se distrae. Cuando está en casa, cosa que no sucede a menudo, suele ponerse a escribir (a teclear). Ha empezado una cosa que, según ella, es un relato corto. Nada más que un relato corto. La última vez que hizo el recuento tenía más de veinte mil palabras, y sigue alargándolo. Cuando queda con su amigo Will

para tomar café (por ahora son amigos, buenos amigos, muy buenos amigos; amigos que se llaman a diario, que quedan dos o tres veces a la semana, amigos que tal vez pecan levemente de exceso de interés por los avatares de la vida amorosa del otro) y le pregunta qué ha escrito, le cuenta lo del relato corto, el largo relato corto. Él la mira de esa forma tan penetrante, entornando los ojos, y dice: estás escribiendo una novela.

No, replica ella, y niega también con movimientos de cabeza, claro que no, no sería capaz, desde luego que no, ¿por qué lo dices?

Tarde, por la noche, cuando el que pronto será su exnovio le dice que vaya a la cama con él, por Dios, ella murmura, como ausente, ahora voy. La casa está silenciosa, los compañeros de piso duermen, el relato es absorbente, la satisface más que ninguna otra cosa, las palabras van saliendo de debajo del cursor iluminado, los párrafos surgen los unos de los otros, como las muñecas rusas. Y de repente son las tres de la madrugada, tiene la vista como en el punto ciego debido al agotamiento y al entusiasmo, y se mete en la cama pensando en el relato, incapaz de encontrar el camino del sueño, oyendo los ruidos de la ciudad, que empieza a despertar.

Ha esperado el tiempo prescrito; sabe que el virus tarda unos meses en aparecer en la sangre. (¿Se esconde en alguna parte, se pregunta, como el malo de la función navideña, detrás de una puerta, en la chimenea, entre las hojas de un árbol?) Como todos los que crecieron en la década de los ochenta, conoce las reglas, los riesgos, las causas. Todavía se acuerda de los estremecedores anuncios gubernamentales en la televisión, de las lápidas que caían y los cinceles que hendían la roca.

Por eso va a una clínica a hacerse un análisis de sangre. No es nada apetecible, pero es necesario hacerlo. Quiere asegurarse de que su exnovio no le ha contagiado nada, no le ha depositado nada siniestro en la sangre.

Ha convencido a Eric de que la acompañe y se haga él también un análisis. Desde la parada de metro hasta la clínica, Eric va hablando, gesticulando, tirándole de las puntas de la bufanda.

En la clínica tienen algunos problemas administrativos. La recepcionista no puede admitir a Eric sin cita previa.

—La cuestión —dice él, quitándose las gafas de sol— es que lo necesito más que ella.

La recepcionista está a punto de ponerse a discutir, de insistir en no saltarse el protocolo y de negarle el análisis, pero entonces, por fin, se fija en Eric un poco mejor.

Una breve pausa.

La recepcionista asiente, indica un montón de formularios con un gesto de la cabeza y nos manda a los dos a la sala de espera.

—«Haga una lista de todas las personas con las que se ha acostado en los últimos cinco años.» —Eric lee el formulario en voz alta, un poco más alta de lo debido—. ¿Se podrá pedir otro pliego, como en los exámenes?

«Chsss», le dice ella, y él responde ofendido: «¿Qué?», y ella procura no reírse porque parece un sacrilegio reírse aquí, en una clínica de salud sexual en la que las demás personas agachan la cabeza y procuran no mirar a nadie mientras rellenan el laberíntico formulario.

Eric suspira, se revuelve, dice que tienen que pensar en alguna recompensa para después.

—¿Y si no te acuerdas de los nombres? —pregunta, dando golpecitos con el bolígrafo en la tablilla sujetapapeles—. ¿Pongo solo hombre uno, hombre dos? O, si soy crudamente sincero, ¿hombre noventa y nueve, hombre cien?

En ese momento la llaman y ella se levanta con su tablilla y va hacia una mujer de bata verde. Eric la sigue protestando entre dientes: no va a permitirle olvidar que ella lo ha obligado a hacer esto, que lo ha puesto en un apuro aunque sabe lo mucho que aborrece las agujas. Ella sigue andando por la moqueta con sus zapatillas azules, pensando en la gravedad del posible resultado. ¿Podría ser que su ex le hubiera contagiado algo destructivo, algo sibilino y corrosivo? ¿Que él haya cogido algo de la dueña del sujetador color carne... o de cualquier otra, y se lo haya pasado a ella? No se ha permitido pensar mucho en esas mujeres, quiénes serán, si las conoce o no, si se habrán fijado en su ropa, colgada en la silla, en sus libros, apilados al lado de la cama, en su maquillaje y su cepillo de dientes en el cuarto de baño, en las fotos de sus hermanas y sobrinas que hay en las paredes, en su abrigo colgado a la entrada, si se habrán preguntado quién es ella. Procura no imaginárselas, cómo son, cómo las acariciaba él, de lo que hablarían, por qué no le dijo nada la primera vez que lo hizo, cómo podía estar con ella después de estar con otras sin delatarse. La infidelidad es tan vieja como la humanidad: no se puede pensar ni decir nada sobre ella que no se haya dicho o pensado ya. Recuerda los días pasados, las conversaciones, los paseos que daban, y se pregunta cómo demonios no se dio cuenta, cómo pudo no saberlo. El dolor que le produce es interior, humillante, infinitamente agotador.

Ella lo sabe; Eric también. Por eso siempre se lo toman a risa, con una irreverencia y una malicia que seguramente molesta a quienes los oyen. A veces, la única forma de avanzar, de superar algo, es tomárselo a la ligera.

Sin embargo, tal vez esta actitud le haya impedido plantearse la posibilidad de que estos análisis den positivo. Se da cuenta de este detalle mientras va hacia la enfermera. Pidió hora casi alardeando, para poder decirle a Eric que había marcado el número, para que la oyera concretar la hora, para poder decirle a la salida del trabajo: ¿por qué no vienes tú también? Me acompañas. Podemos hacernos el análisis juntos.

Mientras se dirige a la sala de consulta, con Eric detrás y la enfermera delante, sabe que está en un aprieto. Se pregunta qué hará si sale algo en el análisis, si al final resulta que esta visita, que es casi un alarde, era necesaria. Intenta imaginarse el momento de ir a ver a su ex. Piensa en coger el metro y recorrer el conocidísimo camino junto al campo de críquet, pasar por la terminal de autobuses, subir las escaleras hasta la puerta cuyo umbral juró no volver a traspasar nunca más, y decir ¿qué exactamente? ¿Tengo que hablar contigo? ¿Tengo que decirte una cosa? ¿Qué se hace en semejante situación? ¿Cómo aborras una cuestión de este calibre?

En cambio, mientras se sube la manga, aprieta el puño y vuelve la cabeza (porque no le gusta ver cómo entra la aguja, cómo cede la carne ante la punta), no piensa en su ex ni en las otras mujeres ni en el piso que compartían. No piensa en las plantas que tuvo que dejar allí, y que seguro que él nunca riega, ni en las paredes que pintó, las cortinas que instaló subida precariamente en una escalera plegable. Piensa en Eric, en su piel de color ocre, en la postilla del tamaño de un copo de maíz que tiene en la cara y que no se le acaba de curar, en las lúnulas opalinas de los dedos cuando escribe a máquina enfrente de ella en la oficina. La acomete una necesidad imperiosa de decirle a la enfermera: que salga bien. Por favor. Por él. Que salga bien.

Causa desconocida

2003



Esto no tiene remedio. El niño va en serio, el llanto es cada vez más intenso y agudo. Se retuerce dentro de la sillita del coche, con la cara contraída, rojo de hambre, de necesidad.

—¿Puedes parar? —murmuro.

Estamos en un tramo largo y despoblado de una carretera francesa. A un lado hay un maizal, inmóvil en el aire caliente y quieto; al otro, el mar y unas dunas coronadas de denso matorral.

Will vira hacia el arcén, frena. Paso a los asientos de atrás para sacar al niño de la silla y Will dice:

—Me acerco al mar un momento a estirar las piernas.

Estoy manipulando los cierres de una sillita que no conozco, sacando brazos y piernecitas enfurecidos de entre las correas negras, sujetando el cráneo vulnerable de mi hijo y procurando que el niño no se me caiga mientras me deslizo otra vez al asiento delantero, así que le contesto «vale», pero en realidad no pienso en lo que acaba de decirme.

El niño está enfadado, rabioso, mueve los puños y las piernas con furia. Forcejeo (o, mejor dicho, hago malabarismos) con los botones de la blusa, los cierres del sujetador de lactancia, una gasa, una almohadilla. Hace calor y el niño y yo estamos sudorosos, resbaladizos. Se requiere pericia para esto: encajar dos partes del cuerpo, acoplar la mandíbula al pecho. Todavía no le he pillado el truco. He visto cómo lo hacen otras madres en los cafés, en los autobuses, en los probadores de las tiendas. Un leve movimiento hacia arriba, sin hacerse un lío, con calma, y parece que el niño no se mueve ni se retuerce, que está satisfecho de encontrarse ahí, alimentándose tranquilamente, y yo las miro con disimulo, con envidia, y me pregunto cómo lo hacen, cómo se sacan así el pecho y si algún día lo haré igual de bien. Parece que nunca lo hago como es debido, siempre parezco torpe, aturdida, y el niño se me resbala como una anguila entre estas manos inexpertas.

Lo intentamos, y el niño está tan desesperado que se abalanza bruscamente sobre el pezón. Se me cierran los puños de dolor. Nadie puede oírme gritar aquí. Me llevo la mano a la frente, aprieto, tarareo esperando a que termine esta agonía.

Hemos venido a Francia a pasar dos semanas. No sé qué me impulsó a organizar unas vacaciones, si mi hijo solo tiene nueve semanas de vida, pero el plan viene de antes, de cuando todavía estaba embarazada, cuando me imaginaba vagando por ahí al calor del verano con el niño en la cadera, viendo a amigos, visitando galerías, leyendo, trabajando quizá, siguiendo con mi vida como si tal cosa.

Lo cierto es que mi vida no se parece en nada a todo esto. Lo cierto es que no me ha salido tan bien. Me cuesta mantenerme a flote. No tuve el parto natural con el que todas soñamos, en una habitación tranquila y oscura, en casa, dando a luz sin más, sin otra ayuda que unas pulverizaciones de aceites esenciales y de *doulas* que susurran. Me hicieron una serie de intervenciones en el quirófano de un hospital con mucha luz y poco personal, fue un parto largo y horrible que duró días y noches, después me practicaron una cesárea de urgencia que salió mal: el niño se atascó, su frecuencia cardiaca disminuyó, perdí sangre. Me cosieron y me mandaron a

casa. Lo cierto es que, hace ahora dos meses, este niño estuvo a punto de morir. La cicatriz que me cruza el abdomen parece, según mi hermana, una mordedura de tiburón.

Lo cierto es que no puedo dormir, ni siquiera cuando el niño no está mamando. Cuando por fin lo consigo (en el sofá, sentada en una silla), me asaltan unos sueños cortos y frenéticos en los que alguien comete actos violentos contra mí, contra mi hijo; sueños en los que me lo arrancan de los brazos, o voy a echar un vistazo al moisés y lo encuentro vacío. Intento subir al piso de arriba y descubro que no puedo, que la cabeza se me va y me da vueltas en el sexto o séptimo escalón. No puedo acercarme al parque. No puedo arrastrarme por la calle hasta la tienda. Mi hijo y yo nos contemplamos en las dos habitaciones del piso de abajo de nuestra casa mientras una ola de calor rodea las cuatro paredes exteriores. Vienen amigos a verme, pero es como si no los oyera, como si estuviéramos separados por un cristal o por una masa de agua; me parece que están muy lejos, en el otro extremo de la habitación. ¿Qué tal el parto?, me preguntan con interés, con una mirada amable, y no sé qué decirles.

Darle de mamar ocupa todo el día, toda la noche; el niño parece hambriento, pero cuando está a la mitad arquea la espalda, dobla las rodillas y las sube, contrae la cara de dolor, de desesperación, y después aúlla, llora, berrea hora tras hora, hasta la siguiente toma.

Algo va mal. Lo sé. Quizá sea yo. Quizá mi leche no es buena, o es demasiada, o insuficiente. Quizá es que no lo hago bien. Quizá no sirvo para esto. Pero estoy tan harta de médicos, de formularios, de hospitales, tan harta de sus mil formas de exprimirme, de masticarte y tardar mil años en escupirte de una vez que, cuando veo a la enfermera de atención domiciliaria, sonrío y le digo que todo va bien. Sí, bien, bien. No, no lloro más de lo normal. Sí, se porta muy bien, duerme de maravilla, sí, me encuentro perfectamente.

Dentro de unos cuantos meses estaré en la consulta de un médico en la ciudad en la que me crie, esperando a mi madre, que tiene visita, e intentaré dar de mamar a mi hijo. Él hará lo de costumbre: pararse, seguir, arquear el cuerpo, llorar, retorcerse, patlear; yo le daré palmaditas en la espalda, caminaré con él en brazos, lo pondré derecho, y todo esto dando paseítos, porque solo mama si está en movimiento. Sujetaré su cuerpo de seis meses, bastante crecido ya, mientras paseo, dando media vuelta cada vez que llego a una pared, como un nadador de fondo. Una mujer pasará a nuestro lado y nos mirará de soslayo con interés. Yo haré caso omiso mientras intento tranquilizar a mi hijo llevándolo de una pared a otra, procurando que vuelva a agarrarse al pecho. Ella pasará a nuestro lado otra vez y me sonreirá.

—Hola —dirá—. Soy consejera de lactancia. ¿Su hijo siempre mama así?

Responderé echándome a llorar.

Unos segundos después estoy en su despacho, ella tiene a mi hijo en brazos. Intento explicarle que no soy paciente de la consulta, que vivo en Londres, que solo he venido a acompañar a mi madre, pero la mujer se encoge de hombros, sonrío y dice que da igual. Me pregunta por mi hijo y le digo que empieza bien, pero después arquea la espalda. Parece que experimenta un dolor repentino en mitad de la toma. Le cuento que siempre tengo que darle el pecho en casa porque no puedo hacerlo en público, y que tengo que descolgar el teléfono e inhabilitar el timbre porque cualquier ruido puede molestarlo y entonces se pasa horas berreando. Le cuento todas estas cosas, para mí normales, pero al decirlas en voz alta me doy cuenta de que no lo son en absoluto.

—Entonces, ¿se queda en casa con él?

—Sí.

—¿Solo para las tomas o también entre tomas?

Lo pienso un momento

—Bueno, entre tomas suele...

—¿Llorar?

Asiento.

—Bien, le da el pecho, o lo intenta, después él llora y ¿después?

—Lo intento otra vez.

Sostiene a mi hijo en el regazo dando botecitos con las piernas y él sonríe y quiere cogerle los collares.

—¿Regurgita la leche?

Le digo que no.

—Creo —le dice al niño, y él la escucha extasiado— que tienes reflujo gastroesofágico. Algunos lo llaman reflujo silencioso, pero no sé por qué, porque es todo lo contrario. Lo malo es que tú no lo puedes remediar, pero lo bueno es que se pasa hacia los seis meses, y diría —lo levanta en el aire— que ya casi los tienes. —La mujer mueve la cabeza a un lado y al otro—. Así que vas a ponerte bien. Mejor que bien. Ahora, la cuestión —sigue dirigiéndose a él— es qué vamos a hacer con mamá. Porque mamá te ha cuidado maravillosamente, pero necesita un poco de ayuda, ¿a que sí?

Sin embargo, todo esto no ha sucedido todavía. En este momento mi hijo tiene nueve semanas y me estoy adaptando, avanzo a trompicones en este trabajo nuevo, en esta vida nueva. Ahora mismo estoy en Francia por motivos que ya no entiendo ni yo, intentando darle de mamar en un coche, en el arcén de la carretera, con mucho calor. Ahora mismo Will ha desaparecido detrás de las dunas, ha ido a ver el mar; se oyen unos crujidos y dos hombres salen del maizal del otro lado de la carretera.

Los veo desde muy lejos. Mi hijo por fin está mamando y yo procuro no moverme para no molestarlo, para no poner en marcha uno de sus episodios de dolor y llanto.

Los hombres cargan con un petate cada uno. Van harapientos, con ropa descolorida, y están muy morenos. Uno tiene el pelo como oxigenado y el otro lleva una cola de caballo hecha de cualquier forma. Echan un vistazo al coche, se dicen algo, toman una decisión. Cruzan la carretera sin mirar porque en esta carretera se puede hacer eso: no hay nadie, hay silencio, soledad.

Los observo mientras se acercan por el asfalto polvoriento. Ahora están justo enfrente de mí, oscureciendo el punto de fuga. Giro la cabeza hacia la playa. ¿Dónde está Will? ¿Es que no ve a estos hombres? ¿Me oirá si lo llamo?

No lo veo. Los hombres están cada vez más cerca. Aceleran el paso con la mirada fija en mí, en el coche. Uno lleva chancletas; el otro va descalzo por la carretera recalentada.

Echo una ojeada al contacto. ¿Podría arrancar el coche y alejarme sin más? ¿Dejar al niño en el asiento, apretar el acelerador y volver después a buscar a Will? Las llaves no están puestas. Se las ha llevado Will. Quiero bajar el seguro de la puerta, pero no lo veo. Recorro con la mirada el salpicadero de este coche de alquiler que no conozco. Tiene que haber un botón que cierre todas las puertas, pero no lo veo. Veo los controles del aire acondicionado, botones para controlar la temperatura interior del habitáculo, otros para subir y bajar las ventanillas. Hay

muchos botones para el sistema de sonido, para los CD, para los casetes, para subir o bajar el volumen.

Manoteo por todas partes, mi hijo se ha soltado del pecho y empieza a quejarse, emite una nota aguda de consternación, está horrorizado por la interrupción, y los hombres han visto que estoy asustada, han visto mis dificultades; ahora corren pero no tengo la menor idea de qué es lo que quieren (dinero, el coche, al niño, a la mujer) ni quiero saberlo, no necesito la respuesta a esa pregunta porque a lo mejor no la saben ni ellos. Tal vez solo están preparados para reaccionar y aprovecharse de todo lo que encuentren aquí. Sigo manoteando entre los controles del coche, mi hijo sigue gritando, los hombres siguen acercándose, echándose encima.

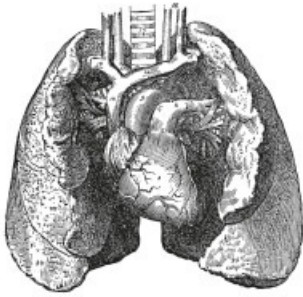
En el momento en que llegan al extremo del vehículo (están tan cerca que podrían tocar la curva del capó con la mano) doy con un botón que tiene el símbolo de un candado, cerca del tirador de la puerta del conductor. Se oye un ruido profundo y metálico en las cinco puertas. Cerrado.

Los hombres llegan. Intentan abrir las puertas, las de los lados y la de atrás, aplastan las manos contra las ventanillas, me miran, ahí sentada, con un pecho al aire y un niño inquieto en los brazos. El coche oscila de un lado a otro, pero sigo sentada, contenida, a salvo, rodeada de un foso de metal y cristal. Los miro a los ojos (los tienen desencajados y azules como el frío mar), les veo las líneas de las manos, apretadas contra el cristal. Jadeo, ellos también.

Uno da un golpe rabioso, furioso, en el techo, que provoca una nota grave, como la de un fagot. Después se van, se alejan, se reúnen en el otro extremo del coche, se pierden en la carretera, se funden otra vez con el maizal.

Pulmones

2010



En cuanto el agua se vuelve demasiado profunda para mi hijo, me lo cargo a la espalda y avanzamos andando y nadando a la vez, él sujetándose a mis hombros con sus manitas.

Nos dirigimos a una plataforma que está un poco alejada de la orilla; unos huéspedes del hotel nos han dicho que era «fácil llegar andando». Mi hijo y yo hemos estado toda la mañana en esta playa africana, a la sombra de una palmera, y ahora la pequeña duerme en una toalla y mi marido la vigila, así que mi hijo y yo hemos emprendido esta aventura acuática.

He venido aquí para escribir un artículo sobre turismo sostenible en el este de África. Nos hemos adentrado en Tanzania por el aire y hemos visto la cumbre blanca del Kilimanjaro asomando entre una gruesa capa de nubes. Hemos cogido un avión pequeño que vibraba mucho y hemos aterrizado en una franja estrecha de tierra entre plataneras en Zanzíbar. Hemos paseado por bosques de especias, protegiéndonos los pies y las piernas con fundas contra las sanguijuelas, hemos dormido en cabañas de juncos, hemos subido las escaleras de caracol del faro de una isla deshabitada, hemos buscado entre la maleza una especie de ciervo rara y esquiva.

Este viaje de trabajo termina con dos días incongruentes en un resort, el sitio más lujoso y suntuoso que he visto en mi vida. Aquí no se piensa mucho en la sostenibilidad. Unos hombres con chaqueta blanca se levantan al amanecer para quitar las algas de la arena con un rastrillo. Barren las hojas secas de los árboles con un artilugio que parece una aspiradora. Si te sientas un rato, enseguida se presenta alguien con una bandeja de refrescos. Si por casualidad posas la mirada en el agua azul celeste de la piscina, te ofrecen una toalla. Las cosas pasan alrededor sin que las veas, como si fueran *poltergeists* benéficos que están orgullosos de su hogar: aparecen flores frescas junto a la cama, las toallas adquieren forma de cisne, la ropa que estaba por ahí tirada de pronto está colgada, doblada y recogida. Mi hijo no se lo puede creer; yo tampoco. Me paso el rato dando las gracias por tareas que no me imaginaba que nadie hiciera para sí, y menos aún para mí.

Es un alivio estar en el mar. No hay peligro de que nadie se acerque rápidamente con un cubo de hielo, un cuenco para lavarme las manos, una bandeja de bombones caseros, detalle de la casa. Nadie está limpiando el mar. El mar es de color turquesa claro; la arena, blanca; unos pececillos diminutos se lanzan como flechas y se pegan a mis piernas, primero por un lado, después por el otro. La plataforma se balancea enfrente de nosotros, tentadora, casi flotando en el aire.

La primera vez que volé en avión fue en el último año de instituto, cuando fui de viaje a Italia con la clase de latín. Llegar a Roma a los diecisiete años fue como recibir una transfusión de sangre. En el autobús del aeropuerto al centro me asombraban, me asaltaban los colores de la ciudad: el ocre claro de las piedras de los edificios, el implacable azul del cielo, las motocicletas verdes, el dorado oscuro de las monedas, el pelo negro de los hombres que nos hacían gestos y se chupaban los labios cuando nos asomábamos a las ventanillas. Me hipnotizaban los platos de espagueti con albahaca, los cestos de pan sin sal, las almohadas, extrañas y llenas de bultos, las

contraventanas, el ruido del claxon de los coches, el taconeo en los pasos de peatones y las vocales aterciopeladas de la lengua italiana, con sus arpeggios agudos y graves. La escalinata de la plaza de España, la fuente con forma de barca, la casa rosada en la que murió el poeta, la forma del Coliseo, como el molde de la boca de un ortodoncista. Nunca había visto una cosa igual. Me enamoré de todo hasta el dolor. Estaba muda de asombro, siempre al borde de las lágrimas, desolada por tener que volver a casa al final de la semana, mientras la ciudad, sus plazas, las vidas de la gente seguían adelante sin mí. Quería verlo todo, ir a todas partes, que el viaje no acabara nunca.

Nos enseñaron Roma y después nos llevaron a Pompeya, y puse la mano en el surco de una fuente de agua potable de dos mil años de antigüedad, lisa y gastada por el roce de gente muerta hacía mucho que se había inclinado sobre el chorro de agua para apagar su sed. Nos soltaron en los caminos sinuosos de Capri; subimos a la humeante cumbre del ardiente Vesubio, casi todos mal calzados para la ocasión, los bordes de goma de mis zapatos se llenaron de granitos de ceniza volcánica. Días después, en casa, todavía me los encontraba esparcidos por la moqueta de mi habitación. Los recogía con cuidado, obsesivamente, y los guardaba en un bote de cristal: mi trocito de Italia.

Aquel viaje escolar no solo alimentó el desasosiego que había sentido toda la vida, también le dio un punto de referencia. Por fin había encontrado la forma de satisfacerlo, de apaciguarlo; por fin lo entendía. Hacía años que me tenía desconcertada y confusa la insatisfacción, la restricción del día a día, el tedio y la tirantez de la rutina, el picor irritante de la monotonía.

Recuerdo que, cuando me leyeron *Alicia en el país de las maravillas* y Alicia, suspirando, dice: «¡Ah, cuánto me gustaría escaparme de los días normales! ¡Quiero dar rienda suelta a la imaginación!», levanté la cabeza de la almohada pensando, sí, sí, eso es, exactamente. El viaje escolar me demostró que era posible calmar este anhelo, saciarlo. Lo único que tenía que hacer era viajar.

Después de recorrer todo el Mediterráneo en 1869, Mark Twain dijo que viajar era «fatal para los prejuicios, la intolerancia y la estrechez mental». Hace muchos años que los neurocientíficos intentan localizar qué es lo que nos altera de los viajes, la forma en que afecta a los cambios mentales.

Si operan solo por hábito, las vías nerviosas se llegan a anquilosar, se hacen automáticas. Son muy sensibles a los cambios, a las novedades. Conocer cosas nuevas, sonidos, lenguas, sabores, olores, estimula la formación de nuevas sinapsis en el cerebro, rutas distintas, circuitos nerviosos diferentes, que aumentan la plasticidad neuronal. El cerebro ha evolucionado para captar las diferencias del entorno: así es como percibimos la proximidad de un depredador, un peligro potencial. Por lo tanto, a mayor sensibilidad a los cambios, mayores posibilidades de sobrevivir.

El profesor Adam Galinsky, psicólogo social estadounidense que ha estudiado la relación entre la creatividad y los viajes, dice: «Las experiencias en el extranjero aumentan tanto la flexibilidad cognitiva como la profundidad y la capacidad de integración del pensamiento, la habilidad para establecer conexiones profundas entre formas dispares».*

Lo supe instintivamente a los diecisiete años. Esa corriente incontestable de novedades, el estímulo de un territorio ignoto, la sobrecarga de lo desconocido, todas las sinapsis disparando, conectando, enviando señales, abriendo vías nuevas. Nunca olvidaré aquel trayecto entre el

aeropuerto y el centro de Roma, la primera impresión de la ciudad. Y nunca perderé la emoción que suscita el viaje. Sigo deseando el impacto físico y mental de estar en un sitio nuevo, de bajar las escalerillas del avión y encontrarme con otro clima, caras diferentes, lenguas distintas.

Es lo único, aparte de escribir, que satisface y alivia mi omnipresente y movedizo desasosiego. Si he estado mucho tiempo atascada con la rutina de las idas y venidas al colegio, las bolsas del almuerzo, las clases de natación, la colada y la limpieza, por la noche deambulo por la casa. A lo mejor me pongo a cocinar un plato complicado de madrugada. O a ordenar otra vez la cristalería escandinava. Repaso los estantes de libros suspirando, buscando algo que todavía no haya leído. Empiezo a repasar mi armario e impulsivamente decido llevar montones de ropa a la tienda de caridad. Necesito cambios desesperadamente, busco novedades sin descanso, siempre, en cualquier lugar en el que las pueda encontrar. Es posible que mi marido vuelva a casa una noche y se encuentre todos los muebles del salón cambiados de sitio. En momentos así, no es fácil vivir conmigo. Will enarca las cejas mientras yo empujo el sofá hacia la pared de enfrente con una mano solo para ver cómo queda.

—¿Qué tal si nos vamos de vacaciones? —dice, mientras se desata los cordones de los zapatos.

Desde aquel viaje escolar he viajado todo lo que he podido, siempre que me lo han permitido el tiempo y el dinero. Tenía la intención de que esto no cambiara cuando tuviera hijos. Quería enseñarles a ser viajeros, a sentir curiosidad por el mundo, a conocer otras culturas, otros lugares, otras vistas. Estaba segura de que me los ataría a la cintura y: ¡en marcha!

Mi hijo era muy pequeño la primera vez que viajó en avión. Tenía un año y medio cuando nos fuimos a vivir a Italia, y todo el mundo daba por hecho que era una niña, porque llevaba un abrigo rojo y tenía rizos rubios. Este viaje es el primero que hace fuera de Europa: tiene siete años.

Seguimos avanzando hacia la plataforma, pero no parece que nos hayamos acercado mucho; vamos hablando de la línea donde rompen las olas, que vemos a lo lejos. Le cuento que la isla está rodeada por un arrecife de coral y que hasta que no se llega a él no cubre mucho, y de pronto pierdo pie, no toco el fondo.

Muevo las piernas en el agua para mantenernos a flote. Mi hijo sigue hablándome al oído, agarrado a mis hombros, no se da cuenta de que ya no hago pie.

Miro hacia nuestro destino: la plataforma. Calculo que puedo conseguirlo. Al fin y al cabo, el hombre del hotel nos dijo que se llegaba andando, ¿no? A lo mejor es solo un trecho un poco más hondo, un agujero, y enseguida voy a hacer pie otra vez.

Y continúo, ahora nadando, con mi hijo a la espalda. En Londres ha ido a algunas clases. Alineado junto a otros niños en el borde de una piscina, todos con sus gorros de baño, lo puedo localizar enseguida por la forma del cuello, la línea de la frente, la estoica expresión de agobio de su cara cuando sale del agua clorada. Ya hace medio ancho, sabe hacer el muerto y puede recoger tiburones de plástico del fondo. Lo que no sabe todavía es nadar aquí, en aguas abiertas como estas.

Nado sin parar dando brazadas, con las piernas en movimiento. Miro la plataforma, que se balancea enfrente de mí con su escalerita plateada que lleva a la salvación. Cada poco bajo una

pierna, a ver si ya hago pie. Pero no.

Sigo nadando. Los músculos de los brazos y las piernas me arden de cansancio. Mi hijo sigue ahí, está bien agarrado a mis hombros, sin saber, charlando, exclamando. Tengo que recordarle constantemente que no deje de mover las piernas como le ha enseñado el monitor, que así me ayuda.

Lo que no me puedo quitar de la cabeza es que no sabe nadar. No sabe nadar. No sabe nadar y yo lo he traído aquí solo porque me lo recomendaron. No sabe nadar y lo he traído a una parte honda del mar fiándome del consejo de un imbécil.

En realidad, la imbécil soy yo. Me crie en la costa, mi padre es un nadador experimentado y curtido, y, cuando chapoteábamos o nadábamos a crol en zonas poco profundas del mar de Irlanda, siempre nos advertía lo mismo: «¡No vayáis más allá de donde hacéis pie!». Esas palabras siempre me resonaban en los oídos: «¡No vayáis más allá de donde hacéis pie!», pero como de niña era como era, me encantaba ir un poquito más allá y notar que dejaba de pisar las piedras y la arena del fondo, hasta que lo oía llamándome otra vez.

Tenía que haberlo pensado mejor. ¿Acaso no sé que la profundidad puede cambiar de pronto, que el mar es impredecible, que hay bancos de arena que súbitamente se hunden en un abismo? ¿Acaso me he dejado adormecer e infantilizar por el servicio omnipresente de este hotel de lujo, que una y otra vez se anticipa a mis necesidades, hasta el punto de renunciar al libre albedrío, al sentido crítico? ¿Qué clase de madre soy para colocar a mi hijo, y a mí misma, en semejante situación? Me regaño, me lo reprocho sin dejar de nadar, sin fuerzas ya, sin saber muy bien qué brazadas doy, intentando solamente seguir a flote. Me hundo, el peso de mi hijo me presiona, pero vuelvo a la superficie y lo oigo de nuevo, sigue hablando.

Me parece muy importante que no se dé cuenta, no darle a entender que estamos en peligro, que a lo mejor no conseguimos llegar. No me hace falta mirar atrás para saber que mi marido está demasiado lejos para ayudarnos y, además, ¿cómo iba a dejar sola a la niña? Si se tirase al agua para venir a rescatarnos, la niña podría despertarse, empezar a llorar o... (Dios no lo quiera) ponerse a gatear detrás de él.

En resumen, estamos en una situación imposible y yo soy una idiota de la peor especie. ¡Lo que daría por estar otra vez en la playa, en casa, en Londres, con mis dos hijos sanos y salvos! ¡Lo que daría por no haber visto nunca este sitio, esta playa, esta plataforma lejana, por no haber conocido a ese huésped que nos dijo que se podía llegar andando, por no haber perdido el tiempo charlando con él en el bufet del desayuno!

Me hundo otra vez, tengo los brazos tan débiles que no me puedo impulsar en el agua. No me queda fuerza muscular ni vigor; tengo los cuádriceps hechos polvo, los reflejos inhibidos, calambres en los bíceps y en los tríceps. ¿En qué estaba pensando? Nos hundimos, así es, me escuecen los ojos por la sal, el mar espumoso y sofocante me cubre la cabeza. ¿Mi hijo está por encima de la línea de flotación o aquí abajo, conmigo? No lo sé. Pero, entre las profundidades verdosas del agua salada, entreveradas de sol, veo la base de la escalerilla. Dos travesaños plateados que aparecen y desaparecen. Aparecen y desaparecen.

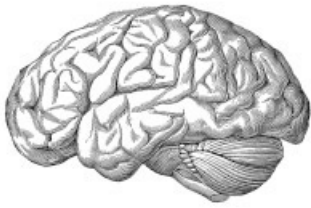
Doy una patada, dos, estiro el brazo. No llego. Otra patada, estiro y esta vez sí llego. Agarro el último travesaño, me impulso. Nos saco del agua.

La luz, el ruido de las olas y el que hace mi hijo que, increíblemente, sigue hablando, salen en tromba a recibirme. El niño trepa por encima de mí, sube por la escalerilla hasta la plataforma

y se pone a correr de un lado a otro sin dejar de exclamar. Me abrazo a la escalerilla y respiro, respiro, respiro.

Cerebelo

1980



Un día, justo antes de las vacaciones de verano, me desperté temprano y el mundo parecía distinto. Los colores de la alfombra, de las cortinas, de la pantalla de la lámpara eran más vibrantes: palpitaban como un corazón, como una anémona marina. De pronto parecía que la habitación cambiara de perspectiva: el suelo se inclinaba, las ventanas se abombaban hacia fuera. El techo era como una lámina líquida flotando por encima de mí, como una luna menguante, lejana y borrosa, y yo estaba mucho más abajo, en una profundidad misteriosa. No había nada estático, todo reverberaba y cambiaba. Tenía la sensación de que mi hermana, que estaba en la litera de abajo, se encontraba a kilómetros de mí.

Me quedé tumbada, con los brazos a los lados, absorbiéndolo todo. La luz, el color, el movimiento. ¡Oh, mundo feliz!

Después de mirar un rato cómo mi habitación se disolvía y volvía a cobrar forma, quise levantarme, pero al tratar de incorporarme me estalló una sensación en la cabeza. Era un dolor muy fuerte, muy puro, como si sonara un acorde agudo en alguna parte, por dentro de los ojos. Era un dolor que me estiraba la cabeza como si fuera a estallar, como si el cráneo fuera un globo con demasiada agua dentro. Era un dolor con colores: blanco, amarillo, manchas y rasgones rojos... y con personalidad. Era como estar con una persona necesitada, irascible, que insistía en abrazarme con mucha fuerza, parloteando junto a mi oído, que no me dejaba en paz ni un momento, que se apoderaba de mi vida, que hablaba por mí y no me soltaba.

Nunca antes había padecido un dolor igual ni lo padecería después. No tenía bordes, era perfecto en el sentido en que lo es la cáscara del huevo. Y era invasivo, me colonizaba: sabía que pretendía apoderarse de mí, usurparme, como un espíritu maligno, como un demonio.

Al día siguiente, más o menos, el dolor se intensificó, cobró más fuerza y concentración, y me parecía que las manos actuaban por su cuenta. Temblaban y oscilaban como los brazos de la marioneta con cabeza de estopa y falda acampanada que colgaba del techo del dormitorio. Estiraba el brazo por encima del lavabo para coger el cepillo de dientes, pero la mano, en vez de tocarlo, tocaba la pared, el aire, la pared de nuevo. Quería coger un lápiz, pero los dedos se negaban a sujetarlo. Por lo visto, los mensajes del cerebro, la parte de mí que entonces consideraba mi alma, no llegaban a la mano a la que iban dirigidos. La transmisión se perdía por el camino.

—Mira —le dije a mi madre—, mira esto.

Cuando llegó el médico de cabecera (vino a visitarme a casa de urgencia, algo raro y extraordinario), las piernas me temblaban de una forma incontrolable, y también el cuello, la cabeza y los brazos.

Lo que recuerdo con prístina claridad es cuando me llamaron para que bajara. Descendí las escaleras peldaño a peldaño. El médico, que me conocía desde pequeña, me miraba atentamente, inmóvil, con el maletín en una mano, al lado de mi madre. No decían nada mientras me acercaba con las piernas como flanes y la mano buscando la balaustrada. Les veía la cara como flotando en mi campo de visión, y detrás de ellos, la moqueta, que parecía un torbellino de color naranja y marrón, la luz que entraba por el cristal esmerilado de la puerta de la calle, la gabardina beis

pardusca del médico, la fina cadena de oro del reloj de bolsillo que cruzaba el chaleco hasta el otro lado.

Cuando llegué al último peldaño, el médico se dirigió a mi madre y le dijo:

—Hay que llevarla al hospital.

Poco después estaba en la camilla de un pediatra. Me dijo que le apretara el dedo tan fuerte como pudiera, que siguiera la trayectoria de una linterna pequeña, que me tocara la nariz con el pulgar, que me llevara la mano izquierda al hombro derecho. Me tocó un pie y después el otro y me preguntó: «¿Izquierdo o derecho?». Me sonrió, aunque lo hice todo mal, y después les dijo a mis padres que me llevaran al área de neurología del hospital nacional de Cardiff.

¿Era consciente del peligro que corría mientras iba en el asiento de atrás camino del gran hospital, envuelta en una manta de ganchillo, viendo pasar la ciudad por las ventanillas del coche? Ahora que tengo hijos considero este episodio con otra perspectiva. Soy consciente del pánico que debieron sentir mis padres durante aquel trayecto (puedo hasta saborearlo) y mientras atravesábamos las puertas automáticas de aquel hospital, esperaban en la consulta del neurólogo o veían cómo me ingresaban y me llevaban a otra parte en silla de ruedas.

No recuerdo qué hacían, si exteriorizaban sus sentimientos o no. Yo estaba encerrada en un cofre de dolor, de fiebre. Recuerdo la consulta del neurólogo, mucho mayor que la del médico amable, los juguetes guardados en cestas, una bata en concreto, de color morado, con tacto de pelusa, los relojes plateados que colgaban boca abajo del pecho de las enfermeras, los golpecitos que me daban en el brazo para encontrar las venas, el pinchazo y la succión al sacarme sangre para un análisis, el susto de color carmín al ver lo que aparecía en el émbolo. ¿Me di cuenta del peligro que corría cuando vinieron a verme familiares de muy lejos, que se quedaban al lado de la cama y me miraban? ¿O cuando llamaron a dos médicos londinenses, de Great Ormond Street, para que me visitaran? ¿O cuando me hicieron la punción lumbar, tumbada de lado, atada, y me extrajeron líquido de la columna vertebral, y el papel de la camilla se arrugaba alrededor de mi cara a medida que yo forcejeaba? ¿O en el momento en que ya no podía moverme en absoluto, ni indicar con gestos que tenía sed, que me dolía la cabeza, que tenía que ir al lavabo?

El hospital estaba a treinta y dos kilómetros de casa y mis padres tenían otros dos hijos a los que había que alimentar, cuidar, llevar y traer del colegio; lo normal. Este episodio sucedió durante el periodo escolar y mi padre tenía que ir a trabajar. Cada día venía uno de los dos para estar conmigo, pero había momentos en los que debía acostumbrarme a estar sola. Era una soledad extraña, inquietante, porque había una enfermera a mi lado veinticuatro horas al día, por si mis padres no estaban. La enfermera toqueteaba los monitores y los termómetros y de vez en cuando se levantaba de la silla y me tomaba el pulso. Yo sabía que había otros niños enfermos en el ala del fondo del pasillo. Esas habitaciones, que por una parte daban a un aparcamiento iluminado por el sol de finales de verano y por el otro tenían unas ventanas adornadas con personajes de tebeos infantiles dibujados con poca precisión, eran otra historia.

Cuando eres pequeña, nadie te dice que vas a morir. Tienes que averiguarlo por ti misma.

Las pistas pueden ser: que tu madre llore pero finja que no; que te separen de tus hermanos; que los médicos te miren con una expresión concentrada, grave, y con cierta fascinación; que las enfermeras procuren no mirarte a los ojos; que tus familiares hagan largos viajes para venir a

verte. Otras señales seguras son: habitaciones de aislamiento en el hospital, terapias agresivas y de estudiantes de medicina.

Véase también: grandes regalos.

La parte del encéfalo que rige las funciones motrices es el cerebelo, y se encuentra encajado en la base del cráneo, debajo de los hemisferios cerebrales.

No inicia el movimiento, pero desempeña un papel crucial en la coordinación, la sincronización y la precisión; recibe y procesa mensajes de la médula espinal y otras partes sensoriales del cerebro. También interviene en las funciones cognitivas, como el lenguaje y la atención, y además regula las respuestas al miedo y al placer.

Exteriormente se diferencia del resto del encéfalo: presenta unos surcos finos y paralelos cuya textura recuerda a la garganta de la ballena azul. La corteza cerebelosa es una capa continua de tejido con abundantes surcos y pliegues dispuestos en acordeón. En el fondo de estos pliegues se encuentran multitud de neuronas en formación regular, lo que proporciona al cerebelo una enorme capacidad para procesar señales.

El encéfalo es una masa, una red de células interconectadas que, cuando se comunican, se encienden como lucecitas de Navidad. En el fondo, en esencia, lo que nos anima es un sistema de circuitos que transmiten información.

El cerebro humano tiene más de cien billones de células nerviosas o neuronas. Vistas a través de un microscopio muy potente, parecen simplemente un árbol, con un tronco (el axón) que se ramifica en numerosos filamentos (las dendritas). El axón de una neurona se encaja entre las dendritas de la siguiente; el hueco que queda en medio se llama sinapsis. Las sinapsis entre las neuronas se producen a la velocidad de la luz por medio de corrientes eléctricas minúsculas. Absolutamente todo lo que decimos, todas nuestras reacciones, son el resultado de los impulsos eléctricos que pasan de unas neuronas a otras. Si falla la comunicación entre las células neuronales, si las corrientes eléctricas entre el axón y las dendritas dejan de funcionar, si las sinapsis no se producen por el motivo que sea (lesión, enfermedad, vejez, derrame cerebral, un virus), el cuerpo no hace nada. Se queda en silencio, se detiene como un juguete mecánico cuando se le acaba la cuerda.

El deterioro de las neuronas, axones, dendritas y sinapsis del cerebelo produce trastornos en la motricidad fina y gruesa, el aprendizaje de la motricidad, los movimientos de los ojos, el equilibrio, la postura, el habla, los reflejos, impide calibrar distancias y saber cuándo detenerse. A largo plazo, los efectos de las lesiones cerebelosas pueden manifestarse en forma de hipersensibilidad, impulsividad, irritabilidad, conducta retraída u obsesiva, respuestas anormales al miedo, deficiencias o excesos sensoriales, desinhibición, disforia (depresión o angustia excesivas), trastornos del sueño, migrañas, desorganización visoespacial, defensividad táctil, sobrecarga sensorial y pensamiento ilógico.

En latín, cerebelo significa «cerebro pequeño».

Como solo tengo ocho años y los médicos no hablan mucho conmigo (aparte de preguntarme: ¿notas esto? ¿Puedes hacer lo otro? ¿Puedes seguir el movimiento de esta linterna?), tengo que

buscar otras formas de interpretar lo que sucede. Sé que ahí fuera, en el pasillo, se dicen muchas cosas, y por teléfono, y detrás de puertas cerradas, y en las notas que hay al pie de mi cama. Ahora me dedico a escuchar, a observar. Miro la cara que ponen mis padres, de pie, a un lado de la cama, y la de los médicos, al otro. Aprendo a detectar los matices, los movimientos del entrecejo, las mínimas alteraciones de la expresión facial, las sonrisas forzadas y diluidas de mis padres, si aprietan los dientes o los puños. Busco el sentido de los silencios entre palabras, entre preguntas, de las vacilaciones del médico antes de dar una respuesta, de la forma en que me miran antes de reunirse junto a la puerta o de ponerse a hablar asomados a la ventana.

De todo lo que oigo deduzco que me van a hacer una cosa que se llama escáner TAC. Me gusta ese nombre, porque evoca pelo, patas, bigotes, una cola larga y enroscada.⁴ Por lo que sé, consiste en hacerme fotografías del cerebro, y así los médicos sabrán cómo curarme. Me gusta eso del escáner TAC: fotografías, algo que ver con gatos, curarme.

Cuando por fin llega el día, me llevan a dar un largo paseo por todo el hospital. Me sienta en una silla de ruedas la auxiliar que me cae bien, la del pelo amarillo y rizado que me cuenta cosas de sus periquitos. Cruzamos pasillos y puertas, subimos y bajamos en ascensores, nos vamos lejos del ala de pediatría. Estamos en el hospital principal; los adultos están sentados en sillas, las puertas automáticas se abren y se cierran dejando pasar el aire de la calle, la gente me mira y enseguida vuelve la cabeza a otro lado. Hace mucho tiempo que no me miro en el espejo, pero, mientras me empujan en la silla, tengo la sensación de que ya no soy como antes.

Y ahora me levantan y me ponen en una camilla, y todo el mundo sale de la habitación: el radiólogo, la auxiliar, los camilleros. Todos.

Creo que entonces grito ¿dónde estáis?, pero nadie me oye porque la camilla se mueve. Yo también me muevo. Oigo un zumbido electrónico y me deslizo por la boca negra de una gran máquina gris.

Ya están dentro la cabeza, los hombros, el pecho. Me han metido en un tubo estrecho y gris. Entran las caderas, las piernas. Me traga un monstruo; estoy atrapada; estoy en su garganta y nunca más saldré de aquí.

Entonces se desata un ruido, un estruendo mecánico ensordecedor. Estoy en medio de esta tormenta, aprisionada entre el plástico gris brillante.

Grito, claro. ¿Quién no gritaría? Pero el grito no se oye porque el CAT hace un ruido tremendo.

Recuerdo la necesidad (más imperiosa que nunca en esos momentos) de forcejear, de luchar, de moverme, de salir de ese túnel, bajarme de la camilla y echar a correr por los pasillos y las puertas automáticas. Pero no puedo. No puedo moverme. Las piernas no responden al cerebro, a las sinapsis, a las señales neuromusculares. El cerebro no les dice nada a los músculos. Como si no estuvieran. No se hacen caso unos a otros, se dan la espalda... fingen que los otros no están.

De todos modos, seguro que el pánico me ha obligado a moverme un poco, porque de pronto vuelven todos a la habitación. Me sacan del tubo. La auxiliar me da la mano mientras hablan de qué hacer conmigo.

La respuesta es «ligaduras». Con ocho años, no sé lo que son las ligaduras, pero unos momentos después me ponen correas en las piernas, en la cintura, en los hombros, en la frente.

Esta vez chillo incluso antes de que la cabeza entre en el túnel.

Vuelve la auxiliar del pelo amarillo. Me dice que tengo que estar muy quieta para poder sacar bien las fotos del cerebro. Lloriqueo sin soltarle la mano. Lo entiendo, le digo. Sí, lo entiendo.

Pero no sirve de nada. En cuanto noto que me acerco al túnel, no puedo contenerme. La idea de tener que estar tumbada en ese sitio estrecho, gris y sin aire puede conmigo.

Me sacan otra vez. Más debate. El radiólogo mira el reloj. Mandan a la auxiliar a buscar a alguien. Los camilleros me rodean, pero nadie me quita las correas.

Por favor, gimo, por favor, quitádmelas. La presión de las correas en la cabeza, en el pecho, es insoportable. La noto todavía, mientras escribo estas palabras. En esta habitación extraña, rodeada de gente a la que no conozco, salgo, como dice mi madre, «fuera de mí». Chillo con una voz ronca, irreconocible; el pánico me golpea como el mar en un rompeolas. Se me acelera el corazón, tropieza, se me acelera otra vez. Parece el fin de todo. Los que están en la habitación se inquietan, remueven gráficas y cortinas. No están acostumbrados a tratar con niños, y menos con niños angustiados. Son radiólogos, son los que manejan las máquinas, los que detallan las gráficas, los que analizan los resultados. No saben qué hacer. Se alejan, se refugian en las esquinas de la habitación, despejan el espacio que me rodea. Se me saltan las lágrimas, me mojan la cara, me empapan el pelo.

La auxiliar llega corriendo. Viene con una enfermera. Exclama algo, murmura palabras para tranquilizarme, me da golpecitos en el hombro. No me mira a los ojos cuando me dice que no va a pasar nada, así que no le creo. Y, como compruebo después, hago bien en no creerle.

La enfermera mayor invierte la aguja, la llena con un líquido transparente. ¿Cómo supe que tenía que tener miedo?

—¡No! —grito, poseída por un terror nuevo, sin nombre—. ¡No, no, no!

Les digo que voy a ser buena, se lo prometo, que me quedaré quieta. Me ponen la inyección de todos modos.

Descubro que el sedante solo entra en la piel. Te cubre como una corriente caliente, sofocante, como si te envolvieran en una manta gruesa y apretada. No te deja hablar, articular, comunicarte. La lengua se queda como muerta detrás de los dientes; los ojos miran desde las profundidades del cráneo. Desaparecen las sensaciones de los brazos y las piernas, de los centímetros exteriores del cuerpo.

Pero ¿por dentro? Por dentro, el pánico y el miedo no se van, solo se agrupan en un espacio menor.

Me meten en el escáner. Toda yo estoy encerrada en este ataúd gris, con el techo a centímetros de la cara, inmóvil. La máquina rota y chirría a mi alrededor, me mueve hacia delante, hacia atrás.

Cuando me sacan, la auxiliar está esperándome. Me sienta en la silla de ruedas; la enfermera la ayuda porque no hay tensión en mi cuerpo. Me desplomo como un cadáver, pesada, difícil de manejar. Cuando me acomoda en la silla y me arroja con una manta veo que está llorando, tiene la cara llena de reguerillos húmedos.

Los resultados del escáner no son concluyentes. Me hacen otro la semana siguiente. Esta vez mi madre viene conmigo. Le dejan estar en la habitación con un traje enorme, inmenso, que la protege de la radiación. Me agarra el pie mientras estoy dentro de la máquina. De nuevo, los resultados no son concluyentes.

Hace un par de años, mi madre me dio varias cosas, entre ellas un sobre amarillento con la etiqueta «certificados de m». Lo guardaba en el desván, en una caja de objetos perdidos, olvidados, y tardé un tiempo en abrirlo: las esquinas dobladas y la cinta adhesiva quebradiza no anunciaban nada urgente. Cuando por fin lo abrí, encontré el título de secundaria y las notas del instituto, certificados de exámenes de piano, un papel en el que se hacía constar a quien correspondiera que yo había superado un módulo de nivel dos de mecanografía, un documento que certificaba el segundo premio en la sección de poesía del *eisteddfod*⁵ del colegio. Entre estas pruebas de los títulos que había obtenido, de las horas y horas que había pasado estudiando piano, encontré también una carta que nunca había visto. En el membrete llevaba el emblema del dragón rojo de un hospital de Gales, e iba dirigida «A quien corresponda», la había escrito el médico que había supervisado mi primera hospitalización, y después, meses más tarde, la lenta y gradual recuperación.

Era un hombre simpático, de pelo áspero color zanahoria y tacto seco y suave, que siempre llevaba una hilera de bolígrafos en el bolsillo de la bata y tenía una mirada astuta. Trataba a mis padres con calma, a mí también. A veces hablaba en galés y me llamaba *cariad*, «cariño». Estuve años yendo a su consulta una vez al mes, hasta que me fui de Gales, a los trece años. Me sentaba en el borde del sofá y charlábamos mientras me tocaba las rodillas para ver si todavía tenía los reflejos inhibidos, si seguía moviendo la pierna de lado a lado en vez de adelante hacia atrás... y siempre era que sí, y todavía lo es. Me preguntaba qué tal el colegio, yo me encogía de hombros y él me miraba sin decir nada. Traía a un grupo de estudiantes de medicina, los colocaba en fila, les enseñaba mis mejores movimientos (el reflejo pendular de las piernas, la incapacidad de tocarme la nariz con el dedo, la caligrafía ilegible, la falta de equilibrio), después les preguntaba qué me había pasado. Me daban lástima aquellos jóvenes nerviosos que me miraban a mí y después a él, toqueteando el brillante estetoscopio que llevaban colgado, y a menudo sentía la tentación de pronunciar con los labios «lesión cerebelosa» o «ataxia», para ayudarlos un poco.

Su firma figura al final de la carta amarillenta, escrita a máquina, en la que especifica a grandes rasgos lo que me sucedió. Mientras la leo me pregunto a quién iría dirigida. Exactamente, ¿a quién correspondía conocer esos detalles, las fechas y fases de mi enfermedad? ¿Era para mí, para cuando creciera, un resumen de lo que me pasó, sin adornar, sin embellecer, de la época en que sucedió? ¿Era para los médicos, especialistas y doctores que pudieran tratarme más adelante y que se preguntaran por qué no podía caminar en línea recta, sostenerme sobre un pie u orientarme entre objetos?

Cuando tengo una cita médica (con un fisioterapeuta, una comadrona, un especialista en fertilidad, una enfermera especializada, una osteópata, un oculista, un anestesista) siempre hay un momento en que ponen cara de no entender algo. A lo mejor me levantan un brazo o una pierna y lo flexionan, perplejos, una y otra vez; les confunde que las gafas de leer que me han prescrito me hagan vacilar y perder el equilibrio; no me creen cuando les digo que no tomo ni una gota de alcohol a la semana. Siempre hay algo en mí que les parece fuera de lo común, extraño, inexplicable, y echan un vistazo a mi historial y después me miran.

Tengo que aclararme la garganta y respirar hondo.

—Lo que pasa... —empiezo, y les cuento, resumido, solo lo esencial, lo que pone en esta carta.

Escribir sobre esto me resulta difícil, no porque se trate de una época dolorosa que me cueste recordar ni porque sea complicado o penoso pensar en estas cosas y darles forma en frases y párrafos. Es sobre todo porque el tiempo que pasé en el hospital es la bisagra de la que cuelga mi infancia. Hasta aquella mañana en la que me desperté con dolor de cabeza yo era una persona; después, otra muy distinta. Se acabó el escaparme de pronto por la acera, el echar a correr para irme de casa, se acabaron las carreras de toda clase. Jamás volvería a ser la misma y no tengo ni idea de quién podría ser ahora si de pequeña no hubiera tenido encefalitis.

Lo que se vive y lo que se pasa cuando se está gravemente enferma adquiere una cualidad casi mística. La fiebre, el dolor, la medicación, la inmovilidad: todas estas cosas te dan claridad y también distanciamiento, según predomine la una o el otro.

La fase más aguda de la encefalitis la recuerdo como en destellos, en estallidos sueltos, en escenas aisladas. Algunas cosas las revivo de forma tan cruda e inmediata como el momento en el que sucedieron; en estas me veo en primera persona, en presente de indicativo, por así decir. Otras, casi tengo que obligarme a afrontarlas y las contemplo como si fueran películas: hay una niña en una cama de hospital, en una silla de ruedas, en una mesa de operaciones; hay una niña que no se puede mover. ¿Cómo es posible que esa niña fuera yo?

Tengo más conciencia de lo que vino después: la rehabilitación. La vuelta a casa al salir del hospital, las semanas y meses de convalecencia, en la cama, entrando y saliendo del sueño, oyendo conversaciones ajenas durante las comidas, percibiendo las emociones, las entradas y salidas de los miembros de la familia en el piso de abajo. Las visitas que venían con libros y peluches de regalo. Y, en una ocasión, la visita de un vecino de la acera de enfrente, que llegó con unos cobayas en una cesta y los soltó encima de mi cama; asustados, los animales se pusieron a subir y bajar por mis inútiles piernas con sus garritas rosadas.

La convalecencia es un estado extraño, distante. Pasan las horas, los días, las semanas, y tú no participas. Como convaleciente, estás envuelta en el silencio y la inmovilidad. Eres lo único fijo en toda la casa, estás aprisionada como una mosca en ámbar; acostada en la cama como la efigie de una tumba. Solo oyes los ruidos de tu propio cuerpo, así que hasta el último detalle adquiere gran importancia, se magnifica: el latido del pulso, el roce de pelo contra el algodón de la almohada, el cambio de postura de las piernas con el peso de las mantas encima, la oclusión líquida cuando el párpado de arriba se encuentra con el de abajo, el susurro silvestre del aire que entra y sale por la boca. El colchón presiona desde abajo y te mantiene arriba. El vaso de agua espera al lado de la cama, unas burbujitas plateadas aprietan la cara contra el cristal. Las distancias que antes parecían nimias (de la cama a la puerta, el tramo de pasillo hasta el retrete, del tocador a la ventana) resultan ahora inmensamente largas. Al otro lado de las paredes, la mañana desemboca en la hora de comer, en la tarde, en la noche y vuelta a empezar.

Un tiempo después, empezaron a bajarme al otro piso, donde podía tumbarme en el sofá, tapada con una manta, y ver los pájaros que saltaban de los árboles deshojados al comedero. Aquel invierno me resultó muy difícil entrar en calor: la temperatura corporal depende mucho

del movimiento, y yo no podía generar ni movimiento ni calor, los dedos se me enroscaban sobre sí mismos, inanimados y azules.

Tenía que hacer ejercicios y estiramientos para evitar que los músculos y los tendones se atrofiaran. Mi padre envolvía una botella de cristal en una manta, me colocaba las piernas encima, me decía que levantara los tobillos y golpeaba el suelo si lograba hacer el menor movimiento. Como buen aficionado a las estadísticas y a la investigación, llevaba gráficas de mis progresos. Y todavía las tiene, registros y resultados anotados en descolorida tinta verde, número de milímetros, peso en gramos, tobillo, rodilla, brazo y muslo. Conserva un fajo de mis esfuerzos por reaprender a escribir, que van desde unas runas ilegibles, como hormigas, hasta letras inseguras pero reconocibles.

Sin embargo, por lo general mis hermanas estaban en el colegio y mi padre en el trabajo, así que mi madre y yo éramos las únicas habitantes de la casa. Hacía hidroterapia en una piscina, allí me animaban una y otra vez a poner el pie en un peldaño sumergido, con la esperanza de que el agua me proporcionara el soporte que mis inútiles piernas necesitaban. Fui a incontables sesiones de fisioterapia en el hospital del barrio. En 1981 era la única niña entre los pacientes externos de fisioterapia y me encantaba: los fisioterapeutas parecían alegrarse mucho de verme cada día, y también las señoras mayores que tenían los dedos artríticos, cubiertos de cera blanca, y los señores mayores que se recuperaban de apoplejía apretando pelotas de goma con manos débiles y levantaban con los tobillos bolsas de alubias de un kilogramo. ¡Mira quién ha venido!, exclamaban cuando mi madre entraba conmigo por el linóleo... Como si estuvieran esperándome.

Un día, un joven de barba corta y oscura y sudadera con cremallera se acercó a mí en su silla de ruedas mientras la fisioterapeuta salía un momento a atender el teléfono.

—¿Quieres uno? —me dijo, agitando delante de mí un caramelo de café envuelto en papel dorado.

Tenía acento de los Valleys, ondulado, de vocales suaves.

Le dije que sí. Sabía que tenía que desenvolvermelo él y lo hizo con toda la tranquilidad del mundo, como si no viera el temblor de mis manos cuando intenté cogerlo.

Desenvolvió otro para él. Nos los comimos como buenos amigos, yo en el suelo y él en la silla de ruedas.

—Entonces, ¿siempre has estado así? —preguntó de pronto, señalándome con un gesto de cabeza.

—No —contesté, cambiando el caramelo de lado—. Tuve un virus.

Le miré las piernas esqueléticas y retorcidas, sujetas con correas hasta los reposapiés de la silla. Se parecían a las mías: dos palillos sin músculo, sin tono, reducidas a piel y huesos. Tenía el tronco, el pecho y los hombros potentes, incongruentemente desarrollados. Parecía un hombre sirena, con la parte superior humana, que iba adelgazándose hasta terminar en una cola de pez escamosa.

—Y a ti ¿qué te pasó? —le pregunté.

—Me caí de la moto, ya ves —dijo, arrugando el papel del caramelo—. Me partí la espalda, la columna vertebral. Que no se te ocurra subirte a una moto en tu vida —añadió, apuntándome con el dedo—. Si alguna vez tienes la tentación, acuérdate de mí.

Nos miramos y me dio la sensación de que ambos intentábamos ver en el otro a la persona que era antes, la que ya no existía, un bípedo de cuerpo perfecto, que nunca pensaba en el milagro que es la independencia de movimiento y que ahora se encontraba confinado dentro de un ser atrofiado, sedente. Lo miré y me imaginé a un hombre con pantalones de motorista saliendo a toda velocidad de un pueblo de los Valleys, con la barba y el pelo negros escondidos en el casco, tomando una curva, inclinándose hacia el firme, cortando el aire con su rápida trayectoria. ¿Le dio tiempo a ver borrosamente a una niña que corría, que saltaba, que escalaba por las ramas de un árbol o se tiraba al mar?

Y resultó que seguí su consejo sobre las motos. Nunca me he montado en una, a pesar de la insistencia de un novio que tuve, que era un fanático del motor y las dos ruedas.

No recuerdo cómo se llamaba el hombre de los Valleys. Antes lo sabía: nos veíamos casi todas las semanas. Siempre me decía: «¿Cómo es que todavía estás ahí tirada, en el suelo? Ya va siendo hora de que te levantes, holgazana». Coqueteaba con las fisioterapeutas, llamaba «querida» a las señoras mayores y ellas se sonrojaban y se reían. Un día apostamos a ver cuál de los dos sería el primero en dar un paso. Ahora, como es lógico, comprendo que era una estratagema, que él no volvería a andar nunca, que quería que me pusiera de pie, aunque sabía que él no lo conseguiría jamás... tal vez lo deseaba precisamente por eso.

En alguna parte, quizá en los archivos de un hospital del sur de Gales, existe una película en blanco y negro en la que tengo nueve o diez años, llevo un chándal de velvetón como los que suelen ponerse los inquilinos de las residencias de ancianos de Florida, y estoy intentando, con diferentes resultados, andar por la sala, subir unas escaleras, manejar un bolígrafo. Vuelvo la cabeza a la cámara y sonrío, como si fuera un vídeo de las vacaciones y no metraje de investigación médica. Hay otra, de unos años más tarde, en la que aparezco más desgarrada, más enfurruñada y remisa, con unos vaqueros de pitillo y un jersey recto que me tapa hasta las manos. Habrá en el mundo algunos médicos, pediatras, neurólogos y psicoterapeutas que, en su época de estudiantes, las hayan visto para aprender algo sobre lesiones cerebrales.

Si hoy no vivo encamada es gracias a ese servicio de fisioterapia, al personal y a los pacientes que conocí allí. Ellos no se rindieron conmigo, creían que tenía la capacidad de moverme, de recuperarme, mientras que los médicos no, y eso permitió que yo volviera a caminar. Si te dicen que puedes lograr tal cosa y ves que quien te lo dice lo cree de verdad, tienes la posibilidad al alcance de la mano. «¡Vamos!», recuerdo que me animaba el hombre de la barba cuando me esforzaba por levantar las rodillas de la colchoneta.

—Puedes hacerlo —asentían las señoras mayores desde su sitio, en la máquina de la cera.

—Dame la mano —decía la fisioterapeuta—, no te dejaré caer.

También me creó una dulce pero falsa sensación de que en el futuro sería muy bien aceptada y muy querida, porque apenas podía andar o sostener un bolígrafo, porque había perdido la facultad de correr, ir en bici, atrapar una pelota, comer sola, nadar, subir escaleras, saltar, botar, y era una niña que iba a todas partes en un humillante cochecito enorme. Allí me querían, era especial, me aceptaban, me animaban: allí todos me deseaban lo mejor. Y eso no me preparó, no me dio la clave de lo que me esperaba fuera, cuando por fin volví al colegio. En el colegio me llamaban «pato», «babosa» o «cachorrita», me preguntaban con exigencia qué enfermedad tenía y si era contagiosa. Me ponían la zancadilla solo para reírse, me escupían y me tiraban del pelo, me tildaban de enferma o de retrasada. La dirección del colegio acordó trasladar

mi aula al piso de abajo, pero no el comedor, así que todos los días tenía que elegir entre quedarme sin comer o subir las escaleras de la única manera que podía, a cuatro patas, como un oso, como un niño pequeño, mientras el resto de alumnos me observaba.

Hacemos lo que sea necesario para sobrevivir; somos una especie con mucha inventiva ante la adversidad. Robert Frost dijo: «La mejor forma de salir es por el medio», y creo que es verdad, pero al mismo tiempo, también pienso que, si no se puede ir por el medio, siempre se puede dar un rodeo.

Desenvolví muchos almuerzos en los servicios de la planta baja, con la puerta cerrada y los pies en alto para que nadie me localizara. El olor de la lejía y el de cierto papel de manos siempre me remiten a lo mismo: bocadillos deformes de mantequilla de cacahuete que comía sola, sentada sobre una cisterna con las piernas cruzadas.

Ahora que soy adulta, la enfermedad se me presenta en primer plano o se me olvida. Puedo pasar días sin pensar en ella; en otros momentos, me parece una circunstancia que me define. Lo significa todo. No significa nada.

Significa tener que escribir muchas frases, aunque sean cortas, en el pequeño espacio de los cuestionarios que preguntan: ¿Ha padecido alguna otra enfermedad? Ha significado tener que explicar varias cosas a determinadas personas con las que me relaciono: por qué puedo caerme, por qué se me caen los cubiertos tan a menudo o tiro tazas, por qué no puedo recorrer largas distancias a pie ni en bicicleta, por qué tengo que hacer una serie de ejercicios y estiramientos varias veces al día.

Significa que tengo una percepción alterada e inestable del mundo. Que veo cosas que no están, como luces, destellos, puntos o desgarrones en la tela de la visión. Algunos días, de pronto aparecen agujeros que se resquebrajan y arden en el centro de lo que estoy mirando, o el texto desaparece en el instante en que vuelvo la vista hacia la hoja. El suelo puede balancearse como la cubierta de un barco. Puedo volver la cabeza hacia un ruido y de pronto el cerebro me informa con total seguridad de que no estoy de pie, sino tumbada, de que la habitación está boca abajo, de que nada es lo que parece. Si me doy la vuelta en la cama, el cerebelo no responde y, no sé cómo, se queda mirando hacia el otro lado; tengo que cerrar los ojos, apretarme la cara con los puños, respirar profundamente hasta que el cerebro decide ponerse de acuerdo conmigo. Mi hijo de dos años puede tirarme al suelo muy fácilmente.

—¿Soy yo —le pregunto a mi marido— o el sofá está levantado por un lado?

—Eres tú —responde él pacientemente.

—Y ¿el techo tampoco se está moviendo?

—No —dice otra vez, y pasa la página del libro—, no se mueve.

Significa que en la vida he necesitado casi siempre, prácticamente desde que tengo conciencia, de toda una serie de tapaderas, cortinas de humo y trucos de prestidigitación. Duermo con una luz para no caerme si tengo que levantarme por la noche. Nunca tomo alcohol ni drogas ni los probaré jamás, porque no debo tocar nada que pueda afectar mi inestable control motriz. Durante casi toda la infancia y adolescencia tartamudeé de forma horrorosa, y todavía me pasa ahora, a veces, cuando me enfrento a una voz hostil, a una mirada escéptica o a la cabeza pelada de un micrófono radiofónico.

Me caigo o tropiezo si no me concentro. Cuando bajo o subo escaleras, tengo que mirarme los pies y aplicarme con diligencia a la tarea de dar cada paso. Nunca hables conmigo si estoy subiendo escaleras o cruzando una puerta: tengo que poner los cinco sentidos en hacer estas cosas.

Jamás jugaré a la gallina ciega, ni haré surf, ni me pondré tacones altos ni saltaré en una cama elástica. Las mesas llenas de cubiertos, vasos de agua, jarras, jarrones o servilletas representan un gran obstáculo para mí. Me siento a ellas con una enorme sensación de temor, las miro como si fueran un examen particularmente difícil, con una mezcla de miedo, ansiedad y humillación incipiente. Es una sobrecarga sensorial, espacial, que puede terminar con agua derramada, tenedores en el suelo, vasos rotos y curiosas invasiones desorientadoras en mi sistema vestibular: demasiados objetos, demasiada exigencia para mis defectuosos sentidos, demasiadas cosas que sortear.

Tengo muchas heridas y moratones negruzcos en las piernas y en los costados, de encontronazos con estanterías de libros, jambas de puertas, esquinas de mesas y patas de sillas. Me atemorizan las escaleras de las tarimas de los festivales literarios (¡caerme delante del público!), pero me niego en redondo a aceptar ayuda. Cuando llevo niños en brazos por unas escaleras, sobre todo recién nacidos, lo hago como mis antepasados primates, usando la mano libre para apoyarme un poco mejor.

El brazo izquierdo me sirve de poco: solo puedo cargar una bolsa de la compra o sujetar la mano de un niño, manejar una bicicleta o un cochecito y nada más. Hace poco fui con una amiga a un restaurante chino: levanté la tapa de la tetera con la mano izquierda para servirle una taza y me quedé a más de diez centímetros del borde. El líquido oscuro y ardiente cayó en la mesa, por encima de la comida, de las chuletas de cerdo, de las servilletas, y las dos empezamos a reírnos de una forma muy inoportuna.

—Lo siento —le dije—. Tengo muy poca mano izquierda.

—Ya —dijo ella, limpiándose—. Lo mejor será que la vendas.

—Puede que sí —dije—. Se vende mano inútil.

También significa que siento una gran aversión por los sitios demasiado pequeños y cerrados.

Cuando mi primer hijo empezó a andar, lo llevé a un parque infantil que había cerca de casa, en Londres. Nunca había estado en un sitio así. Era un edificio enorme, de varios pisos, lleno de escaleras y rellanos acolchados, toboganes en espiral, piscinas de bolas de goma de todos los colores... ¡Cuánto le gustaba recorrer los pasillos con sus andares de marinero borracho, subir las escaleras, tirarse de cara a la piscina de bolas!

En el piso más alto, iba corriendo delante de mí por un suelo acolchado e iluminado con luces de neón cuando de pronto se metió en un túnel estrecho de color azul, gateando a toda velocidad por la brillante boca de plástico. Solo me dio tiempo a ver desaparecer el pie con el calcetín.

Me agaché en la boca del túnel, lo llamé. «¡Vuelve!», le dije.

A modo de respuesta, se echó a reír.

Me levanté. Estudié la estructura del juego. ¿Había alguna otra forma de llegar a donde estaba mi hijo sin tener que pasar por el túnel de plástico?

No.

Me agaché otra vez. El túnel debía de medir unos tres palmos... tendría que meterme allí con calzador y seguramente arrastrarme como una serpiente. Y era largo, más que mi cuerpo. Tardaría varios segundos en llegar al otro lado.

Y allí estaba mi hijo, enmarcado en la otra boca, como un ser visto por un telescopio al revés, y me decía: «Ven, ven».

¿No es terrible reconocer que todavía dudaba? En aquel momento no se me ocurrió ninguna forma de evitarlo: iba a tener que meterme en el estrecho espacio de plástico, confinarme allí por obligación.

Me metí, naturalmente. El amor maternal es muy poderoso, quizá más que el resto de clases de amor.

Llegué al otro lado temblando, desencajada. Mi hijo me dio unas palmaditas en la cara y dijo lo que siempre le decía yo para tranquilizarlo: «Ya está, ya está. No pasa nada».

El haber estado tan cerca de la muerte de pequeña y volver de nuevo a la vida me proporcionó durante mucho tiempo una osadía, una actitud desdeñosa e incluso demencial frente al riesgo. Ahora veo que podía haber sucedido lo contrario: podía haberme convertido en una persona impedida por el miedo, coja por precaución. Sin embargo, salté desde el muro del puerto. Me fui a pasear sola por las montañas, sola viajé por Europa en trenes nocturnos y llegué a ciudades grandes en plena noche sin tener dónde dormir. Recorrí alegremente en bicicleta una ruta que se ha ganado el título de «carretera más peligrosa de Sudamérica», una pista vertiginosa que se desmorona, un sendero erosionado y empinado, cortado a tajos en una gran montaña, en cuyo margen proliferan los homenajes a los que cayeron por el precipicio y encontraron allí la muerte. Cruzé lagos helados. Me bañé en aguas peligrosas, metafórica y literalmente hablando.

No es que no concediera valor a la existencia, sino que tenía un deseo insaciable de abrazar todo lo que la vida pudiera ofrecerme. Haber estado a punto de morir a los ocho años me hizo tomarme la muerte con optimismo, tal vez en exceso. Sabía que un día llegaría y no me asustaba; al contrario, la proximidad de la muerte me parecía casi familiar. Saber que tenía la suerte de estar viva, que con la misma facilidad podía haber muerto, cambió mi mentalidad. Seguir viva me parecía un regalo, un premio, una bendición: podía hacer con mi vida lo que quisiera. Y, además de engañar a la muerte, me había librado de quedarme paralítica. ¿Qué otra cosa podía hacer con mi independencia, con mi condición ambulatoria, sino sacarle todo el provecho posible?

En el colegio nos mandaron estudiar el soneto x de John Donne y me identifiqué tanto con la descripción de la muerte (déspota vanidosa, arrogante e inútil) que me hizo sonreír:

Muerte, no seas tan engreída, aunque algunos te llamen poderosa y temible, porque no lo eres [...] [...] ni puedes matarme todavía.

Esta despreocupación se terminó en el momento en que tuve hijos, porque de pronto empecé a temer que seguir cuadrándome con provocaciones ante la muerte podía volverse en mi contra. Y ¿si la personificación de Donne, engreída y vengativa, decidía volver a ajustarme las cuentas por tanta insolencia? Y ¿si me llevaba a mí... o a mi hijo? Cuando engendramos una

vida nos abrimos al peligro, al miedo. Al coger a mi hijo en brazos me daba cuenta de lo vulnerable que era yo a la muerte: fue la primera vez que eso me asustó. Sabía demasiado bien lo fina que es la membrana que nos separa de ese lugar y la facilidad con la que puede perforarse.

Cuando a un novio que tuve le conté una versión abreviada de lo que me había pasado de pequeña (como explicación, más que otra cosa) se quedó perplejo, como casi todo el mundo, y dijo: «¡Qué mala suerte tuviste!».

Recuerdo que me sorprendió, porque «mala suerte» es justo lo contrario de lo que me parece a mí. Creían que moriría; no fue así. Creían que no volvería a andar, a nadar ni a sujetar un lápiz; no fue así. Creían que tendría que ir en silla de ruedas toda la vida; se la devolvimos al Servicio Nacional de Salud al cabo de un año, más o menos. Creían que tendría que ir a un colegio especial; no fue así. Me auguraban una vida de limitaciones, centros especiales, incapacidad, dependencia.

Considero que tengo muchísima suerte, que soy muy afortunada por haberme librado del destino que me diagnosticaban los médicos. Me he cubierto de tréboles de cuatro hojas, me he llenado los bolsillos de patas de conejo, he encontrado la olla con monedas de oro al final de todos los arcoíris. No podría pedirle nada más a la vida, después de haberme librado de lo que podía haber sido. Podía haber muerto en aquel hospital, pero no. Podía haberme quedado condenada a la inmovilidad de por vida, pero no. Sorteé una bala... muchas, por cierto.

Un día me desperté en el hospital y me encontré a un hombre inclinado sobre mi cama. Me miraba, tenía los ojos muy separados, una cadena gruesa alrededor del cuello, parecida a la que llevaba el perro labrador de un vecino nuestro, y no mucho pelo, entrecano, de punta. Me resultaba conocido y desconocido al mismo tiempo.

—Vaya, vaya —dijo—, mira quién está aquí.

En cuanto habló me di cuenta de que lo conocía de la televisión. Los niños le escribían para pedirle sus deseos más queridos (volar en avión, cuidar de los elefantes del zoo, bailar claqué en un escenario) y él, como el genio de la lámpara, se los concedía.

Y ahora estaba ahí, junto a mi cama. Me miraba de una manera penetrante, sopesándome, con cierta altivez; yo lo miraba perpleja, asombrada.

Muchos años después me encontraré en un atasco de tráfico, esperando en la cola a que cambie el semáforo, con los niños en los asientos de atrás, oyendo las noticias de la radio. Según el titular, las visitas que este hombre hacía asiduamente a los hospitales infantiles no eran lo que parecían. Me quedo con las manos en el volante, mirando el parabrisas cubierto de lluvia. La noticia me impacta, pero al mismo tiempo no. Recuerdo cuando le dijo a la enfermera: «Puede irse. Yo la cuido». La enfermera se negó y se quedó conmigo.

Escucharé al locutor un momento y enseguida apagaré la radio. No quiero que mis hijos lo oigan, no quiero que esas palabras, incomprensibles para ellos, se les cuelen por los oídos. Esa misma noche llamaré a mi madre y le contaré que ese hombre fue a visitarme una vez.

Contendrá la respiración bruscamente y enseguida dirá:

—¿Dónde estaba yo?

—No sé —le diré—. No estabas allí. Pero no pasa nada. No me tocó ni un pelo.

—¿Seguro?

—Seguro. La enfermera no quiso marcharse. Se quedó allí todo el tiempo.

La persona de bata y cofia blancas se movía en el fondo de la habitación, detrás de ese hombre en chándal, con muchas pulseras, mientras él me preguntaba con voz fuerte qué tal me encontraba, cuándo saldría de allí y qué hacía yo en esa foto tan bonita de la mesita de noche en la que estaba con el tutú de ballet.

Ella no se fue de la habitación. Cuando él insistió en que podía irse, en que se tomara un descanso, ella se negó. Le dijo que tenían la obligación de hacerme compañía las veinticuatro horas. Y se quedó allí, detrás de él, y no abandonó su puesto: otra sabia, otro ángel disfrazado.

Antes de irse, el hombre me regaló un libro firmado por él. Lo dejó entre el colchón y los hierros que rodeaban la cama. Era un manual para confeccionar disfraces de Halloween. Mi madre me lo leyó al día siguiente, cuando vino a verme. Miramos juntas los patrones y las ilustraciones y hablamos de cuáles haríamos cuando mejorase. Conservé ese libro muchos años; seguí las instrucciones para hacer una cabeza degollada con papel maché: había que cubrir un globo con tiras de papel y dejarlo secar en el armario de la caldera.

Hace poco, buscando algo que leer a mis hijos, lo encontré otra vez en una caja de libros viejos. Lo saqué, lo abrí, miré la firma. Entonces me fui al otro lado de la habitación y lo tiré a la estufa de leña. Ardió rápidamente, con ferocidad, y solo quedó un fantasma de su silueta en forma de ceniza negra.

No poder moverse es la sensación más extraña del mundo. No es una sensación de pesadez, como podría parecer, sino ligera. Habitas tu cuerpo como una casa: el cuerpo es una estructura en la que debes vivir lo mejor posible, moviéndote como puedas de una pared a otra. La estructura es inerte, pero tú (esa parte invisible, interior de ti misma) estás más viva que nadie. La piel es sensible al calor, al frío, a las arrugas de la sábana, al peso de las mantas, al roce de la etiqueta del camisón, pero no tiene nada que ver contigo. Ya no.

¿Qué haces cuando no te puedes mover, cuando estás condenada a estar en la cama? ¿En qué ocuparse, cómo divertirse y distraerse? Paso largos ratos mirando el techo, el reloj de la pared, la pestaña de goma que sella la puerta por los cuatro lados. Memorizo hasta el último detalle de la habitación: la pintura de la pared del fondo es de un color crema levemente más claro que el de las otras, hay una franja de luz amarilla en los bordes y blanca en el centro, el grifo gotea de una forma determinada, deja caer dos gotas seguidas y, después, nada en mucho tiempo. Miro lo que hay al otro lado de la ventana, veo los reflejos del sol que los parabrisas de los coches proyectan en el techo. Absorbo retazos de conversaciones que llegan a mi cuarto como pompas de jabón cuando pasa gente bajo la ventana. Suelo pedir a las visitas que me lean algo en voz alta. Mi madre pasa horas leyéndome cuentos de los hermanos Grimm y un libro de historias de la Biblia; mi padre prefiere leerme una antología de cuentos irlandeses. Estoy tumbada y pienso en Moisés flotando en un río hasta que se detiene entre unos juncos. En David buscando la piedra perfecta con la que cargar la honda, en Oonagh, la mujer de Finn McCool, que era muy lista, cuando le parte los dientes a un rival gigante metiéndole una barra de hierro en el pan.

En algún momento, un vecino nos presta una selección de cuentos en cintas de casete: no las había visto nunca. Por fin, una solución. Instalan un reproductor al lado de mi cama y así oigo

My Naughty Little Sister en la voz de Felicity Kendal y otra voz masculina, muy sonora, que me cuenta los cuentos de Beatrix Potter.

La lechuga tiene *efecto soporífero*.
Él llevaba puestos los *chanclos*.
Jemima era una *simplona*.
Pero ninguno de los dos dijo nada.

Juego mentalmente con estas palabras como si fueran guijarros; me las repito. Las guardo.

Oigo las cintas una y otra vez, a menudo por la noche, cuando en el hospital resuena un zumbido raro, casi silencioso, cuando los zuecos de las enfermeras rechinan en el suelo, cuando la oscuridad de fuera se cuela por las rendijas de la persiana, cuando las agujas del reloj que está enfrente de la cama saltan y se paran, saltan y se paran. Lo malo es cuando la cinta se acaba y el aparato se apaga con un ruido mecánico, porque tengo que esperar a que venga alguien a darle la vuelta. En ese momento el silencio es horrible, la súbita quietud me aplasta.

Una de esas noches estoy despierta. La enfermera que me cuida ha dicho que no, que no podemos poner otra cinta, que tengo que dormir, que necesito descansar.

Pasos, la voz aflautada de un niño, un ruido rítmico como si arrastraran un juguete por el linóleo.

El niño dice algo en un tono agudo e interrogante y la enfermera le pide silencio.

—Chsss —le dice—. Hay una niñita muy cerca que se está muriendo.

Escribí una escena como esta en mi tercera novela. La reviví, me la imaginé, la resitué. Es la primera vez (hasta ese momento) que incluyo en lo que escribo algo relacionado con mi encefalitis. En la escena, la niña que estaba en cama era la hermana de la protagonista; el niño al que oí arrastraba un trenecito por el pasillo. La enfermera que me cuidaba, avergonzada y asustada, se levantaba de un brinco a cerrar la puerta. Leía ese pasaje siempre que tenía un acto de presentación del libro, cosa que ahora me resulta extraña. ¿Por qué ese párrafo? ¿Por qué precisamente la escena inspirada en el que seguramente sea el peor momento que se pueda tener en la vida: enterarte, de pequeña, de que te estás muriendo?

Como Nina en la novela, pensé en la niña moribunda, en la edad que tendría, en la edad que había que tener para morir. Me dio lástima y miré a la enfermera, a ver si ella también lo sentía.

Lo cierto es que no pude ver al niño que hacía ruido en el pasillo, ni a la enfermera que tenía que haberlo pensado mejor y aprender a hablar en voz más baja. No podía volver la cabeza para verlos.

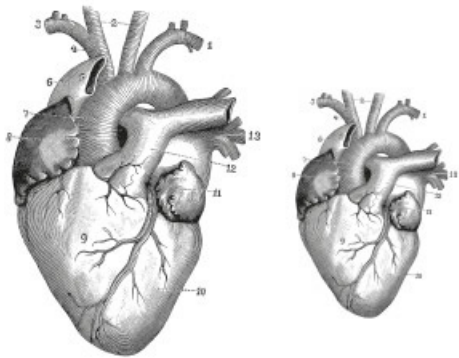
La verdad es que mi enfermera no se levantó de un brinco a cerrar la puerta. Se quedó confusa y se sonrojó, como si la hubieran pillado en una mentira: una ola roja le subió desde el cuello. Parecía contrariada, como si acabaran de decirle que tenía que hacer horas extra. Se acercó a la puerta y la empujó con el talón para que se cerrara, pero no se cerró del todo.

En la novela, la escena termina ahí, cuando Nina se da cuenta de que la niña de la que están hablando, la que se está muriendo, es ella, pero, claro, la vida es otra cosa. La vida continúa. Nadie grita: «¡corten!». Nadie pone punto final y cierra ahí el capítulo limpiamente.

En la vida real, la puerta se abre otra vez y oigo al niño y a la enfermera que no veo, inician una conversación sobre mi defunción inminente. ¿Cuándo sucederá? Pronto... mañana o pasado, esta semana... Me entero. ¿Por qué me pasaba? Porque estaba muy malita. ¿Por qué no me podían curar los médicos? Porque mi enfermedad era muy grave. Entonces, ¿nunca podría volver a casa? No, nunca volvería a casa. ¿Iba a ir al Cielo? Sí, respondía la enfermera en tono didáctico, porque había sido una niña buena y me había tomado todos los medicamentos.

Hija

(Hoy en día)



Vamos en coche a toda velocidad por una campiña verde, la carretera describe curvas muy cerradas alrededor de los campos. En ese momento me doy cuenta de que mi hija está en peligro de muerte.

El paisaje es de cuadro renacentista: colinas onduladas que se solapan y se repiten hasta perderse en una neblina azul. Es Domingo de Ramos. Hace un rato hemos pasado por delante de una iglesia; la gente salía de misa con ramas de olivo en la mano. El sol está tan alto que los árboles y los cobertizos de los márgenes se yerguen sobre su propia sombra.

Unos minutos antes, me he trasladado al asiento de atrás con el botiquín de emergencia y ahora sostengo a mi hija mientras mi marido conduce a toda velocidad.

Mi hija respira superficialmente, con gran esfuerzo, tiene los labios distendidos y manchas lívidas en la piel. Sus delicadas facciones están hundidas, hinchadas, deformadas. Me agarra las manos, pero pone los ojos en blanco. Le toco la mejilla, digo su nombre en voz alta. No te duermas, le digo, quédate con nosotros.

En situaciones así, el pensamiento se encoge, se afila, se estrecha. El mundo baja las persianas y te quedas reducida a una sola idea cristalina, a un único objetivo: mantener a la niña con vida, atraparla en el mundo de los vivos, agarrarte a ella y no soltarla jamás.

En tu cabeza se reproducen las instrucciones y las fases de los planes de emergencia médica que has pegado en las puertas de los armarios de la cocina, por dentro. Los has asimilado hasta el último detalle, los miras una y otra vez frunciendo el ceño, a veces lloras delante de ellos. Los has plastificado para que no se deterioren. En la parte superior, pegada con pegamento, hay una foto diminuta de tu hija, más pequeña que ahora, mirando a la cámara con una expresión de alegría y confianza.

En el transcurso de mi vida cotidiana me vienen a la cabeza sin más frases, paréntesis y nombres de esos documentos. «Cuando respira con dificultad», me murmura la cabeza mientras leo un cuento a mi hijo menor. «Inyección de adrenalina», oigo mientras preparo los cereales una mañana de colegio, o «Pida ayuda, quédese con el paciente», recito de pronto mientras espero a que cambie el semáforo. «Peligro de reacción alérgica mortal.»

En este instante, en el coche, con ella en brazos, veo los documentos al completo, con claridad, como si los tuviera delante. Los veo delante de mí, los recuadros verdes, el texto redactado con sencillez, los números de teléfono, las gráficas, las flechas que te llevan con seguridad de una fase de sufrimiento a otra, de un círculo del infierno a otro. Me los he aprendido de memoria, de pe a pa, los he interiorizado. Ahora sé que cada vez que la mente me susurraba algún fragmento, en realidad los estaba repasando. Me he grabado la información en la cabeza por necesidad, para momentos como este. Ahora los recuadros verdes se despliegan delante de mis ojos.

Anafilaxia: fue identificada en 1901 por un científico francés, Charles Richet, cuando estudiaba el efecto del veneno de medusa en perros. Tenía la hipótesis de que podía inmunizarlos contra

este veneno si les inyectaba previamente una dosis pequeña; cuando les administró la segunda dosis, los perros acusaron dificultades respiratorias y murieron en circunstancias dramáticas. Se dice que el científico exclamó a gritos: *C'est un phénomène nouveau, il faut le baptiser!*

En un primer momento acuñó el término «afilaxia», del griego *phylaxis*, que significa «protección», y el prefijo privativo *a-*, que significa «sin». Sin protección. Más tarde cambió el corto prefijo por otro más largo para que fuera más fácil de pronunciar: «anafilaxia». Este descubrimiento le valió el premio Nobel.

Según parece, el primer caso documentado es el de Menes, un faraón egipcio que murió en 2641 a.C. por la picadura de un avispon. En realidad, no era un *phénomène nouveau*. Está ilustrado en un jeroglífico en el que aparece también el mortífero insecto. Lo he mirado con lupa e inevitablemente me he imaginado lo que pasó: el dolor intenso de la picadura, la irritación del cuello, la inflamación de los brazos y las piernas, de las vías respiratorias, el jadeo, el colapso. ¿Cuánto tardaría en morir el faraón? ¿Sabía lo que le pasaba? ¿Le había picado antes un avispon? Por su bien, espero que la agonía no fuera larga, que la muerte llegara enseguida. Qué horror asfixiarse en el propio cuerpo, qué cruel que la sangre que te da la vida se vuelva contra ti.

Mi hija vive sin protección, como Menes, como los perros de Richet. El primer síntoma de choque anafiláctico suele ser la urticaria, una irritación rojiza e hinchada alrededor de la boca, o en los brazos y en las piernas. A veces el choque puede atajarse en esta fase con una dosis oral de antihistamínico, si estás de suerte, si los planetas están convenientemente alineados. Si la respiración se vuelve superficial, ruidosa, entonces sabes que entras en terreno peligroso, que el antihistamínico no ha funcionado, no ha satisfecho a los dioses: hay que darle un buen susto al sistema, hay que suministrarle adrenalina lo antes posible. En esta fase, la víctima chilla, se clava las uñas en la garganta, enronquece de pánico. Después puede palidecer y quedarse sin fuerzas. Puede quedarse inconsciente. Si no se trata, como debió de sucederle a Menes, no tardará en producirse el fallo cardíaco.

Mi hija sufre una media de entre doce y quince reacciones alérgicas al año, de gravedad variable; llevo una cuenta detallada. Tiene un trastorno inmunológico congénito, es decir, su sistema inmunitario reacciona poco a algunas cosas y demasiado a otras. Lo que para mis otros hijos es un catarro, a ella la tumba hasta el punto de tener que hospitalizarla y ponerle respirador y gotero. Si entra en contacto con cualquier elemento de la larga lista de cosas que le producen alergia, puede sufrir un choque anafiláctico. Esto también puede suceder si come algo con trazas de frutos secos; si se sienta a una mesa en la que alguien ha consumido semillas de sésamo recientemente; si se casca un huevo cerca de ella; si le pica una abeja o una avispa; si toca la mano de alguien que acaba de comer frutos secos, huevo o ensalada con aceite de pipas de calabaza; si entra en un guardarropa y hay un cacahuete en el bolsillo de un abrigo; si se mete en una piscina hinchable con alguien que lleve crema solar de aceite de almendra; si en un café me dicen que tal tarta no lleva frutos secos ni huevo, pero la sirven con unas pinzas que han usado antes para coger un *brownie*; si en el tren o en el avión alguien abre una chocolatina con frutos secos al otro lado del pasillo; si su compañera de mesa en el colegio ha desayunado muesli.

Y podría seguir.

Por eso vivimos en un constante estado de alerta. Tengo que saber dónde está y con quién a todas horas. Cuando entro en una habitación, hago un reconocimiento propio de una unidad de los GEO: ¿qué hay aquí que pueda ponerla en peligro? ¿La mesa, los pomos, los muebles blandos,

el plato con migas de algo? Sus maestros y ayudantes de aula tienen que dominar unas nociones básicas sobre alergias, medicación y reanimación. Leo y releo listas de ingredientes y de alergias. Vaya donde vaya, insisto repetidamente: ¿está segura, está completamente seguro, tiene la certeza, puede jurar por su vida que no hay frutos secos ni semillas en esta sopa? ¿Ha podido tocarla alguien con un utensilio que se acabe de usar para remover frutos secos? ¿Está seguro de que este chocolate no lleva avellanas en polvo? Déjeme ver el envoltorio, por favor.

Jamás salimos de casa sin su medicación, sin el botiquín de emergencia. Sabemos ponerle inyecciones, hacerle una reanimación cardiopulmonar, identificar los síntomas de presión sanguínea baja, dificultad respiratoria, urticaria o los primeros síntomas de un fallo cardíaco.

Sé que tengo que asentir tranquilamente cuando la gente me dice que me entiende muy bien, porque ellos tienen alergia al gluten y se hinchan como globos cuando comen pan. He aprendido a ser paciente y cordial cuando tengo que explicar que no, no es buena idea que traigas hummus a casa. No, no me parece bien darle un poquito para que se acostumbre. No, por favor, no lo abras delante de ella. Sí, tu merienda podría matar a mi hija.

Enseñé a su hermano, a los seis años, a marcar el número de urgencias médicas y decir, cuando le contestaran: «Tenemos un caso urgente de anafilaxia». «Anafi-lac-sia», repetía él para pronunciarlo bien. Vivir con ella significa muchas carreras por los pasillos de los hospitales. Las enfermeras de urgencias saben cómo se llama. El alergólogo me ha dicho muchas veces que deberíamos tenerla siempre en las inmediaciones de un buen hospital.

En el coche, en Italia, el problema es que no sabemos dónde estamos. Nos hemos perdido. Hace unas horas, una amiga nos invitó a la granja de su amigo; nos prometió que habría burros, cabritas recién nacidas, cachorros de perro, quesos frescos, caballos, cerdos. Rápidamente revisé, como de costumbre, la lista de peligros potenciales de una excursión de estas características: mínimos, sin duda. No comeremos nada, estaremos al aire libre, al sol, puedo darle una pequeña dosis de antihistamínico por si acaso. Le encantan los animales, ¿por qué iba a privarla de esta excursión? ¿Acaso no tienen derecho todos los niños a acariciar burritos y dar de comer a una cabrita recién nacida?

Seguimos al coche de nuestra amiga sin fijarnos por dónde íbamos, sin preocuparnos, sin echar ni un vistazo al mapa. Hemos pasado la mañana en la granja acariciando cabritas, con sus cuernecillos incipientes, acariciando a un burro, mirando a la tortuga que caminaba, impasible, entre la hierba alta. En cuanto la niña empezó a rascarse y a encontrarse mal, salimos disparados por la campiña en la dirección que nos pareció la buena.

Ahora no se encuentra mal, sino peor. Ahora corre peligro y nos hemos perdido.

Tenemos la vaguísima impresión de que estamos en alguna parte de la frontera del Lacio, pero no hay cobertura telefónica y la señal del gps del coche flota en el espacio. A mi hija se le va la vida con cada segundo que pasa. En cuanto se le pone la adrenalina intramuscular hay que llamar a una ambulancia sin pérdida de tiempo. Necesita un hospital: necesita un monitor cardíaco, una dosis de esteroides, estabilizador de la presión sanguínea, una sala de reanimación, un médico... varios, a decir verdad.

¿Cómo podemos pedir ayuda si no hay señal telefónica ni sabemos dónde estamos?

Repaso mentalmente todo lo ocurrido preguntándome dónde narices puede estar el foco, qué es lo que he hecho mal, qué es lo que no vi, qué es lo que se ha colado a pesar de mi red de vigilancia. ¿Polen de un nogal en flor en las inmediaciones? ¿Un resto de algo en la mano de alguien? ¿Algún ingrediente de la comida de los animales? ¿Habrá inhalado polvo de semillas o frutos secos en alguna parte? ¿Qué es lo que no vi, lo que no evité, lo que me pasó desapercibido?

Me encuentro con la mirada de mi marido en el espejo retrovisor. Intento comunicarme con él sin palabras, porque no quiero alarmar a la niña ni a sus hermanos, pero quiero que Will entienda que se está muriendo, como Menes, en mis brazos.

Se le levantan burbujas y ampollas en la piel, cada respiración es una dificultosa sinfonía de silbidos y ronquidos. Está mortalmente pálida, a pesar de las rojeces y la grotesca inflamación.

Pienso: no puede morirse, ahora no, aquí no. Pienso: ¿cómo he podido permitir que pase esto?

Había una vez una niña que se encontró con un niño y su amigo en medio de un patio. La niña estaba enfadada por algo que le había pasado (lo que fuera, es igual) y, mientras hablaba con el niño y su amigo, daba patadas a la pared con la punta de las botas. En aquella época llevaba unas botas grandes, negras, que se ataban alrededor de los tobillos, y los pantalones cortos más cortos que el niño había visto en su vida.

El niño se fue de allí pensando que nunca había visto a nadie que diera tanto miedo como esa niña. La niña se fue pensando que el niño era muy tímido. Ni ella ni él sospechaban que muchos años después se enamorarían y al final se casarían.

Doce años después del incidente de la pared y las botas, el niño y la niña (o, mejor dicho, el hombre y la mujer) tienen un hijo. El pequeño ha heredado los ojos de su madre y la forma picuda del flequillo de su padre; el padre... bueno, el padre y la madre, en realidad, están completamente convencidos de que es el niño más precioso que hay sobre la faz de la tierra.

Cuando el niño empieza a andar y a hablar, la mujer piensa que le gustaría tener otro hijo. Se queda embarazada, pero lo pierde antes de que llegue a nacer. La mujer llora mucho, abraza más estrechamente a su hijo e intenta quedarse embarazada otra vez. Lo intenta y espera, espera y lo intenta de nuevo, pero por algún motivo su cuerpo no hace lo que hizo la primera vez. Se ha cerrado. Parece que se le ha olvidado cómo hacerlo, cómo desencadenar un proceso concreto.

Toma vitaminas, hace yoga, va a un médico que le inserta agujas muy finas en el cuerpo y sigue esperando. Cada mes, cada veintiocho días, experimenta otro fracaso, otra pérdida irreparable.

Un médico le hace unos análisis de sangre.

—No hay motivos para que no tenga otro hijo —le dice.

Le escanean las entrañas.

—No hay motivos —le dicen— para que no pueda tener otro hijo.

Entonces, pregunta ella, ¿por qué no se queda embarazada?

No lo saben. Se encogen de hombros, le dan la espalda, se lavan las manos.

—Si deja usted de pensar en ello —le dicen— probablemente ocurrirá de forma natural.

La mujer cruza el aparcamiento pisando con rabia. Si hubiera una pared, a lo mejor le daba patadas. Mientras introduce la llave para encender el motor, piensa que esa es la frase más aborrecible de la lengua inglesa.

—Si deja usted de pensar en ello —le dice de mal humor a la barrera del parking cuando se levanta para dejarla salir— probablemente ocurrirá de forma natural.

—Si deja usted de pensar en ello —le repite a la silenciosa radio.

Cuando se detiene en el colegio de su hijo musita: «Ocurrirá de forma natural. Probablemente». Mira al grupo de madres que espera en la puerta. Todas tienen a un hijo en el colegio, tal vez dos, y otro menor en una mochila portabebés o en un cochecito. Hace poco que su hijo ha dejado de preguntar si puede tener una hermanita o un hermanito; a su madre no le ha pasado desapercibido. Sin embargo, la semana anterior le preguntó si uno solo podía jugar a pillar.

Ella respira hondo, abre la portezuela del coche, se echa el pelo hacia atrás y se apea.

Naturalmente, lo malo es que no puede dejar de pensar en ello. No puede no pensar en ello. El deseo, la necesidad, la pena, la frustración están siempre presentes. Son el contrapunto constante de todo lo que hace. Quiere otro hijo; quiere un hermanito para su hijo; quiere al que perdió; quiere un recién nacido cualquiera. Es como llevar unas gafas que no se puede quitar.

El hombre y la mujer van a otro médico. En esta clínica los cristales son opacos. La sala de espera está llena de gente con expresión seria; el ambiente está cargado de anhelo, de pérdida, de esperanza débil. En este sitio nadie va a preguntarle nunca si se ha dormido en los laureles. Nadie va a decirle «tictac, tictac».

La mujer acude con su hijo a una de las visitas y la gente de la sala de espera lo mira un momento (le miran las sandalias y los calcetines caídos, los omóplatos que se le marcan a través de la camiseta, los dedos que agarran la mano de su madre) y enseguida aparta la vista, y la mujer se avergüenza de estar triste, porque ya tiene tanto, porque lo tiene a él. Hace años que estas mujeres acuden aquí y todavía no les ha servido de nada. De menos que nada.

Ella se pone inyecciones, se hace escáneres, análisis de sangre, se tumba en camillas para que busquen y rebusquen con instrumentos metálicos.

Está frente al mostrador de los quesos cuando la llaman para comunicarle que no ha funcionado, que el análisis de sangre ha dado negativo, insuficiente, que todo ha sido inútil, que los embriones no se han implantado.

De acuerdo, dice por teléfono, mirando el queso cheddar, el cremoso brie, las cuñas de parmesano. De acuerdo, gracias, entendido. Cuelga sin despedirse.

—¿Quién era? —pregunta su hijo, mirándola, agarrado a un paquete de quesitos triangulares, los que más le gustan.

—Nadie —dice ella—. Nada, no era nadie.

Fue algo mágico. Estoy segura.

No soy mística ni supersticiosa. No creo en la suerte, en el destino, en ninguna deidad, en las repercusiones kármicas ni en la recompensa divina. No hago hechizos.

Sin embargo, después de ese momento frente al mostrador de los quesos, empecé a encontrarme continuamente apática, cansada, con el estómago revuelto. Fui a Skye en una

caravana; nos llovió todo el tiempo, no un poco de vez en cuando, sino todo el día, sin amainar. Yo sangraba mucho, tanto que parecía imposible. Fui a la farmacia y me oí pedir en voz baja unas píldoras de hierro y unas «comprisas», y la equivocación me provocó un ataque de risa histérica. Al ir a pagar, la farmacéutica me miró con preocupación.

Llovía en horizontal; llovía en vertical; llovía en remolinos. Lloré subiendo montañas, en playas, en bosques, en el mar, siempre que podía hacerlo sin que me viera mi hijo. Me bañé en las pozas encantadas de Glenbrit-tle, me puse el traje de neopreno y me zambullí entre arcos de agua; cuando resurgí, el aire estaba tan frío que me dolían los pulmones. En esos momentos, nadando en aquellas aguas cristalinas y heladas, decidí que se habían terminado los tratamientos de fertilidad, ya no lo intentaría más veces; no habría más niños en nuestra casa.

Cuando volví, despejé el garaje: empaqueté todas las mantas de recién nacido, el moisés y la ropa de embarazada y lo llevé todo a las tiendas de caridad. Tenía un hijo y no tendría más. Ese capítulo de mi vida se había terminado. Se acabó, ya está, y tenía que hacerme a la idea.

Sin embargo, algo no funcionaba. Mi cuerpo había iniciado la expulsión después de la fertilización in vitro, pero después se detuvo. Era como si estuviera en suspenso, a la espera de algo. Pasaron diez semanas desde la inseminación, después once, doce, y seguía sin tener el periodo. Entonces volví a la clínica, que ahora aborrecía, naturalmente, y vi al médico una vez más, y me mandó a hacerme una ecografía para «ver qué ocurría» y, cuando me pasaron el ecógrafo por el vientre, ahí estaba. Una forma activa, despierta, unas piernas y brazos que se movían con desesperación, como para llamar la atención, un corazón que latía, que entraba y salía de la oscuridad a la luz.

El médico contuvo la respiración. Las enfermeras se taparon la boca y se pusieron a repasar mi historial con mucha prisa. ¿Cómo puede ser?, se preguntaban. ¿Cómo podía seguir ahí, después de perder a su gemelo, con un análisis negativo, a pesar de todas las pruebas de que los embriones se habían ido, se habían marchado, se habían desprendido?

Pero, a pesar de todo, ahí estaba mi hija, con trece semanas de gestación en su haber y saludándonos con todas sus fuerzas.

Nació seis meses después, a principios de primavera. Era pequeña, de ojos grandes, suave como una nutria, con la cabeza cubierta de una pelusa rubia, casi blanca. Cuando alguien me la quitaba de los brazos gemía como si se le partiera el alma. Pasó la primera noche enroscada en mi hombro, muy quieta y silenciosa. Cada vez que la miraba, ella tenía los ojos entreabiertos, me observaba como comprobando que seguía allí, que no me había ido a ninguna parte.

En los cuentos de hadas siempre hay que pagar algo por los deseos cumplidos. Siempre hay un codicilo, un anexo a la concesión del deseo. Siempre hay un precio. ¿Cómo iba yo a saberlo aquella noche, cuando la tenía conmigo, o aquel día, mientras miraba la pantalla del ecógrafo, mientras salía de la clínica intentando marcar bien el número para llamar a mi marido y al niño que jugaba en el patio para decirles: «¿a que no sabéis lo que acabo de ver?».

Cuánto he deseado ser yo, la que pedía el deseo, quien pagara el precio mágico, quien cargara con el peso. Daría cualquier cosa por librarla de esa maldición, por llevarla yo sobre mis hombros. Pero, tal como están las cosas, solo puedo quedarme mirando mientras la inocente, la pequeña, la niñita es la que sufre.

Y ya lo creo que sufre.

El segundo día de la vida de mi hija mayor, todavía con el gotero y bajo los efectos de la anestesia, le quité el pijama que le habían puesto las enfermeras. Me temblaban las manos, no sé si por la novedad o por la medicación, y cuando por fin la desvestí me encontré una lluvia de algo que tenía la consistencia de la nieve. De pronto se me llenó el regazo de polvo blanco.

Qué raro, pensé, aparté el pijama y lo olvidé.

Fue la primera pista.

Cuando los médicos me preguntan por la fecha de inicio de la dermatitis, les digo que nació así. Una semana después, la piel se le caía a tiras, como cola seca. Los puños de las chaquetas eran demasiado ásperos para su piel, delicada como los pétalos; la base de los automáticos y la parte inferior de las cremalleras eran un ultraje metálico que le dejaba lesiones rojas, despellejadas.

Su piel nunca tuvo aspecto de piel. Nunca parecía uniforme, siempre estaba caliente, seca como la arena, inflamada. Cuando cumplió un mes, el eczema la cubría como una escayola completa, lívida y cruda. Se le cortaba la piel cuando doblaba la muñeca, el brazo o la pierna: la enfermedad le había invadido hasta el último milímetro, hasta la última hendidura, desde las articulaciones de los dedos de los pies hasta los pliegues más internos de las orejas.

Aquella primavera, cuando alguien se acercaba al cochecito con el ánimo de ver a la pequeña, yo, sin darme cuenta, apretaba el asa y me preparaba. Por favor, deseaba para mí, busca algo bonito que decir: alaba sus ojos azules, los rizos rubios. No retrocedas horrorizado. No te quedes sin respiración y preguntes qué le pasa.

Cuando pienso en aquella temporada, siento un impulso incontenible de acercarme a la persona que yo era entonces, ponerle una mano en el hombro y decirle: no tienes ni idea de lo que te espera. En aquella época todavía creía que se le pasaría. Al fin y al cabo, era eczema, simplemente, ¿no? No era tan malo, ¿verdad?

Estas son algunas cosas que no sabía cuando empujaba su cochecito rojo cuesta arriba: que el eczema no tiene cura; que por muy mal aspecto que tuviera su piel, podía ponerse muchísimo peor; que el eczema, en el peor de los casos, puede ser peligroso hasta el extremo de hacer peligrar la vida; que la piel la torturaría todos los minutos de todos los días; que conllevaba complicaciones de salud mucho más graves.

Cuando iba a cumplir nueve meses, ya la había visto la enfermera de atención domiciliaria, que la mandó al médico de cabecera, que la mandó a la enfermera de dermatología, que la mandó a la especialista del gran hospital de Londres en el que habían nacido su hermano y ella.

Cuando salía de esta visita me encontré con mi amiga Constance. Me miró, paradas allí en la acera, y me preguntó qué diablos me pasaba. Me senté en un murito bajo con la niña en brazos, que no paraba de rascarse, retorcerse y sangrar manchando la ropa, y me eché a llorar. Constance cogió a la niña mientras yo le contaba que habíamos tenido que esperar cuarenta y cinco minutos para ver a la especialista, que cuando por fin entramos en la consulta, ella estaba escribiendo algo en una libreta. Supuse que sería de la paciente anterior, pero entonces arrancó una hoja del talonario de recetas, me la ofreció con una floritura y, antes incluso de que me sentara, me dijo: «¡Ahí tiene! Lo bueno del caso es que, a esta edad, todavía no han aprendido a

rascarse». No examinó a la niña; no me hizo una sola pregunta, no echó ni siquiera un vistazo al cochecito. Si lo hubiera hecho, habría visto a mi chiquitina lijándose las muñecas con las tiras del arnés, habría visto a una niña de pecho cubierta de pies a cabeza de abrasiones sangrantes, habría visto la mirada desesperada, agotada, torturada de los ojos de mi hija... una mirada que no debería tener ningún niño de nueve meses.

En el ascensor, miré la receta y vi que era para el mismo emoliente de parafina que le había prescrito la médico de cabecera cuando tenía cinco semanas. No le había servido de nada.

A los veintipico años, cuando todavía no había encontrado mi camino en la vida, tenía un sueño recurrente muy particular. Siempre se producía en el mismo contexto, en el mismo lugar, y por lo general en épocas de cambios o grandes trastornos. Se presentaba, alzándose desde el subconsciente, cuando me mudaba por enésima vez de un piso húmedo y tétrico a otro igual, cuando empezaba en un trabajo nuevo, cuando le pasaba algo malo a algún ser querido. El sueño siempre volvía en esos momentos, a veces varias noches seguidas.

En el sueño, yo andaba por un camino largo detrás de una niña de pelo rubio y rizado. La niña siempre estaba llorando. Veía que se le agitaban los hombros por el disgusto, que se limpiaba las lágrimas con las manos, que tropezaba al caminar.

Siempre intentaba alcanzarla. A veces lo conseguía; otras, en cambio, por mucho que lo intentara, la distancia iba en aumento. Si conseguía acercarme, la cogía en brazos y, a veces, la llevaba a hombros.

Pesaba mucho para lo pequeña que era, como si su sufrimiento fuera una carga añadida. Si conseguía alcanzarla, si la cogía en brazos, dejaba de llorar y yo siempre era consciente de que podía operar este cambio. A veces me despertaba angustiada, sabiendo que no había podido ayudarla.

La primera vez que lo soñé fue una noche, en el tren transiberiano, cuando volvía de China, a los veintidós años. Recuerdo que me desperté sobresaltada, me senté en la litera, tapada con el saco de dormir y mirando a todas partes, como si la niña pudiera estar allí esperándome.

Pero no estaba.

Bajé de la litera, pasé de puntillas junto a las literas inferiores y salí al pasillo. El tren surcaba la noche llevándonos hacia el norte mientras dormíamos, lejos de China, a través de Mongolia. Contemplé el desierto de Gobi, que se deslizaba al otro lado de las ventanillas; apreté el cristal con las manos, intentando retener los últimos jirones del sueño: la niña, el camino, el sufrimiento de la pequeña, mi necesidad imperiosa de ayudarla. El cielo fuera era enorme, estaba cuajado de estrellas, la vista era tan extensa que me pareció que casi se podía apreciar la curvatura de la Tierra.

Y allí de pie, sola en la noche del desierto, pensé que la niña tenía que ser yo; de espalda, era igual que yo a su edad: menuda, con el pelo claro, con sus ataques de llanto. Me dije que debía de estar intentado reencontrarme con una versión más joven de mí misma, para consolarla, para decirle que todo iba a salir bien. Pero ¿eso era verdad?, me pregunté, contemplando el desierto. ¿Todo iba a salir bien? No tenía ni idea.

Esta interpretación me pareció acertada durante unos cuantos años: esas visiones nocturnas eran un encuentro subconsciente entre la niña que había sido y la adulta que era. Sin embargo,

ahora me pregunto si la niña del camino no sería mi hija.

Tenemos algunas características físicas en común; me dicen a menudo que nos parecemos, tanto mis amigos como personas desconocidas. Las fotografías de cuando yo tenía su edad podrían ser de ella, salvando algunos detalles, como la ropa de nailon en la que nos embutían en los años setenta. Un día, viendo una película temblorosa y descolorida en la que aparecía yo en una fiesta a los cinco años, mi hija exclamó: «¡Soy yo!».

No he vuelto a tener esos sueños. Han desaparecido, se han evaporado junto con otras cosas efímeras de cuando tenía veinte años: los tristes pisos de alquiler, los trabajos inestables y embrutecedores, los vagabundeos nocturnos por la ciudad, los autobuses de madrugada, las tarjetas mensuales de transporte, las comidas que me saltaba, los novios mal elegidos, las llamadas apremiantes desde cabinas públicas, la ropa (los vestidos anodinos, las camisetas, tan cortas que enseñaba toda la tripa, los pantalones de cintura muy baja), los esfuerzos agotadores y sinceros para convencer a adultos mayores que yo de que de verdad podía hacer lo que necesitaban, que sí, que podía, con toda seguridad, que lo único que necesitaba era una oportunidad.

¿Se me apareció mi hija quince años antes de nacer? Me gusta pensar que sí. Allí estaba ella, saltando en el tiempo para pasar rozando a una persona que todavía no estaba preparada para ser madre (no, ni muchísimo menos), haciéndome un guiño para darme a entender que un día llegaría a mi vida. Tal vez preparándome para el camino que me esperaba, sembrando las semillas de la fuerza, la compasión, la capacidad de adaptación a las adversidades que iba a ser necesaria para su existencia.

Es difícil expresar correctamente la cantidad de atención y paciencia que se necesita para cuidar a un niño con eczema crónico. Estos niños están molestos e incómodos cada minuto del día. No duermen, no pueden comer, no pueden jugar. La ropa les resulta intolerable. Todo les pica: el calor, el frío, la lana, los sofás, los animales, el viento, la hierba, las hojas, la comida, los juguetes, la colonia, el jabón, el humo, la arena, el cemento, el barro, el agua, el zumo, las cuerdas, la cinta elástica, la ropa, el polvo, el moho.

Nunca he visto nada igual. No me había imaginado que fuera posible tanto sufrimiento, tanta tortura. Recorriendo las habitaciones de mi casa con esta pobrecita niña quejumbrosa en brazos, no tenía ni idea de qué hacer. Le ponía las pomadas que me recetaban los médicos, pero no servían de nada... ni un poquito siquiera. No podía creer que se permitiera semejante padecimiento, que pudiera suceder una cosa así. Me entraban ganas de gritar a las paredes, a las alfombras, a las sillas: ¿qué demonios hago? Quería poner una queja, una denuncia en alguna parte. Muchas veces me entraban unos deseos irrefrenables de salir corriendo a la calle con ella, parar a los transeúntes, ponérsela delante de los ojos y decirles: ¿Ven esto? ¿Han visto algo igual en toda su vida? ¿Saben cómo remediarlo? ¿Pueden ayudarla? ¿Pueden ayudarme?

No sabía cómo vivir, cómo ser, cómo soportar la contemplación de tanto sufrimiento en una niña tan pequeña, cómo aliviarla.

La dejaba un momento en la cuna para preparar algo de beber o un tentempié, o para ir al retrete, y cuando estaba a medias, su llanto me obligaba a volver y descubría que, en mi ausencia, las sábanas, la cuna, las paredes y la niña estaban llenas de sangre porque había tenido

que empezar a rascarse, a rasgarse la ropa, a desollarse viva. La levantaba de la cuna, la calmaba, le ponía pomada, le cambiaba la ropa, las sábanas, metía la ropa sucia en la lavadora. Procuraba no alborotarme, ser positiva. Mira, le decía, mientras la colocaba en la alfombra de juegos, ¡una pelota! ¡Un sonajero! ¡Un libro precioso! ¡Un patito que dice cua! Me quedaba mirando cómo se daba media vuelta, lo dejaba caer todo de las manos, se encogía sobre sí misma y empezaba a frotarse los brazos contra la alfombra buscando alivio, buscando la liberación, buscando cualquier sensación que no fuera la de su triste estado.

Al día siguiente de la desastrosa visita a la dermatóloga, estoy intentando poner pomada a mi hija por vigésima o trigésima vez esa mañana, para poder darle una toma, cuando llama Constance por teléfono.

—Ya sé a quién tienes que consultar —me dice—. Se llama doctor Fox, y tendrás que pagar, pero es el mejor. Es lo que dice todo el mundo.

—No sé —murmuro, guardando frascos y tubos de loción en la cesta que hay debajo del sofá—. Medicina privada, no sé si...

—No puedes seguir así —me interrumpe Constance—. Y ella tampoco.

Miro a mi hija, veo sus ojitos azules, sensibles, las mejillas y la frente inflamadas, la piel infectada y supurante del cuello, el pijama salpicado de sangre.

Apunto el número. Pido cita. Pago las doscientas libras. Unos días después el doctor Fox nos recibe (sin listas de espera, sin retrasos injustificados). Me pregunta la fecha de nacimiento de mi hija, lo que come, mi historial clínico, el de mi marido. Sonríe a mi hijo, que está con nosotras en la consulta, y dice: «Ahí no hay eczema, por lo que veo». Me pide que desnude a la niña y, cuando lo hago, él pone una cara cuidadosamente inexpresiva, profesionalmente contemplativa. Le levanta los brazos, le mira las muñecas, las piernas, el torso, la mueve con la mayor delicadeza.

Me da una lista de lo que debe usar: aceite de baño, sustitutivos del jabón, esteroides, humidificadores, pomadas antibacterianas, champú sin detergentes. Nos manda a su consulta del Servicio Nacional de Salud para que la próxima vez no tengamos que pagar. Me da unos cuantos folletos sobre pieles sensibles, cremas solares, productos para lavar la ropa, ropa especial para el eczema, guantes de seda, pijamas dermatológicos. Le doy las gracias y, cuando me levanto para irme, dice:

—Me gustaría hacerle unas pruebas de alergia, por si acaso.

Me desconcierto. Estoy a punto de responder que no vale la pena. Hasta ahora nadie había hablado de alergias, ninguno de los médicos del Servicio Nacional de Salud que la han visto. Hasta ahora solo ha tomado leche y un poquito de puré de verduras. Las alergias están fuera de mi radar. Yo no tengo ninguna, ni mi marido ni mi hijo. Pero como este médico ha sido tan bueno, tan atento, tan delicado con mi hija, le digo que sí, claro, ¿qué otra cosa puedo hacer?

No hace falta que diga, ¿verdad?, que las pruebas dieron resultados positivos al instante e inequívocamente. Mi hija era alérgica a una larga lista de cosas, varias de las cuales podían provocarle anafilaxia peligrosa, mortal. En las gráficas, los niveles de inmunoglobulina subían hasta las zonas grises, las que se salen de la escala, más allá de la zona de índices graves. En ese momento nuestra vida dio un nuevo giro. Al ver los resultados, no podía creer que hubiera andado con mi hija por el mundo sumida en la ignorancia. (Pero la había llevado a África y a una remota isla sueca; quería gritar, como si a fuerza de volumen pudiera deshacer lo hecho.) En

cuestión de minutos nos pasaron a otra sala en la que una enfermera nos enseñó a mi marido y a mí a inyectar adrenalina en el muslo a un muñeco de goma.

¿Que cuáles son los efectos de vivir con una niña de salud tan delicada, de querer a una persona que te pueden arrebatar en cualquier momento? Pienso mucho en eso.

La vida se rige por un zumbido de fondo, el zumbido constante de los peligros potenciales. Se empieza a percibir el mundo de otra manera. Es posible que no se vuelva a salir de paseo, ir a un jardín, a un parque infantil o a una granja de cabritillas. Hay que estar siempre evaluando y sopesando el riesgo: aquel abedul que está en plena polinización, esos envoltorios de comida del cubo de la basura, aquellos nogales en flor, aquellos perros que están retozando y llenando el aire de caspa y pelos. Rápidamente se aprende a contener la ansiedad, a aplastar el nivel de vigilancia, a disimularlo, a mantener la calma, a hablar en tono moderado aunque una tenga tanto miedo que solo oiga el latido desbocado de su propio corazón.

Cuando ves acercarse a alguien con un bote de crema de chocolate y avellanas, dices (con naturalidad, incluso): «vámonos», cuando en realidad lo que quieres es ponerte a gritar y salir por piernas. Te vuelves ferozmente organizada, como jamás en tu vida: hay que poner al día listas de recetas, anotar fechas de caducidad, escribir cartas, llamar a departamentos gubernamentales, hacer búsquedas en internet, archivar y empaquetar medicamentos, recordar síntomas y desencadenantes, rellenar cuestionarios, pedir citas por teléfono, actualizar documentos clínicos, informes y pruebas, sacar botiquines de un bolso y meterlos en otro porque lo que no puedes hacer jamás de los jamases es salir de casa sin botiquín.

Perfeccionas una excelente cara de póker para recibir noticias horribles de los médicos cuando te las dan delante de tu hijo. Aprendes rápidamente a llevar cascos y audiolibros a todas las citas médicas para tapar los oídos a tu hija con *Mi amigo el gigante* para que no oiga el diagnóstico del médico. Aprendes a dar las gracias una y otra vez: a las recepcionistas, a las enfermeras, a los auxiliares, a los que traen el carrito del té, a los que vacían las papeleras de las jeringuillas desechables.

Cada vez que tu hija sale de casa nunca te olvidas de despedirte como es debido y mirándola a los ojos. A veces te costará soltarle la mano en la puerta del colegio, pero te dices que a ver si maduras, a ver si aprendes a disimularlo de una vez. Serás incapaz de tirar cualquier cosa que haya dibujado ella, o que haya hecho o que haya querido; perderás mucho tiempo dudando ante el cubo de la basura o los montones de la tienda de segunda mano, decidiendo si puedes o no deshacerte de ese búho mal pegado, de ese zorro tan viejo, por muy atiborrados que tengas los armarios.

Te preocupas (mucho) por el efecto que tiene todo esto sobre ella, en su psique, en sus niveles de estrés. Sabes por experiencia propia que estar tan al borde de la muerte te cambia para siempre, que vuelves de ese borde transformada, más sabia, más triste. Te preguntas en qué piensa, adónde va, cuando nota que se le cierran las vías respiratorias, cuando oye a lo lejos la sirena de la ambulancia, cuando ve acercarse a su madre con una jeringuilla en la mano, cuando nota el impacto de la na al llegar al torrente sanguíneo. Sabes que todos los viajes al borde de ese abismo la marcan, la hacen diferente. No puedes evitarlo, desde luego, pero aun así te preocupas. Te preocupa el efecto que pueda tener en su relación con sus hermanos. No quieres que su

hermana y su hermano se sientan desatendidos, desplazados o (Dios no lo quiera) le tomen ojeriza. Te preocupas.

Necesitas desesperadamente que la gente vea a la persona que hay más allá de su estado, que se la considere como algo más que una serie de síntomas. Demasiado a menudo toman el eczema, las alergias, los brotes repentinos de la enfermedad como sinécdoque de su persona, de la niña que es. Cuando oyes que alguien dice en la puerta del colegio: «la niña de los guantes» refiriéndose a ella te entran ganas de replicar: «Dime qué más ves en ella».

Quieres que la reconozcan como persona, no solo como un fenómeno médico. Empiezas a aborrecer la palabra «problema»; lo que tiene ella no son «problemas»; ella no es un «problema» y su presencia en una habitación tampoco. Pasas mucho tiempo reuniendo listas de palabras aceptables antes de decidirte por «desafío». La pruebas en voz alta: mi hija tiene desafíos inmunológicos; tiene desafíos dermatológicos.

Cuando las gráficas de peso y altura te dicen que no ha crecido nada en el último año finges que no lo ves, que te da igual. Recitas de memoria sinónimos positivos de la palabra «baja» cuando te pregunta por qué todos los de su clase son más altos que ella: chiquita, le dices, menuda, compacta, fina, diminuta, perfecta.

Pasarás una temporada gastando tiempo y energía en averiguar por qué ha pasado todo esto. ¿Por qué a ella? Los médicos te exponen algunas teorías, entre otras, las siguientes: los empastes de amalgama que llevas en las muelas; que fue concebida por inseminación in vitro; la pérdida del otro embrión, que debió de ser como perder la piel; un trauma anterior a la vida (nunca quedó claro si tuyo o de ella); la vacuna antitetánica que te pusiste cuando no sabías que estabas embarazada; una casa excesivamente limpia (aquí se te escapa la risa); la convergencia de tu asma leve y el eczema ocasional de tu marido, etcétera. Decides renunciar a saber por qué y te concentras en cómo paliarlo.

Hay momentos en los que todo adquiere matices mitológicos: levantas la jeringuilla de la adrenalina hacia la luz pensando en ese líquido amarillento y te das cuenta de que se te ha concedido un elixir para rescatar a tu hija de la muerte. Tienes que clavarle una aguja para salvarla. Puedes robársela a las tinieblas, pero solo si tienes una serie de objetos determinados, solo si sabes a quién se lo debes pedir. A veces te burlas de ti misma por ser tan fantasiosa. Y luego, leyendo el mito de Perséfone a tu hija, casi no puedes creer lo bien que se adapta a la situación y te preguntas qué sabían de todo esto en la antigüedad. Tu hija y tú os miráis sin decir nada, absorbiendo la leyenda de la niña que comió seis granos fatídicos y así se condenó a vivir en el inframundo, y de la madre que luchó por recuperarla.

Llevas a los niños a un museo de antropología y os quedáis mirando los amuletos del siglo xviii procedentes de Papúa Nueva Guinea, que se llevaban puestos para alejar a los malos espíritus, la muerte y la enfermedad. Muchos son del tamaño de la muñeca de un niño. De las cuentas, las trenzas y las plumas se desprende una fusión conocida de esperanza, desesperación y anhelo de proteger. Piensas, ¿tú también? Piensas, ¿funcionaban? Te asalta el deseo de meter la mano por debajo del cristal, coger uno y ponérselo a tu hija, a todos tus hijos, y salir de allí inmediatamente.

Te convertirás en una persona capaz de decir a su querida hija que no pasa nada, cuando sabes que detrás de esa cortina están preparando un escarpelo que poco después servirá para drenar un absceso que le ha salido en la pierna. Serás tú la que la sujete. Le pondrás las manos en

las rodillas, en los brazos; la inmovilizarás apre tándole el torso con el tuyo. Será tu voz la que le hable cuando grite, intentarás darle confianza, intentarás decirle que enseguida terminará todo.

Aprendes a sonreír distanciándote cuando te dicen: ¡ah, no sé cómo puedes con ello! Aprendes que algunos días la responsabilidad, las limitaciones, la amenaza se hacen desbordantes, devastadoras. Esos días tienes que irte a otra parte, lejos de todo el mundo, a un sitio en el que puedes llorar y hablar por lo bajo a solas. Asistirás a un curso para aprender a hacer la reanimación cardiopulmonar y, mientras aprietas el corazón mecánico del muñeco sin cara, contando hacia atrás desde quince, pensarás que un día podría ser tu hija.

Encontrarás en ti depósitos de fuerza que desconocías. Encontrarás amigos que te dirán: «Pues claro que la niña puede venir, pasaré la aspiradora y limpiaré el polvo de toda la casa, fregaré las mesas, haré galletas sin huevo, haré todo lo que sea, dime qué quieres que haga». Te sentirás abrumada en más ocasiones por la bondad de la gente que por su insensibilidad. A veces creerás que no puedes soportarlo, pero lo soportarás.

Cuando vas al parque, te pones una coraza para protegerte de las madres que se fijan en el eczema crónico de tu hija y dicen en voz alta, para que lo oiga todo el mundo: «¿Qué le pasa a la niña? ¿Es contagioso?». Miras a otra parte cuando te comunican que no la invitan a la fiesta de cumpleaños porque «es mucho lío».

Estarás tan agradecida a las personas que demuestran bondad y compasión con ella que casi no podrás contenerte. Tienes que recordarte que debes ser sensata, no emocionarte, cuando encuentras a estos ángeles terrenales, que no debes abrazarlos con una fuerza alarmante ni darles las gracias una y otra vez. «No exageres», te adviertes, cuando ves a la maestra que insistió en que aceptaran a tu hija, a pesar del trabajo extraordinario que conlleva; al farmacéutico que echó un vistazo a la niña y autorizó la receta de ropa dermatoprotectora, aunque al médico de familia le había parecido demasiado cara. A una mujer que en un probador de unos grandes almacenes no dijo nada cuando la niña dejó manchas de sangre en el asiento. A una enfermera del servicio de alergología que está dispuesta a escribir cartas en tu nombre a los grupos de presión y a los responsables del departamento de educación, que sale corriendo hasta la puerta de la ambulancia con los brazos abiertos cuando llega tu hija con las convulsiones de la anafilaxia.

Lo único que quieres para tu hija, para todos tus hijos, es que puedan vivir la vida sin el lastre de la preocupación, de la incomodidad por causa de la opinión ajena. Te vas a la cama por la noche y respiras en la oscuridad y piensas: un día más. La he mantenido viva un día más.

No te perturbarán la amigdalitis, la apendicitis, un niño calado hasta los huesos al principio de un paseo largo, los vómitos, unas rodillas con rasponazos, las astillas, los vaqueros tiesos de caca de perro, un yogur en todo el pelo en el preciso momento en que vas a embarcar en un vuelo internacional, un lago de champú derramado en el suelo del cuarto de baño, las visitas a urgencias por heridas, esguinces y golpes, garabatos de lápices de colores en una pared recién pintada, goteras en el tejado de casa, un aspirante a conductor que se carga un coche. Esas cosas son menudencias; lo crucial es la vida.

En Italia, hemos recorrido una carretera que ha desembocado en un camino de piedras, sin asfaltar. Will ha dado marcha atrás en silencio, muy serio, y ha acelerado en sentido contrario. Parece que este otro camino también se estrecha, cada vez hay más baches en el firme, los

árboles están más cerca. Ya no miro a Will por el espejo retrovisor. Solo miro a mi hija, la aprieto contra mí, como si sirviera de algo, como si eso pudiera cambiar algo. Está bastante más débil y pálida, sigue resollando y agarrándose la garganta; mis otros hijos guardan silencio.

De repente, en el salpicadero, el navegador gps suelta una fuerte señal acústica. Se enciende la pantalla, se apaga, aparece un plano, las carreteras en blanco, los campos en verde. Tenemos señal. Ahí está, nos lo está mostrando, un cruce un poco más adelante y unas cuantas curvas más allá: la carretera principal maravillosamente recta, afortunadamente ancha.

El navegador, con su inimitable calma electrónica, nos informa de que estamos a dos minutos de la *autostrada* y a ocho del hospital. Una «H» roja intermitente en la esquina de la pantalla nos guía con su luz: faltan ocho minutos, siete, seis. Will acelera por la *autostrada*, a la mierda el límite de velocidad, y llegamos al hospital Orvieto, las ruedas chirrían en la entrada reservada para las ambulancias; saltaré del coche, echaré a correr con mi hija en brazos, como una ofrenda. Pensaré, ¡ah, no, de eso nada! Ahora no, aquí no. Hoy no te la llevas, hoy no, ni hasta dentro de mucho tiempo.

Ella sigue aquí, sigue aquí, sigue aquí.

Agradecimientos

Gracias, William Sutcliffe.

Gracias Mary-Anne Harrington y Victoria Hobbs.

Gracias, Cathie Arrington, Sarah Badhan, Yeti Lambregts, Georgina Moore, Hazel Orme, Vicky Palmer, Amy Perkins, Barbara Ronan y a Tinder Press en general. Gracias, Jennifer Custer, Vickie Dillon, Hélène Ferey y todo A. M. Heath.

Gracias a mis padres por responder preguntas y proporcionar documentos; a mi hermana por compartir sus recuerdos de nuestra infancia; a Sarah Urwin Jones por las conversaciones tranquilizadoras sobre las características de la memoria; a Ruth Metzstein por otra revisión más del último borrador; al profesor Rustam Al-Shahi Salman por sus consejos y la supervisión de los términos neurológicos.

Mi eterno agradecimiento a las siguientes personas por su sabiduría, su compasión y su apoyo a mi hija: el doctor Adam Fox (que siempre será para nosotros el fantástico doctor Fox), el profesor Jürgen Schwarze, Susan Brown, la hermana Lowe y el equipo del servicio

Créditos de las ilustraciones

Capítulo 2 – Mary Evans Picture Library/Gill Stoker

Capítulo 6 – Falkensteinfoto/Alamy

Capítulo 7 – Wellcome Library/Creative Commons CC BY 4.0

Capítulo 8 – Custom Medical Stock Photo/Alamy

Capítulo 10 – Archivist/Alamy

«No pueden mirarse fijamente el sol ni la muerte.»

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCALD

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Sigo aquí*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



1. En castellano en el original. (*Todas las notas numeradas son de la traductora.*)
2. En castellano en el original.
3. En castellano en el original.
4. CAT: siglas inglesas de las castellanas TAC (Tomografía axial computarizada).
5. Palabra galesa que designa un festival tradicional de música, poesía y teatro.

* Informe de Save the Children sobre la maternidad en el mundo, correspondiente al año 2015.
(*Todas las notas con asterisco son de la autora.*)

* Estadísticas de abortos, Tommy's, tommys.org.

* Brent Crane, «For a More Creative brain, travel», *The Atlantic*, 31 de marzo de 2015.

Nota biográfica

Maggie O'Farrell nació en 1972 en Coleraine, Irlanda del Norte. Es autora de siete novelas: *After You'd Gone* (2000), *My Lover's Lover* (2002), *The Distance Between Us* (2004, ganadora del premio Somerset Maugham), *La extraña desaparición de Esme Lennox* (2007), *La primera mano que sostuvo la mía* (2010; Libros del Asteroide, 2018), *Instrucciones para una ola de calor* (2013) y *Tiene que ser aquí* (2016; Libros del Asteroide 2017). El libro de memorias *Sigo aquí* (2017; Libros del Asteroide, 2019) es su última obra publicada.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Sigo aquí*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[La primera mano que sostuvo la mía](#), Maggie O'Farrell

[Tiene que ser aquí](#), Maggie O'Farrell

[Canciones de amor a quemarropa](#), Nickolas Butler